

Universidad de Chile
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Postgrado

Reinvenciones del fuego

Resignificar la lucha revolucionaria desde el presente: el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros uruguayo y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria chileno (1965-2009)

Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios Latinoamericanos
[Alumna]:

Alondra Peirano Iglesias

Profesor patrocinante: Carlos Ruiz Schneider
Santiago de Chile, 2009

Dedicatoria . .	4
Agradecimientos . .	5
Introducción . .	6
Los meandros de las memorias . .	6
Capítulo I “Los fusiles no entran por las urnas” . .	11
1. América Latina en los años sesenta . .	11
2. La apropiación del imaginario y la práctica revolucionarios en el Cono Sur: el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros en Uruguay y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile. . .	16
a. Las similitudes: orígenes y orgánicas . .	19
b. Las diferencias: proyectos revolucionarios y lucha armada . .	23
Capítulo II Procesos de transición: cambio de contextos y giros ideológicos . .	33
1. Procesos de transición y renovación política . .	34
2. La ideología neoliberal y el <i>leit motiv</i> del consenso . .	45
3. Discurso electoralista y pragmatismo . .	49
Capítulo III Influencia de la socialdemocracia . .	62
1. Breve historia de la socialdemocracia de Europa occidental . .	62
2. Influencia de la socialdemocracia en el Frente Amplio y la Concertación . .	65
Reflexiones finales. Reinvenciones del fuego . .	76
Resignificar la lucha revolucionaria desde los intereses políticos actuales . .	76
A modo de epílogo . .	82
Bibliografía . .	84
Artículos y tesis . .	86
Fuentes . .	86
Entrevistas (realizadas para esta investigación, 2008-2009) . .	87
MLN . .	87
MIR . .	88

Dedicatoria

En memoria y homenaje a Carlos Liberona un hombre excepcionalmente generoso y consecuente, que luchó siempre por los/as oprimidos/as.

Agradecimientos

Han sido muchas las personas que me han acompañado en esta hazaña. Agradezco primero que todo a las personas entrevistadas, por compartir generosa y amablemente conmigo una parte importante de sus vidas, relatos sin los cuales este trabajo no hubiese sido posible. Quisiera mencionar también a tres personas en especial: al profesor Carlos Ruiz Schneider, quien dirigió esta tesis y me apoyó con sus valiosos comentarios. A Aldo Marchesi, quien leyó el borrador de este trabajo discutiéndolo desinteresada y muy enriquecedoramente. Y a Álvaro Rico por recibirme el año 2008 en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos (CEIU) de la Universidad de la República (Uruguay) como becaria y apoyarme en la investigación realizada allá, y por los comentarios realizados al borrador.

Debo mencionar que la realización de esta tesis ha sido en parte posible por la Beca de Estadías Cortas de Investigación, otorgada por la Vicerrectoría de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile, y la Beca de Arancel, otorgada por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la misma Universidad.

Quisiera agradecer a los/as funcionarios/as de la Facultad de Filosofía y Humanidades, quienes hacen un trabajo silencioso sin el cual los trámites burocráticos que están detrás de todo trabajo académico serían aún más tediosos. Especialmente a Marieta Alarcón y Valentina Letelier, secretarias del Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos (CECLA) de la Facultad, y a Ana Costa, secretaria del CEIU, por su siempre buena disposición. Quiero agradecer también al Área de Memoria del CECLA y a la profesora Olga Ruiz, por apoyarme en mi formación académica y laboral. No puedo dejar de mencionar y agradecer al profesor Grínor Rojo por su generosa forma de transmitir conocimientos y sabidurías.

Quisiera agradecer con mucho cariño a mi madre, Margarita, mi padre, Patricio y mi hermana, Cigala, quienes me apoyaron incondicionalmente, sobre todo en el pedregoso último tramo de este proceso. Quisiera agradecer también a Mónica Echeverría por enseñarnos el arte de la irreverencia.

Por último, al Colectivo “Sin fama ni Gloria” por recordarnos el arte de la ironía y, cómo no, a mis amigos y amigas por estar siempre ahí, por alegrar la vida y hacer más llevadero este arduo proceso a través del misterioso y mágico arte de la entropía y la entalpía.

Introducción

En los últimos años América Latina ha estado viviendo un fenómeno político nuevo, han llegado al poder coaliciones progresistas, compuestas en parte por grupos políticos o personas que en los años sesenta y setenta fueron revolucionarios. Lo que desde una perspectiva histórica llama la atención es la construcción política que estos gobiernos han ido consolidando en el último lustro, como un fenómeno propio del momento actual de la historia política y social de nuestro continente. América del Sur y en particular el Cono Sur viven un momento de mucha expectación, o escéptica o esperanzada, por la cantidad de gobiernos progresistas y/o de izquierda que le dan carácter a la coyuntura actual: Rafael Correa (Ecuador), Hugo Chávez (Venezuela), Alan García (Perú), Evo Morales (Bolivia), Michelle Bachelet (Chile), Cristina Fernández (Argentina), Tabaré Vázquez (Uruguay), Luiz Inácio Lula (Brasil), Fernando Lugo (Paraguay). Uno de los mayores desafíos para estos gobiernos es cómo asumir su administración en el contexto actual de hegemonía neoliberal ideológica (y económica) a nivel mundial, que se caracteriza por la aparente y pretendida unidireccionalidad de los procesos históricos.

Entre los aspectos más evidentes de este giro político-cultural, proceso que ya tiene algunas décadas y del cual las dictaduras latinoamericanas hacen parte, la manera de entender y ejercer la política es uno de los rasgos más tristemente palpables¹. Por un lado, la ideología neoliberal naturaliza los procesos históricos y el sistema económico, cultural, filosófico, ideológico se muestra como *la* posibilidad de organización social. Así, esta ideología sepulta la historicidad de los pueblos y silencia las relaciones de poder, los conflictos de intereses y las correlaciones de fuerza en que la práctica política se inserta. Además, la política se teoriza y ejercita como un instrumento técnico para la administración, como una práctica tecnocrática ideológicamente neutra.

Por otro lado, el *modus operandi* de la política institucional está carcomida por la lógica del consenso: la clase dominante simula la discusión política y genera un aparente “acuerdo” acerca de cuáles son los fines que se buscan. Esta lógica, en apariencia, anula tanto las diferencias de identidad histórica e ideológica, como los conflictos sociales. El sentido común se petrifica como el espacio social de la moderación y lo políticamente correcto, porque ese es el escenario que construye el consenso y en el que se funda la tan manoseada “governabilidad democrática”. Pero la práctica política es todo lo contrario; es decir el constante cuestionamiento y la discusión permanente de los fines de una sociedad, en base a intereses en conflicto.

Los meandros de las memorias

En este escenario, la necesidad de contextualizar y comprender las construcciones de memorias y olvidos colectivos en nuestras sociedades postdictatoriales, nos lleva

¹ Moulian, Tomas, Chile Actual: anatomía de un mito, Santiago: LOM ediciones, 1997; Rico, Álvaro, Cómo nos domina la clase gobernante. Orden Público y obediencia social en la democracia posdictadura, Uruguay 1985-2005, Montevideo: Ediciones Trilce, 2005.

necesariamente a buscar nuevas herramientas epistemológicas para entender nuestro presente. Los Estudios de Memoria son una entrada teórico-metodológica posible para intentar responder nuevas preguntas, encontrar enfoques y perspectivas originales, y para comprender algunos fenómenos y dinámicas propios de nuestras realidades. Este es el marco teórico del que se desprenden las principales propuestas metodológicas de esta tesis.

Para rescatar las memorias vivas, y como primer eje analítico de este trabajo, el cruce entre Historia Oral y Estudios de Memoria resulta particularmente útil, sin dejar por ello de ser un territorio complejo y fundamentalmente contradictorio. Lo reciente de las dictaduras como sureñas tiene como uno de sus efectos que la transmisión de la experiencia de los y las protagonistas aún se realice de manera directa. Permanece vivo el testimonio: primero como recuerdos vividos de un proceso histórico, segundo como la experiencia actual de estar viviendo las consecuencias de esos regímenes dictatoriales particulares. Es por esto que en la última década, las historias recientes de nuestra región han sido reconstruidas fundamentalmente en base a la historia oral.

En otras palabras, dicho cruce teórico-metodológico nos permite abordar una re-construcción particular de nuestra historia reciente desde la subjetividad de los protagonistas de la violencia política. La historia oral constituye un campo fundamental en la construcción y transmisión de memorias colectivas², así, en esta investigación más que utilizarla como un instrumento de reconstrucción de los relatos personales, se ha aplicado como una herramienta para conocer y comprender reconstrucciones narrativas colectivas sobre el pasado³. Más aún, estas memorias son analizadas como parte constitutiva de procesos sociales más amplios y desde un enfoque político; son interpretadas dentro de tramas complejas de relaciones de poder, intereses políticos y correlaciones de fuerza. Esta línea de trabajo abre espacios para matizar y complejizar *la pretendida Historia* oficial: nos permite rescatar las memorias subterráneas de los procesos históricos y sociales, las voces silenciadas⁴. No por ello no deja de ser un problema la pregunta por cómo analizar y comprender esas narraciones; cómo esos relatos, que responden a lógicas, expectativas y construcciones subjetivas, nos permiten interrogar discursos más establecidos y/u oficiales. La complejidad pasa por el hecho que “los testimonios son imprescindibles, pero no suficientes”⁵, o, en palabras de Beatriz Sarlo, “no hay equivalencia entre el derecho a recordar y la afirmación de una verdad del recuerdo”⁶. La inquietud es pues cómo utilizar los testimonios, complejidad que justamente se enfrenta en el análisis de la conjunción de memorias y olvidos colectivos y procesos sociales.

² Pollak, Michael, *Memoria, olvido y silencio*, La Plata: Al margen editora, 2006.

³ Oberti, Alejandra, “Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político-militares de los '70”. En: Carnovale, Eva, Lorenz, Federico y Pittaluga, Roberto (comps.), *Historia, memoria y fuentes orales*, Buenos Aires: Cedinci y Memoria Abierta, 2006, pp. 45-62; Márquez, Francisca y Sharif, Daniela, “Del testimonio al relato de vida”, en: *Revista Propositiones* n. 29, marzo 1999, pp. 7-10; Piña, Carlos, “Tiempo y memoria. Sobre los artificios del relato autobiográfico”, en: *Revista Propositiones*, n. 29, marzo 1999, pp. 75-79.

⁴ Pollak, Ob. Cit.

⁵ Carnovale, V., Lorenz, F. Y Pitaluga, R., “Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre Terrorismo de Estado en la Argentina”, en: Carnovale, Lorenz y Pitaluga, Ob. Cit., p. 43.

⁶ Sarlo, Beatriz, *Tiempo Pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2005, p. 57.

Además, y como una segunda clave analítica de esta tesis, estos relatos orales tensionan las unidades temporales tajantemente definidas y comprendidas de forma lineal de *la* Historia clásica o tradicional: la relación entre pasado, presente y futuro se complejiza. Desde esta perspectiva, hoy día entendemos que el pasado está vivo en el presente⁷, que el segundo interroga al primero y que la reconstrucción o reinterpretación del pasado se nutre también de anhelos y deseos futuros. Esta conjunción de temporalidades tiene profundas implicancias tanto sociales e históricas, como epistemológicas y filosóficas. Por un lado, este entrelazamiento de temporalidades se expresa en la construcción misma de los relatos, y por otro lado, los sentidos de la acción presente están determinados por las experiencias (pasadas) y las expectativas (futuras) de las subjetividades. Cada polo de la supuesta dicotomía entre Memoria e Historia tensiona así al otro y a la relación misma entre ambos⁸. En este sentido, un desafío interesante para los Estudios de Memoria es la puesta en práctica de estas categorías epistemológicas, que como claves analíticas aún tienen mucho camino por andar. Esta tesis no escapa a la dificultad teórico-metodológica de llevar al análisis dichas imbricaciones de las temporalidades, sobre todo en el análisis de ciertas reinveniones.

Un tercer nudo problemático que cruza todo el desarrollo de este trabajo es el concepto de “batallas de las memorias”. En uno de sus trabajos más importantes, *Los Trabajos de la Memoria*⁹, la socióloga argentina Elizabeth Jelin plantea que es necesario “reconocer a las memorias como objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentido de los participantes en esas luchas, enmarcadas en relaciones de poder”¹⁰. La significación del pasado-presente no encuentra sosiego en una interpretación unívoca ni en un discurso monolítico. Cada grupo con *su* relato y *su* historia, donde se cuelan permanente e inevitablemente recuerdos, olvidos y silencios, construye su propia interpretación-narración del pasado; con justificaciones, legitimaciones e intereses particulares, coherentes dentro de *su* lógica. Cada persona y/o grupo político va tejiendo una trama determinada en parte por la necesidad actual de encontrarle un sentido a la experiencia pasada. “La ‘memoria contra el olvido’ o ‘contra el silencio’ esconde lo que en realidad es una oposición entre distintas memorias rivales (cada una de ellas con sus propios olvidos). Es en realidad ‘memoria contra memoria’.”¹¹ Estas luchas por las memorias están cruzadas por las relaciones de poder, por los intereses en conflicto y por la capacidad o incapacidad de hacer audible su propia voz de parte de cada uno de los grupos¹².

⁷ Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, México: FDE, 2001.

⁸ No profundizaré en esta discusión porque no es directamente necesario para esta tesis y por tratarse de un tema particular dentro de los Estudios de Memoria, que por sí mismo necesita un trabajo serio y riguroso.

⁹ Jelin, Elizabeth, *Los Trabajos de la Memoria*, Madrid y Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.

¹⁰ *Ibid.*, p. 2.

¹¹ *Ibid.*, p.6.

¹² “En el campo de las memorias de un pasado político reciente en un escenario conflictivo, hay una lucha entre “emprendedores de la memoria”, que pretenden el reconocimiento social y de legitimidad política de una (su) versión o narrativa del pasado. Y que también se ocupan y preocupan por mantener visible y activa la atención social y política sobre su emprendimiento.” *Ibid.* p. 49. Ahora, es necesario problematizar esta afirmación, en el sentido que los emprendimientos de memoria, más allá del concepto específico que define Jelin, pueden ser aún más subterráneos y lentos de lo que ella plantea. Las memorias a veces no tienen ese nivel de conciencia de sí mismas, a pesar de lo cual influyen profundamente en el desarrollo de las sociedades de manera silenciosa.

Estas reconstrucciones narrativas de las distintas tendencias políticas y partidos están muy influenciadas por la función específica que cada uno tiene dentro de la organización político-social en un momento dado. Así, el contexto histórico por un lado y el rol político (oficialidad u oposición) de los distintos bloques, movimientos, grupos, colectivos o partidos políticos por otro, son elementos determinantes en la construcción de sus relatos actuales sobre el pasado. Sobre todo si tenemos en cuenta la historia política de las sociedades cono sureñas de los últimos cincuenta años: contextos sesentistas de radicalidad y polarización política, posteriores dictaduras, transiciones y procesos actuales insertos en la hegemonía mundial del modelo económico, social e ideológico neoliberal.

Así, la idea de un análisis comparativo entre aspectos específicos de los procesos políticos chileno y uruguayo de los últimos cincuenta años¹³ nació de algunas similitudes evidentes, entre las que me interesó particularmente el hecho que las coaliciones progresistas actualmente gobernantes están constituidas en parte por ex guerrilleros. Las diferencias fueron apareciendo a medida que la investigación me iba obligando a hilar más fino. A través de esta comparación y a partir de la pregunta por cómo se asume el gobierno desde esa historia política y en las condiciones socio-históricas actuales, esta tesis busca analizar cómo se resignifica y reinterpreta la experiencia revolucionaria pasada desde los intereses políticos y cargos gubernamentales actuales. Para esto he realizado ocho entrevistas (semi-abiertas)¹⁴: seis militantes del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (en adelante MLN, cinco hombres y una mujer) y dos ex militantes del Movimiento de Izquierda Revolucionara (en adelante MIR)-actuales socialistas (un hombre y una mujer)¹⁵. Este perfil elegido responde a lo interesante que resulta analizar, desde los procesos históricos, las transformaciones político-ideológicas que conlleva el tránsito desde la experiencia revolucionaria al ejercicio de la política-institucional-partidista actual¹⁶. Además he organizado el texto en tres partes: la primera es una comparación entre el proyecto revolucionario del MLN uruguayo y el del MIR chileno, que parte de la inquietud por cómo es reapropiado el imaginario revolucionario sesentista en los contextos locales. La segunda parte es una comparación del rol jugado por cada una de las coaliciones actualmente gobernantes, el Frente Amplio (en adelante FA) en Uruguay y la Concertación de Partidos por la Democracia (en adelante Concertación) en Chile, en los procesos de transición y contextos postdictatoriales, que busca comprender qué procesos de renovación vivieron y cómo se ejercita la política desde el paradigma neoliberal y la lógica del consenso imperantes hoy día. Y la tercera parte es una reflexión acerca de qué elementos de las

¹³ La tesis se enfoca principalmente en dos periodos: **1965-1973**, momento de surgimiento e incipiente consolidación del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros uruguayo y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria chileno hasta los golpes de Estado del 27 de junio de 1973 en Uruguay y del 11 de septiembre de 1973 en Chile; **2006-2009**, último periodo gubernamental, en Uruguay el primero en la historia de ese país encabezado por el Frente Amplio, en Chile encabezado por Michelle Bachelet (PS), el más progresistas de los gobiernos de la Concertación.

¹⁴ La entrevista semi-abierta me permite remitirme específicamente a los periodos analizados en profundidad.

¹⁵ He incluido también al análisis una entrevista realizada el año 2005 a Juan Saavedra (ex mirista-actual militante del Partido Por la Democracia –en adelante PPD–, quien en ese momento era Alcalde de la Comuna de Pedro Aguirre Cerda), en el marco de la investigación para mi seminario de grado para optar a la licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2006. La disparidad en el número de entrevistas de un país y el otro responde a la dificultad que encontré para conseguir las entrevistas en Chile. Este aspecto es también parte del análisis, si entendemos dicha dificultad como un **silencio** que responde a lo problemático que les resulta a los ex MIR-actuales PS referirse a su pasado revolucionario.

¹⁶ En un libro de mi autoría, *De la militancia revolucionaria a la militancia social. Los miristas en el Chile neoliberal*, Concepción: Ediciones Escaparate, 2008, he analizado a una tendencia de ex miristas que hoy siguen ligados a la militancia social, por fuera de la política partidista.

socialdemocracias europeas han adquirido estos bloques progresistas en sus discursos y a través de sus historias, para terminar analizando las reconstrucciones narrativas del pasado a través de las cuales resignifican la lucha revolucionaria de antaño desde el presente las personas entrevistadas.

Capítulo I “Los fusiles no entran por las urnas”

1. América Latina en los años sesenta

Los años sesenta y los primeros de la década de los setenta, en plena Guerra Fría, son años marcados por el entusiasmo transformador en América Latina. El triunfo de la Revolución cubana el primero de enero de 1959 fue el epicentro de la expansión de esa ola revolucionaria. Se creía fehacientemente que se estaba inaugurando una nueva época en la historia de la humanidad; se asistía al parto de *la* nueva sociedad, que se encontraba tan cercana que alcanzarla dependía solamente de la voluntad y el coraje. La caída en combate del Che, el 8 de octubre de 1967, marcó y reafirmó ese clima de época que venía gestándose. “Lo definitivo –escribió el Che- es la decisión de lucha que madura día a día, la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario y la certeza de su posibilidad.”¹⁷

El triunfo anticolonial en Argelia y la derrota que estaba sufriendo EEUU en Vietnam, entre otros, durante los años sesenta fueron hitos que consolidaron esta urgencia y esta certeza. Pero fue particularmente la revolución cubana la que se arraigó en el imaginario latinoamericano, calando profundamente en las expectativas políticas y sociales del momento. Las diferentes guerrillas en el continente se definieron en relación a ella y a sus fundamentos, plasmados principalmente en el pensamiento del Che, de Fidel Castro y de Régis Débray. Estos fundamentos se cimentaban sobre la idea rectora de ese pensamiento revolucionario: la guerrilla como vanguardia podría “despertar” la conciencia de clase que existía en el pueblo “dormido”, porque éste era potencialmente revolucionario. Así, “en la revolución cubana la guerra de guerrillas no es sólo una concepción *estratégico-táctica* de lucha armada, sino que constituye el principal instrumento de politización y concientización de masas. No puede existir la guerrilla sin apoyo popular.”¹⁸ El apoyo de las masas junto con el poder de fuego eran los dos elementos sin los cuales no podía tener éxito una guerrilla, porque, en palabras del Che, “la lucha guerrillera es una lucha de masas, es una lucha de pueblo”. Y la vanguardia era el núcleo armado, el grupo combatiente al centro del pueblo. La acción armada, como ejemplo de entrega, suscitaría la conciencia de clase del pueblo e incentivaría y desarrollaría la conciencia latinoamericana versus el imperialismo yanqui y las oligarquías nacionales. “No siempre hay que esperar –escribió el Che- a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.”¹⁹ La práctica revolucionaria, como lucha épica, construiría las condiciones subjetivas revolucionarias, las que se complementarían con las condiciones objetivas; la explotación y la opresión.

Para la izquierda radical, la revolución estaba “a la vuelta de la esquina”, pero sobre todo era necesaria e inevitable en ese momento. La utopía era posible y la revolución

¹⁷ Guevara, Ernesto, Guerra de guerrillas, Montevideo: Ediciones Provincias Unidas, 1968, p. 72.

¹⁸ Rey Tristán, Eduardo, A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya 1955-1973, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2005, p.11.

¹⁹ Guevara, Ob. Cit., p. 41.

era un imperativo histórico. Es esta inminencia y urgencia la que va caracterizando a la izquierda radical, revolucionaria, o “nueva izquierda” en palabras de Rey Tristán. Con la hazaña cubana se anunciaba el triunfo de la revolución como nueva forma organizativa y de acción política, como una estrategia novedosa y una posibilidad real y cercana. En estos sectores de la izquierda se había consolidado la no credibilidad de los procesos electorales como vía para la transformación social y el rechazo a la estrategia definida por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en el VII Congreso de la Internacional Comunista de 1935, y adoptada por casi todos los Partidos Comunistas latinoamericanos: la defensa de la democracia, la revolución por etapas y la necesidad de las alianzas con fuerzas democrático-burguesas, los frentes populares²⁰. La oposición entre revolución y reforma se daba en torno sobre todo a cómo acumular fuerzas y cómo lograr las transformaciones sociales que en ese momento urgían. La izquierda radical se fundaba en la relación necesaria entre revolución y lucha armada, y cuestionaba los dogmas clásicos del reformismo de la izquierda tradicional²¹. Analizando el cruce entre ideales políticos y planteamientos militares, dice Régis Débray:

“Cuba ha recordado en primer lugar que la revolución socialista es el resultado de una lucha armada contra el poder armado del estado burgués. [...] Se ha comenzado a identificar guerrilla con insurrección. [...] Hoy, en la América Latina, una línea política que no pueda expresarse, en el plano de sus efectos, en una línea militar coherente y precisa, no puede ser tenida por revolucionaria.”²²

El salto de la guerrilla a la insurrección era pues el paso clave antes de tomar el poder.

Dentro de estos lineamientos generales, el proyecto revolucionario en la década del sesenta dependía necesariamente de la lucha armada: ésta era inevitable. La estrategia debía ser político-militar, debía construirse con medios propios de la guerra y debía pensarse en base a objetivos sociales, políticos, geopolíticos y territoriales. “La revolución es una sola -declaraba Fidel. [...] Las premisas básicas son la conquista del poder revolucionario y la creación, desde luego, de la fuerza militar que respalde ese poder revolucionario.”²³ Por un lado, la ofensiva violenta era el camino para tomar el poder, y por otro era el medio para defender lo conquistado. Una vez tomado el poder había que defenderse de la reacción burguesa con un Ejército Popular. De esta manera, el quiebre radical en y de la historia no podía no ser violento.

“Todo el sistema capitalista aplica la violencia, pero su miedo es que los pueblos se vuelvan violentos.[...] Ser violento no es ser agresivo, sino saberse defender,

²⁰ Un ejemplo de esto es la fundación del Frente Popular en Chile en 1938, compuesto por el Partido Comunista, el Partido Radical, el Partido Socialista, el Partido Democrático y la Central de Trabajadores y que levantó al candidato radical Pedro Aguirre Cerda para las elecciones presidenciales de ese año.

²¹ Por supuesto que la relación entre los PC latinoamericanos (cada cual con sus propios matices y énfasis) y los grupos revolucionarios-guerrilleros nacionales tiene sus tintes locales particulares, pero este aspecto a pesar de ser muy interesante no tiene mayor relevancia para el análisis aquí propuesto. Agradezco al profesor Álvaro Rico por esta acotación.

²² Débray, Régis, “Revolución en la revolución”, 1967, en www.elhistoriador.com.ar, p. 2-3. Jorge Torres discute acérrimamente los postulados teóricos y estratégicos de Débray en su libro *La Derrota en la mira, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2002, pp. 46-117.*

²³ Entrevista a Fidel Castro por el FRAP chileno, 1962, en Gatto, Herbert, *El Cielo por asalto*, Montevideo: Ediciones Santillana, 2004. Podría afirmarse que dentro del castrismo-guevarismo, el pensamiento de Fidel tenía un énfasis más militar y el del Che un énfasis más social y popular. Si bien ambos pensamientos eran estratégicamente político-militares, el primero ponía el acento en el aspecto estratégico militar y el segundo en el aspecto estratégico social-popular; el necesario apoyo de las masas.

porque mientras la violencia de los poderosos es asesina, la de los pueblos es dignificante. Todos los grandes cambios que ha conocido la historia, los han realizado violentos que ya estaban hartos de ser explotados y de ver la explotación a sus costados.²⁴

El sistema en sí mismo es violento, principalmente porque sus lógicas de explotación y opresión se fundaban y se fundan en relaciones de poder y de fuerza. Cuando los privilegios de las clases dominantes se ven amenazados, la reacción no duda en recurrir a la fuerza para defender sus intereses. Por eso la violencia de los de abajo estaba justificada moral e ideológicamente: “toda línea militar depende de una línea política, que aquella expresa.”²⁵

Podríamos hablar entonces de una cultura política sesentista profundamente idealista e impregnada de optimismo en el proceso histórico por un lado y en el ser humano por otro, de la que eran depositarios/as sobre todo los y las jóvenes de esa época: “la generación del sesenta”.

“¿Será realmente cierto –se preguntaba alguien en esos años- que Latinoamérica se lance a su independencia, a una independencia distinta de la colonial; [...] y así mismo a llevar a cabo la transformación mental que supone, una nueva América, con nuevas estructuras, con nuevas formas de producción, con distintas formas de relación? [...] Hay que plantearse el problema de la vida y no de la mera subsistencia. Las cartas están echadas, en Guatemala, Uruguay, Chile, Brasil, etc.”²⁶

El proceso histórico latinoamericano no tenía vuelta atrás y el “hombre nuevo”²⁷ necesariamente se iría construyendo en el fogueo mismo del proceso revolucionario. Este ideal del hombre nuevo –“idea trágico-heroica”, como la llama Herbert Gatto, o esa “categoría ético-social”, en palabras del historiador chileno Igor Goicovich²⁸– justificaba y se materializaba en la épica del valor y el coraje, en el sacrificio heroico, en la entrega absoluta por la causa. En su dedicatoria a Camilo Cienfuegos en *Guerra de guerrillas*, dice el Che: “al revolucionario sin tacha y al amigo fraterno, [...] al luchador abnegado que hizo siempre del sacrificio un instrumento para templar su carácter y forjar el de la tropa. [...] Él le dio al armazón de letras aquí expuesto la vitalidad esencial de su temperamento, de su inteligencia y de su audacia.”²⁹ El concepto del hombre nuevo plasmado en esta dedicatoria, contiene una idea del deber ser profundamente moral y recta, que enfatizaba el arrojo del temperamento, la nobleza y lo ético de las actitudes; el hombre nuevo debía ser ejemplo de todas las virtudes humanas y debía llevar en sí, en sus comportamientos cotidianos, la semilla de la nueva sociedad. Es decir, la nueva sociedad no era sólo un ideal por alcanzar, sino también debía ser una realidad construida cotidianamente.

²⁴ Torres, Miguel, *Tupamaros. ¿Violencia o justicia? Una nueva estrategia guerrillera en América Latina*, México D.F.: B. Costa-Amic Editor, 1970, p. 107-108.

²⁵ Débray, Ob. Cit., p. 4.

²⁶ *Prólogo del editor Francisco Ramón, en Torres, Miguel, Ob. Cit., p. 15-16.*

²⁷ Concepto que, dicho sea de paso, invisibilizaba e invisibiliza a las mujeres.

²⁸ Gatto, Ob. Cit.; y Goicovic, Igor, “El internacionalismo proletario en el Cono Sur. La Junta Coordinadora Revolucionaria, un proyecto inconcluso”, 2005, en www.cedema.org/uploads.

²⁹ Guevara, Ob. Cit., p. 37-38.

En esta idea del arrojo, un tema central era la relación con la muerte: si se asumía la violencia como necesaria, entonces la muerte era una posibilidad presente a cada instante. Se aceptaba como el costo que los y las revolucionarios/as tenían que estar dispuestos/as a pagar; valía más morir peleando que “vivir de rodillas”. La muerte pierde su sacralización judeo-cristiana y su valor individual, es un riesgo que hay que asumir en la construcción de una sociedad más justa, otorgando al propio sacrificio un sentido social trascendente y un fin político redentor. Y es en esta relación con la vida y con la muerte, mezcla de espíritu romántico y mesianismo cristiano, que los y las revolucionarios/as se hacían portadores/as de una promesa emancipatoria. El sentido teleológico de la historia de la humanidad, con toda la grandilocuencia propia del discurso de ese momento, daba por hecho que el desarrollo de la lucha de clases inevitablemente se agudizaría hasta sus últimas consecuencias: la revolución socialista.

¿Cómo se concebía pues esta Revolución socialista? Esta era entendida como la transformación profunda de todas las estructuras sociales y económicas, y la inversión radical de las relaciones de poder y de la correlación de fuerzas. En la marcha de los acontecimientos se iba mostrando obstinadamente en el horizonte el objetivo revolucionario: la emancipación. “La liberación real de los pueblos [...] –decía el Che– tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una revolución socialista.”³⁰ El socialismo anhelado priorizaba la igualdad por sobre la libertad, máxima absoluta del pensamiento liberal moderno, y se concebía como la concreción de la soberanía latinoamericana contra la dominación del imperialismo yanqui y la injusticia de su sistema económico capitalista, privilegio de la oligarquía. Así, la revolución se iba dibujando, paradójicamente, de manera tan clara como amplia, carácter que no puede desligarse del contexto de Guerra Fría; ésta impuso sobre las distintas realidades nacionales una gradual convergencia de los procesos políticos y sociales, forjando en parte un discurso antiimperialista común a toda la izquierda radical latinoamericana³¹.

En este contexto, marcado por los augurios optimistas que traían los vientos revolucionarios, se tenía la absoluta certeza que los yanquis daban sus últimos estertores imperialistas, se creía firmemente que había llegado el momento de conquistar la independencia política, económica, social y cultural latinoamericana. Desde una concepción antioligárquica y antiimperialista, no cabía duda que el capitalismo imperialista en su fase monopólica estaba *ad portas* del derrumbe y que su derrota era inminente –hoy día nos damos cuenta cuán voluntarista y utópica era esta visión optimista-. El momento histórico se sentía, experimentaba y vivía como un quiebre irreversible en la historia de la humanidad y como un compromiso ineludible con la lucha por la realindependencia latinoamericana. Una perspectiva muy influyente en este sentido fue la “teoría de la dependencia” que fundaba su análisis principalmente en la economía política y combinaba elementos de la teoría marxista sobre el imperialismo con elementos de la teoría anticolonialista. “El capitalismo de las periferias sólo podía conducir al desarrollo del subdesarrollo. [...] Porque el capitalismo y la condición de metrópolis eran, desde fines del siglo XIX, modelos exclusivos de los países centrales. Por esa razón las periferias no podrían nunca desarrollarse en los marcos del modo de producción capitalista.”³² El subdesarrollo no era una etapa del desarrollo, sino su consecuencia. Dentro del pensamiento estructural de esta teoría, como las potencias económicas centrales

³⁰ Ernesto Che Guevara, “Mensaje a la Tricontinental”, 1966, en Gatto, Ob. Cit., p. 52.

³¹ No profundizaré en este trabajo en la relación de Cuba y las distintas guerrillas latinoamericanas con el bloque socialista, en particular con la URSS, por tratarse de un tema en sí mismo a desarrollar.

³² Gatto, Ob. Cit., p. 167-168.

dependían del excedente extraído de las periferias, la revolución en éstas anunciaba el fin del capitalismo como modo de producción y su superación por un modelo socialista más justo.

Otro corpus teórico que fue determinante en la época para los intentos revolucionarios fue el marxismo-leninismo, particularmente su énfasis político-militar, aspecto diferente al que rescataban los PC latinoamericanos que se definían marxistas-leninistas también³³. La tendencia revolucionaria rescataba el planteamiento de una estrategia político-militar, con apoyo de las masas urbanas y campesinas, la necesidad de destruir el Estado burgués por medios violentos, el rechazo a las alianzas policlasistas y la formación de “revolucionarios profesionales”. Con los matices propios de cada guerrilla, esta ideología se expandió entre los grupos revolucionarios como la respuesta necesaria, autosuficiente y absoluta ante la injusticia social. “La historia –afirmaba Miguel Torres en esos años- es irreversible: los opresores de hoy serán exterminados hasta su último hombre; los pueblos fatalmente hacen justicia, muy a pesar de los imperialistas que van contemplando su muerte con cada alzamiento popular.”³⁴ Esta afirmación refleja el carácter grandilocuente y amenazador del lenguaje utilizado en la época. El que a su vez estaba inspirado en dos aspectos centrales del análisis marxista-leninista: la necesaria agudización de la lucha de clases y la inevitabilidad de la revolución por un lado, y sus diagnósticos y esquemas estructurados en base a binomios excluyentes por otro.

En América Latina, esta ideología política fue adaptada y apropiada a las realidades nacionales latinoamericanas, influenciadas sobre todo por el ejemplo cubano, la Organización de Solidaridad entre los Pueblos de África, Asia y América Latina (la primera Conferencia Tricontinental de la OSPAL, impulsada desde la Habana en enero de 1966, convocaba a los pueblos del “tercer mundo” a “crear uno, dos, tres Vietnam”, como dijera el Che en su mensaje a la Tricontinental) y la Organización Latinoamericana de Solidaridad (la primera conferencia de la OLAS en julio de 1967, siguiendo los objetivos planteados por la primera Conferencia Tricontinental, convocaba a los pueblos latinoamericanos a desarrollar una estrategia continental de lucha armada, porque “constituye un derecho y un deber de los pueblos de América Latina hacer la revolución”³⁵). La construcción del socialismo se entendía como un proceso que necesariamente tenía que tener una estrategia continental contra el capitalismo imperialista, e incluso tricontinental. América Latina, idealizada como una “misma voluntad esencial de liberación”, era concebida como una unidad heterogénea: con similitudes en sus realidades de violencia social y explotación económica, pero con manifestaciones sociales, geográficas, políticas y culturales particulares en cada país. Había llegado el momento de llevar a la práctica, en los contextos locales, todas esas ansias de emancipación.

Cada una de las iniciativas revolucionarias en el continente tuvo sus particularidades propias y sus realidades nacionales desde donde plantearon sus diagnósticos y forjaron su práctica. Así, la construcción del socialismo era encarado como un desafío nacional, dadas y desde las características locales. En este sentido, para Rey Tristán, el “nacionalismo

³³ Por una parte, aunque Fidel declaró que el proyecto cubano era marxista-leninista en 1961, esta tendencia en la práctica ya venía aplicándose de antes de 1959 en la guerrilla cubana en su aspecto político-militar. Por otra parte, varios de los PC latinoamericanos se definían marxistas-leninistas, pero enfatizando otros aspectos de dicha tendencia, como por ejemplo la dictadura del proletariado, que es uno de los elementos que también rescata Fidel en 1961.

³⁴ Torres, Miguel, Ob. Cit., p.23.

³⁵ Primera conferencia de la OLAS, en Marchesi, Aldo “Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el Cono Sur, el ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1977)”, 2008, mimeo, p. 5.

revolucionario”fue un componente predominante en la ideología de los movimientos insurgentes latinoamericanos desde 1959. El triunfo cubano fue un ejemplo en cuanto a la necesidad y posibilidad de lograr una revolución con tácticas y estrategias propias y dentro de cada país. El socialismo, “que comenzando en cada nación, adquiriría a la larga dimensión latinoamericana, era un proceso en cuyo decurso socialismo y nación se potenciaban mutuamente.”³⁶ Siguiendo esta lógica, primero estaban las revoluciones nacionales y luego, en una segunda etapa, vendría la integración y la liberación continental. Veamos cómo se plasmó este imaginario en Chile y Uruguay.

2. La apropiación del imaginario y la práctica revolucionarios en el Cono Sur: el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros en Uruguay y el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en Chile.

En este contexto latinoamericano, la afirmación del Cono Sur como una región particular se fue fraguando al compás de los tiempos. Las alusiones a la región cono sureña en los documentos son casi nulas, no así las referencias a América Latina. La concreción de la coordinación a nivel regional se dio, aunque de modo muy incipiente, en la Junta Coordinadora Revolucionaria (JCR). Después de varias conversaciones entre las distintas organizaciones guerrilleras cono sureñas, aquella comenzó a gestarse en 1972 con la articulación del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) chileno, el Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) argentino, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) uruguayo y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) boliviano. En la base de esta articulación estaba la necesidad de consolidar una red regional de solidaridad y coordinación entre las diferentes iniciativas guerrilleras³⁷.

Pero más allá de esta expresión, es interesante preguntarse por cómo se apropiaron las distintas organizaciones armadas en el Cono Sur de las concepciones revolucionarias a partir del triunfo cubano. Específicamente, ¿qué particularidades podrían caracterizar la lucha revolucionaria en Chile y Uruguay entre 1965 y 1973? Tratando de responder a esta interrogante, en este apartado compararé las similitudes y las diferencias entre el MLN uruguayo y el MIR chileno, sobre todo a lo que violencia política se refiere. Para dar algunos elementos que sirvan al análisis propuesto, es imprescindible comenzar por contextualizar e historizar el surgimiento de los movimientos revolucionarios en Chile y Uruguay, para luego caracterizarlos, compararlos y entender sus especificidades como apropiaciones de la teoría y práctica revolucionarias.

Pese a ciertas analogías en las historias político-institucionales de cada país, las culturas políticas, que tienen que ver con lógicas y prácticas cotidianas, eran y son muy diferentes, y esto es necesario tenerlo en cuenta a la hora de entender el proceso aquí analizado. No haré un análisis profundo por no ser el tema central, pero sí daré algunas aristas que vienen al caso. Las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX tanto en Chile como en Uruguay, son la historia de cómo la política republicana-institucional fue pasando de manos exclusivamente de las oligarquías terratenientes e industriales a ser

³⁶ Gatto, Ob. Cit., p. 159.

³⁷ Cfr. Goicovic, Ob. Cit.; y Marchesi, Ob. Cit.

un espacio de intereses más conflictivo; donde las clases medias comenzaban a hacerse escuchar y a transmitir la voz de las clases pobres en el espacio institucional, éstas a su vez habían ido desarrollando una capacidad real de presión política.³⁸ En este contexto, desde principios del siglo XX la cultura política uruguaya se había caracterizado por un lado, por ser profundamente batllista³⁹; esto es férreamente institucionalista, muy “estadocéntrica” y “partidocrática”, y por otro por ser muy integradora y tolerante⁴⁰. Así mismo, la chilena se fue fraguando de la mano de la consolidación de una política institucional fuerte, con un Estado de Bienestar muy presente, el que incorporaba cada vez más a las clases medias (aunque no por ello resolviendo necesariamente de manera satisfactoria los problemas básicos de subsistencia de las clases pobres). Pero la cultura política chilena, que se fundaba más en el conflicto que en la integración, era más confrontacional. No por ello no habían existido momentos de violencia política en la historia uruguaya o momentos de más calma social en la historia chilena, pero la tónica era inversamente proporcional.

Durante los años sesenta, y como segundo elemento del análisis, ambos países vivían procesos sociales y económicos similares. Había una situación de crisis general: en el plano económico, ésta partía del agotamiento del modelo de desarrollo de industrialización por sustitución de importaciones (nacionalización de la industria, desarrollo mercado interno, etc.) y en el plano socio-político se manifestaba en el creciente descontento social. El movimiento social y popular en ambos países era un actor múltiple, muy activo e influyente en la vida política de ambos países: demandas gremiales, debates políticos y protestas callejeras fraguaban la efervescencia social que teñía la cotidianidad en esos años. Así lo plantean los sociólogos chilenos Tomás Moulian y Manuel Antonio Garretón en su libro conjunto *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*⁴¹, quienes relatan el importante papel que jugaron las organizaciones sociales y populares y los partidos políticos en el clima de confrontación y polarización social, y de radicalización política en los años sesenta y principios de los setenta en Chile. Para el caso uruguayo, según Garcé y Yaffé la radicalización de la izquierda “tuvo su expresión cultural, configurando ese clima de época crítico y revulsivo tan propio de los sesenta, y tuvo su expresión social y política, en la polarización y la confrontación crecientes.”⁴² Pero, y a pesar de las similitudes, dichos procesos fueron tomando rumbos opuestos, aunque paradójicamente, ambos terminarían con dictaduras impuestas en 1973 que durarían más de una década.

En este sentido, un tercer elemento a tener en cuenta de carácter más coyuntural, es el que diferencia ambos procesos. Por un lado, Uruguay, hasta mediados de los años cincuenta y de la mano de sus exportaciones de carnes y cueros durante la Segunda Guerra Mundial, se había proyectado a nivel mundial como “la Suiza de América”; con un Estado muy rico y una clase media muy extensa y con buen pasar económico. Pero ese sueño

³⁸ Un hipótesis interesante es que las dictaduras en el Cono Sur rompieron con esta historia política y social del siglo XX y que este paso era imprescindible para imponer el modelo neoliberal.

³⁹ José Batlle y Ordoñez fue presidente del Uruguay como candidato del Partido Colorado en dos ocasiones: 1903-1907 y 1911-1915.

⁴⁰ Álvaro Rico pone en tela de juicio el relato tradicional de la “continuidad” y “excepcionalidad” de las instituciones y los “prohombres” políticos uruguayos, sobre todo en relación a la utilización que de este relato hizo la clase política con el fin de legitimar la re-institucionalización en la postdictadura uruguaya. Cfr. Rico, Álvaro, Ob. Cit., pp. 174-192.

⁴¹ Moulian, Tomás y Manuel Antonio Garretón, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*, Santiago: Ediciones Chile-América, CESOC, 1993; para este tema cfr. además Moulian, Tomás, *La Forja de Ilusiones: el sistema de partidos 1932-1973*, Santiago: Universidad Arcis/ FLACSO, 1993.

⁴² Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé, *La Era Progresista*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2004, p. 24.

uruguayo se terminó con el fin de la Segunda Guerra Mundial y se derrumbó sobre todo desde el segundo lustro de la década de los cincuenta. Uruguay conoció una profunda crisis económica, que devino en crisis social y política, y que significó el “fin del Uruguay batllista”. A esto se sumaba, en parte como consecuencia de las carencias económicas y en parte por falta de voluntad política, la ineficacia e impotencia institucional para responder a dicha crisis. Por otro lado, a principios de los años sesenta, las luchas cañeras del norte de Uruguay⁴³ comenzaban a tomar fuerza política y captaban el apoyo social del resto de los sectores políticos. En ese contexto, la izquierda uruguaya conoció varios intentos de articulación que resultaron efímeros, como por ejemplo la UP y el FIDEL en 1962⁴⁴. La otra cara de la moneda era la aparición en esos años de las bandas fascistas, que tuvieron prácticas antisemitas muy violentas, elemento que tuvo una gran importancia en la formación de grupos de autodefensa. En este contexto, Clara Aldrighi plantea una hipótesis de corte cultural, para el surgimiento del MLN: “aunque el país enfrentaba una situación de penuria económica y de progresiva crisis del sistema político, [...] fue un fenómeno cultural – la voluntad de acción y cambio revolucionario mediante la lucha armada- el requisito para la constitución y crecimiento de la organización guerrillera.”⁴⁵ Según la autora, el MLN habría sido una nueva expresión del “combativo compromiso político de los uruguayos contra el autoritarismo” y por la libertad y la justicia.

En 1967 un hecho fortuito marcaría el rumbo vertiginoso de los acontecimientos en Uruguay. Unos meses después de asumir como Presidente en marzo de 1967, en diciembre de ese año moría Oscar Gestido y era reemplazado por su Vicepresidente Jorge Pacheco Areco, un personaje de bajo perfil hasta ese momento, pero que desde el primer día de su mandato no dudó en mostrar su mano dura.

“Desde diciembre de 1967 hubo una acción deliberada por parte de un sector de las clases dominantes de enfrentar la crisis amparándose en el aparato de Estado (el gobierno principalmente), para desde allí reestructurar el régimen político tradicional en el Uruguay, reformando hacia el autoritarismo su justificación ideológica, y superar así su crisis de dominación, utilizando el aparato del Estado para disciplinar desde arriba los compartimientos de la sociedad (Álvaro Rico).”⁴⁶

⁴³ Las luchas cañeras nacen de las reivindicaciones laborales y de la organización de los trabajadores azucareros del Departamento de Artigas (al norte de Uruguay) contra esos abusos, las que a su vez nacen de la lucha más amplia de los trabajadores de las diversas plantaciones del Norte uruguayo (de los Departamentos de Salto, Paysandú, Rivera y Artigas principalmente). Las plantaciones de caña de azúcar de Artigas, en las que trabajaban los cañeros, seguían funcionando a merced de los patrones, quienes no respetaban las normas laborales mínimas y tenían toda la impunidad y el poder para hacerlo (los cañeros trabajaban entre doce y dieciséis horas diarias, los salarios eran en fichas que sólo podían ser cambiadas en los almacenes de las plantaciones, no contaban con seguros ni por accidentes laborales ni por fallecimiento, etc). Los grandes hitos de estas luchas cañeras son las tres marchas que realizaron, desde 1962, desde Bella Unión (Artigas) hasta Montevideo reivindicando sus derechos laborales y buscando el apoyo político y social. Raúl Sendic, quien fuera el dirigente Tupamaro más influyente en el Movimiento hasta su muerte en abril de 1989, participó de la lucha de los trabajadores del campo en Paysandú, Artigas, Rivera y Salto, desde principio de los años sesenta como procurador de las causas de abusos laborales, y fue uno de los fundadores de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas (UTAA) en 1961. Cfr. Blixen, Samuel, Sendic, Montevideo: Ediciones Trilce, 2000.

⁴⁴ Agradezco a Aldo Marchesi por esta acotación.

⁴⁵ Aldrighi, Clara, La izquierda armada. Ideología, ética e identidad en el MLN-Tupamaros, Montevideo: Ediciones Trilce, 2001, p. 75-77.

⁴⁶ ***Rey Tristán, Ob. Cit., p. 32 (las cursivas son del autor).***

La agudización del proceso social fue tensando el ambiente, consolidado sobre medidas duramente represivas en plena democracia, expresadas de manera brutal en la aplicación de Medidas Prontas de Seguridad (MPS) que abolían los derechos políticos individuales y colectivos. Este proceso culminaría, como un anticipo del auto golpe del 27 de junio 1973, con la “Declaración del Estado de Guerra Interno” el 15 de abril de 1972⁴⁷, que fue hecha pública un día después de que ocho agentes del gobierno de Pacheco Areco fueran asesinados por los Tupamaros el 14 de abril. A esto se sumaba la aparición a principios de los setenta de los Escuadrones de la Muerte; comandos paramilitares y parapoliciales, como el Comando Caza Tupamaros (CCT, coordinado desde el Ministerio del Interior por el Coronel Machado), que se especializaron en el escarmiento, la tortura y el asesinato de los tupamaros desde la ilegalidad, pero con la venia silenciosa de las instituciones estatales. El clima de tensión era irrespirable.

En Chile en cambio, la presión social y la construcción de un movimiento popular con mucha fuerza fueron consolidando la opción de izquierda hasta que, después de haberse presentado por cuarta vez, el 4 de septiembre de 1970 Salvador Allende ganó las elecciones presidenciales. Bajo el gobierno de la Unidad Popular (Partido Comunista, Partido Socialista, Partido Radical, el MAPU e independientes de izquierda, más adelante en 1971 se uniría la Izquierda Cristiana, una escisión de la Democracia Cristiana) se abría una coyuntura muy favorable para este desarrollo del movimiento popular y las demandas sociales, y se daba un espacio propicio para su radicalización, que, como veremos más adelante, era la apuesta del MIR. A pesar de las diferencias entre los contextos chileno y uruguayo, el año 1968 fue un punto de inflexión en el desarrollo de los procesos sociales y políticos de ambos países⁴⁸. En Uruguay, las protestas gremiales; sindicales y estudiantiles –que iban tomando un cariz cada vez más fuerte de articulación social- se tomaban las calles y eran fuertemente reprimidas⁴⁹. En Chile ese mismo año, se fue haciendo evidente la desilusión social que provocaba el gobierno de Eduardo Frei Montalva (1964-1970). Su apuesta reformista, apoyada por la Alianza Por el Progreso (liderada por John Kennedy desde EEUU), había sembrado esperanzas en un amplio sector de las clases medias y pobres, las que al no ver mayores avances en las transformaciones estructurales fueron demostrando su descontento de manera cada vez más radical, influenciadas por un lado por la autonomía que iban tomando las organizaciones sociales y populares, y por otro por los incipientes grupos de izquierda de acción directa –como el MIR o la Vanguardia Organizada del Pueblo (VOP)-.

Así, la radicalización de la confrontación social y la polarización política proporcionó a la izquierda radical el terreno propicio para su crecimiento y para lograr algún grado de inserción de masas. En ciertos sectores muy minoritarios de la izquierda, que anhelaban tener la misma suerte que tuvo la guerrilla del Che y de Fidel, iba consolidándose la certeza de que una confrontación armada era inevitable, y que era urgente prepararse para ella.

a. Las similitudes: orígenes y orgánicas

⁴⁷ El mismo día 15, cuando fue declarado el “Estado de Guerra Interno” empezó una persecución implacable a los Tupamaros. El “Estado de Guerra Interno” cesó el 12 de junio de 1972, tras la entrada en vigor de la nueva Ley de Seguridad del Estado.

⁴⁸ No podemos olvidar la estrecha relación de dicha inflexión con los diversos acontecimientos que marcaron ese año a nivel mundial: la invasión rusa a Checoslovaquia, el Mayo francés, la matanza de Tlatelolco en México, etc.

⁴⁹ Ese año son asesinados por la policía los primeros estudiantes, entre los cuales el primer asesinado se llamaba, sarcásticamente, Líber Arce.

En estos contextos, tanto el MLN como el MIR surgieron de coordinaciones entre diferentes grupos de la izquierda radical y se consolidaron entre los años 1965 y 1967. La concordancia de estos procesos responde a la intensidad del ambiente político que existía en el Cono Sur, marcado por la urgencia de la revolución. El MIR se fundó el 15 de agosto de 1965 en el Congreso de Unidad Revolucionaria (14 y 15 de agosto 1965). En esa ocasión participaron grupos principalmente obreros y estudiantiles; la Vanguardia Revolucionaria Marxista-Rebelde⁵⁰, seguidores de la revolución cubana, militantes del Partido Obrero Revolucionario que era trotskista (como Luis Vitale), del Movimiento Revolucionario Comunista de tendencia maoísta, trabajadores sindicalistas (como Clotario Blest), algunos anarquistas y estudiantes independientes de izquierda⁵¹. Se eligió un Comité Central de 21 miembros, se designó como jefe al médico trotskista Enrique Sepúlveda y se aprobaron la “Declaración de Principios” y los “Principios Programáticos”⁵².

“El MIR se organiza para ser la vanguardia marxista-leninista de la clase obrera y capas oprimidas de Chile que buscan la emancipación nacional y social. [...] La finalidad del MIR es el derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por un gobierno de obreros y campesinos, dirigidos por los órganos del poder proletario, cuya tarea será reconstruir el socialismo y extinguir gradualmente el Estado hasta llegar a la sociedad sin clases. La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.”⁵³

Su objetivo era “derrocar el sistema capitalista” y construir el socialismo, para llegar a una “sociedad sin clases”. Más aún, el MIR reafirmaba “el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar el régimen capitalista es la insurrección popular armada”⁵⁴ y sostenía “que el programa planteado solo podrá realizarse derrocando a la burguesía e instaurando un gobierno revolucionario dirigido por los órganos de poder de obreros y campesinos.”⁵⁵ Vemos pues que la violencia política revolucionaria se planteaba como el único camino posible para derrocar a la burguesía, pero como veremos más adelante ésta amenaza quedaría en el plano discursivo. En agosto de 1967, en la reunión del Comité Central para la preparación del III Congreso del MIR, el grupo de los más jóvenes liderado por Miguel Enríquez y que defendía la línea más dura, se convirtió en la fracción dominante frente a la de los viejos: sindicalistas, comunistas chinos y trotskistas fueron marginados de la orgánica⁵⁶.

⁵⁰ Grupo de jóvenes ex militantes de la Federación Juvenil Socialista (FJS) de Concepción (PS), de la que se habían retirado en 1964: Miguel y Edgardo Enríquez, Luciano Cruz, Sergio Zorrilla, Bautista von Schouwen, Jorge Fuentes, Andrés Pascal, Humberto Sotomayor, Nelson Gutiérrez, entre otros.

⁵¹ Cfr. Goicovic, Ob. Cit.; Vitale, Luis, Contribución a la historia del MIR (1965-1970), Santiago: Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999; y Sandoval, Carlos, MIR (Una historia), Santiago: Sociedad Editorial Trabajadores, 1990. Es interesante la discusión que sostienen a través de estos dos últimos textos Vitale y Sandoval acerca de los orígenes del MIR: según Vitale en su conformación el MIR tenía una tendencia más bien obrera, según Sandoval esa tendencia era más bien estudiantil.

⁵² Naranjo, Pedro et al. (ed.), Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile, Santiago: LOM Ediciones, 2004, p. 99-105.

⁵³ **MIR, “Declaración de principios” (agosto 1965), en *ibid.*, p. 99. Las cursivas son del documento.**

⁵⁴ *Ibid.*, p. 101.

⁵⁵ MIR, “Programa” (agosto 1965), en *ibid.*, p. 105.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 90.

Por su parte, el MLN-T surgió del Coordinador, al principio un grupo inorgánico, que estaba integrado por el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) pro chino⁵⁷, el Movimiento Revolucionario Oriental (MRO, que había nacido a su vez como una fracción del Partido Nacional), la Federación Anarquista Uruguaya (FAU), un grupo de las Juventudes del Partido Socialista, liderado por Raúl Sendic, e independientes de izquierda. Esta orgánica había nacido en medio de las movilizaciones en apoyo a los cañeros y los diferentes grupos se habían aglutinado bajo la convicción que había que dejar de lado la teoría y la polémica y pasar a la acción, era urgente “hacer algo”. Decían sus integrantes: “las palabras nos separan, los hechos nos unen.”⁵⁸

Al poco tiempo y al ritmo de los acontecimientos, este grupo comenzó a autodefinirse como el brazo armado de la lucha popular, con una concepción de la violencia como una herramienta de autodefensa. Esta fue su primera justificación ideológica, política y práctica del uso de la violencia política. En palabras de Sendic, “hoy día nos podría dar más garantías individuales un revólver bien cargado que toda la Constitución de la República y las leyes que consagran derechos, juntos.”⁵⁹ De hecho, entre el Tiro Suizo y la reunión de Parque del Plata de junio de 1965⁶⁰ -cuando se desintegra el Coordinador y se funda el MLN como tal-, el Coordinador tuvo una clara estrategia “defensiva” frente a la represión estatal y coherente con su rol de “brazo armado del movimiento popular”. Sendic insistió muchísimo en la necesaria relación vinculante que tenían que tener las acciones armadas con el movimiento popular. Es en este sentido que en sus primeros años, este grupo político realizó sobre todo acciones de propaganda armada, principalmente expropiaciones financieras y “Comandos del Hambre”⁶¹: acciones de un fuerte contenido ideológico, pero que aún no respondían a una estrategia propiamente armada de toma del poder⁶². Pero además, y ya con una intencionalidad política más estratégica, era imprescindible prepararse porque “si no hay un grupo medianamente preparado, simplemente las coyunturas revolucionarias se desaprovechan o no se capitalizan para la revolución”, pero sobre todo porque “son las acciones revolucionarias las que precipitan las situaciones revolucionarias.”⁶³ Es decir,

⁵⁷ El alcance de nombres con el MIR chileno no refleja ninguna relación política ni orgánica.

⁵⁸ Rey Tristán, Ob. Cit., p. 100.

⁵⁹ Sendic, “¿Un revólver o la Constitución?”, El Sol, 22 de marzo, 1963. En Blixen, Ob. Cit., p. 81.

⁶⁰ El Tiro Suizo fue la primera acción de expropiación realizada por el Coordinador en junio de 1963. Y en la reunión de Parque del Plata, las diferentes organizaciones que pasan a componer el MLN renuncian a sus “organizaciones madres” y pasan a formar una sola orgánica, otras, como el MIR y la FAU, se abren del MLN, y se acuerdan los primeros documentos: el “Reglamento” y “las nueve tesis”.

⁶¹ “Expropiaciones”: recuperaciones financieras (robos sobre todo a bancos) que son al mismo tiempo el medio para el pertrechamiento de armas y la demostración de la autonomía financiera; “Comandos del Hambre”: robo de los camiones de repartición de comida principalmente y su posterior reparto en los cantegriles, como se les llama a los Campamentos en Uruguay.

⁶² Pero ¿dónde estaban los límites entre la estrategia que convocaba a “prepararse” y una estrategia más ofensiva? Sobre todo teniendo en cuenta el contexto uruguayo de crisis social y política, y el momento revolucionario que vivía América Latina en esos años. Estos factores que imantaban aceleradamente las atracciones revolucionarias y la urgencia de las transformaciones radicales, iban construyendo una escalada de la violencia revolucionaria, en torno a la consigna “contestar a la violencia de los de arriba con la violencia de los de abajo”. Entre la autodefensa y la violencia de corte más ofensiva había pues una frontera ideológica y una frontera histórica muy borrosa. El mismo cauce de los acontecimientos demostraría lo vulnerable que era esta frontera en la práctica.

⁶³ Ambas citas corresponden a “30 preguntas a un tupamaro”, Revista Punto Final, número especial, 1968. En Mercader, Antonio y Jorge De Vera, Los Tupamaros. Estrategia y acción, Barcelona: Editorial Anagrama, 1970, p. 77-78. Aunque esta entrevista es posterior a la conformación del Coordinador, nos muestra el pensamiento estratégico que justificaba la necesidad de prepararse.

y siguiendo los planteamientos del Che, las condiciones subjetivas favorables para la revolución había que forjarlas a través de la práctica.

El hecho de ser espacios de coordinación pertenecientes a la izquierda radical, diferenciaba al MLN y al MIR de los Partidos tradicionales: los Comunistas y los Socialistas. Es más, el mismo gesto de autodefinirse Movimientos y no Partidos es un acto de rebeldía frente a un modo de hacer política dentro de la izquierda que venía consolidándose hacía décadas. Ahora, es necesario poner dicha autodefinición en tela de juicio, porque ambos grupos, muy influenciados por la expansión del marxismo-leninismo cubano –el MIR se autodefinió explícitamente marxista-leninista, el MLN por su parte siempre explicitó que no lo era, lo que no significa que no haya adoptado dinámicas características de esa tendencia ideológica-, adoptaron ciertas lógicas propias de los Partidos, entre las que las jerarquías son las más evidentes. La estructura orgánica de cada uno de los grupos tenía un arraigado esquema piramidal; arriba la Dirección (Comité Ejecutivo para el MLN, Comisión Política en el caso del MIR), más abajo mandos medios, luego militantes de base, más abajo pre-militantes y en la base de la pirámide los/as simpatizantes.

Además, ambos grupos tenían una concepción territorial y geopolítica de la organización, aunque con matices. El MIR se organizaba en base a los Grupos Político-Militares (GPM): “estructuras orgánicas intermedias que articulaban bases de masas, operativas y de técnicas e infraestructura –redes de apoyo-”⁶⁴. Los GPM eran subdivisiones geopolíticas estructuradas por zonas geográficas. El MLN por su parte se organizaba en Columnas, y cada una era “concebida como unidad orgánica político militar que reúne en sí misma las posibilidades (todas) de autonomía (servicios, grupos de acción, agitadores, infraestructura, periferia, etc).”⁶⁵ Las Columnas, al igual que los GPM, respondían a esta organización territorial, pero en una escala mayor, de hecho las primeras Columnas fueron sólo dos: la del Interior y la de Montevideo, luego aumentaron a cinco.

Asimismo, ambos apostaban a consolidar grupos armados que, supuestamente, estarían compuestos por los militantes con más preparación militar y con una clara convicción revolucionaria. Sería este pequeño grupo el que influenciaría a las masas para que en ellas “despertara” esa conciencia revolucionaria que estaba “dormida”, pero que en ellas existía potencialmente dadas las condiciones de explotación y opresión en las que vivían. Más adelante veremos que esta aspiración tuvo, en la práctica, manifestaciones muy diferentes. Así, el carácter de vanguardia tenía que ver con esta creencia y con la misión autoimpuesta de que un pequeño grupo de revolucionarios/as atraería a las masas, se insertaría en ellas y consolidaría las condiciones subjetivas para la revolución. Y este carácter iba de la mano con cierto elitismo que caracterizó a estas iniciativas revolucionarias. Elitismo dado por la composición etaria y socio-económica bastante similar que ambos grupos tenían: principalmente estudiantes y profesionales jóvenes de las clases medias y una parte muy minoritaria de obreros, pobladores y campesinos. Es interesante destacar que, siguiendo el ejemplo de Cuba, ambos grupos incorporaron las problemáticas campesinas específicas de cada país en sus proyectos y programas, lo que fue más concreto en la construcción del MIR, a través del movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR). El MLN se definía como artiguista, rescatando la herencia y sobre todo el proyecto de Reforma Agraria planteado y desarrollado por José Artigas en 1815. Pero esta reivindicación fue más una declaración de principios que parte sustantiva de sus lineamientos revolucionarios, ya que el carácter de su proyecto, y su consiguiente estrategia, era más bien urbano.

⁶⁴ Goicovic, Ob. Cit., p. 8.

⁶⁵ Blixen, Ob. Cit., p. 169.

b. Las diferencias: proyectos revolucionarios y lucha armada

La diferencia fundamental, y muchas veces pasada por alto, entre el MLN y el MIR es el carácter de sus respectivos proyectos revolucionarios y, de la mano con esto, el énfasis puesto en la acción armada. El MIR ponía el acento en la consolidación de una *Fuerza Social Revolucionaria*⁶⁶. Para la constitución de ésta, la construcción social y política del *poder popular* y la consolidación de los *Frentes de Masas*⁶⁷ adquirieron una dimensión estratégica central: la idea era ir construyendo y consolidando formas de organización propias del pueblo, para así satisfacer de manera autónoma sus demandas; principalmente a través de la acción directa como la toma de terrenos y fábricas. La idea que estaba detrás de esta práctica era que el gobierno no iba a responder de manera ni rápida ni satisfactoria a las demandas populares y que por lo tanto la mejor manera de buscar dicha satisfacción era a través de la organización social y la autonomía de la construcción popular frente a las lógicas estatales. Además y sobre todo, esto permitiría ir sumando al pueblo a la causa revolucionaria.

La matriz ideológica y el matiz de la práctica del MLN, en cambio, eran de corte más guerrillero, sin que por eso su práctica de lucha armada haya dejado de tener un sustento político, el que por supuesto existía. A partir de la toma de Pando, el 8 de octubre de 1969⁶⁸, el concepto central del proyecto tupamaro se fue materializando en la idea del *doble poder*, que ponía el acento en el aspecto armado y la acción directa de la estrategia revolucionaria. Esta idea consistía en construir un poder revolucionario capaz de disputarle al gobierno, a la policía y al Ejército la monopolización de la violencia política. El contexto de represión permanente a las reivindicaciones gremiales (estudiantiles y sindicales) bajo los gobiernos de derecha en los años sesenta y la agudización de este clima bajo Pacheco Areco influyó de manera determinante en este planteamiento del MLN. En esa misma línea, “a partir de 1970 los secuestros (los secuestrados eran detenidos en “las cárceles del pueblo” y eran juzgados por los “tribunales revolucionarios”) se enmarcaron, en muchas ocasiones, en la estrategia de *doble poder*, en la que jugaron un papel importante, y con la que los tupamaros querían manifestar su capacidad para disputar al Estado el monopolio de la violencia.”⁶⁹ Los planes propuestos desde 1970 fueron planificados para consolidar el doble poder.

“Después de la toma del cuartel de la Marina, en mayo de 1970, los tupamaros estaban incrementando su accionar en una frontera un tanto difusa entre la propaganda armada y la ofensiva militar: se desplegaba la línea H (hostigamiento) que consistía básicamente en desarmar a los policías en las calles o allanar los domicilios de los comisarios y oficiales, y el plan “Satán”, que consistía en el secuestro y retención en las cárceles del pueblo de connotados

⁶⁶ Goicovic, Ob. Cit.

⁶⁷ Fueron los espacios sociales donde el MIR llevó a la práctica su tesis sobre la necesidad de consolidar el apoyo del pueblo a la causa revolucionaria: Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), el Movimiento Universitario de Izquierda (MUI), el Movimiento de Campesinos Revolucionarios (MCR), el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) y el Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR). Cfr. Sandoval Ambiado, Carlos, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1970-1973: coyunturas, documentos y vivencias, Concepción, Chile: Escaparate, 2004; y Cofré Schmeisser, Boris, Campamento nueva La Habana: el MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973, Concepción, Chile: Escaparate, 2007.

⁶⁸ Cfr. MLN, Actas Tupamaras. Una experiencia de guerrilla urbana, Buenos Aires: Editorial Cucaña, 2003, pp.143-185. Este es el primer documento público que sacó el MLN en 1970, la primera edición es de ese año.

⁶⁹ Rey Tristán, Ob. Cit., p.327-328.

diplomáticos y representantes de la oligarquía que apuntalaban la dictadura legal de Jorge Pacheco Areco. Todo esto, en medio de un enfrentamiento social generalizado, con huelgas de trabajadores privados y movilizaciones de empleados públicos, ataques a la Universidad, clausuras de diarios y manifestaciones de estudiantes.”⁷⁰

Como veremos más adelante, estos planes fueron alejando al MLN del movimiento popular.

Estas diferencias de énfasis se evidenciaron también en el papel asignado a la lucha armada en cada proyecto. Para el MLN la práctica (entendida como acciones de propaganda armada) era el elemento fundamental en su planteamiento, tanto es así que ésta era “criterio de verdad”: precedía y antecedía a la teoría, la que estaba supeditada a la acción. “Nuestra teoría se confronta diariamente con la práctica, se formula en función de ella, se corrige a partir de ella. No es el resultado de una especulación de gabinete sino del fragor de la lucha con sus victorias y sus derrotas”.⁷¹ Es por lo mismo, y según un dirigente, que “la lucha armada fue aprendida por el MLN en la práctica.”⁷² En este sentido, este grupo apelaba a “*la independencia de criterio*: la creación propia de las bases teóricas aplicables después de un intenso trabajo práctico de experimentación y observación”⁷³. Es decir, el MLN buscaba desmarcarse de cualquier modelo teórico *a priori*. Es por eso que la práctica fue el elemento central en el nivel de desarrollo de la guerrilla urbana que lo caracterizaría. Originalidad que, por otro lado y en concordancia con su “independencia de criterio”, los tupamaros siempre reivindicaron, sobre todo porque uno de los tres dogmas del Che en *Guerra de guerrillas* era: “en la América Sub-desarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo”. Y los tupas después de mucho buscar la selva en los pequeños montes de su paísito sin selvas, llegaron a la conclusión que en Uruguay la guerrilla debía ser urbana. Así, el acento puesto en la guerrilla urbana por los tupamaros respondió, en parte, al hecho de que las condiciones geográficas y sociales determinaron el modo particular que adoptó la lucha armada en cada lugar.

En la Introducción a las *Actas Tupamaras*, los autores explicitan que en la lucha armada la “concepción estratégico-política” -esto es cambiar la correlación de fuerzas- se combinaba con “los elementos tácticos de una estrategia político-militar”. Es decir, que los dos objetivos que se buscaba lograr eran, a la vez y de manera dialéctica, el apoyo de las masas y la propagación de las acciones de propaganda armada. Pero este segundo objetivo terminó por tener más peso que la concepción estratégico-política. Más allá de lo cual podría aventurarme a decir que el planteamiento de lucha armada del MLN en ese momento tenía dos niveles, uno táctico-defensivo y otro estratégico-ofensivo, que se complementaban, porque “la lucha armada es a la vez una respuesta y un planteo político.”⁷⁴ El primer nivel era el de las acciones de propaganda armada, las que nacían de las necesidades de las luchas gremiales y de las reivindicaciones populares, y buscaban transmitir y ejecutar el apoyo a las luchas sociales. “El Bebe [apodo de Raúl Sendic] nunca tuvo mentalidad de foco. El

⁷⁰ Blixen, Samuel, *Fugas, Montevideo: Ediciones Trilce, 2004, p. 55. Todas las otras citas de este autor son de su libro Sendic, Ob. Cit.*

⁷¹ *Ibíd.*, p. 37.

⁷² *Ibíd.*, p. 43.

⁷³ Harari, José, *Contribución a la historia del MLN-Tupamaros*, Montevideo: Editorial Plural, 1987, p. 151. Las cursivas son del autor.

⁷⁴ MLN, *Actas Tupamaras, Ob. Cit.*, p. 43.

pensamiento del Bebe, que diferenciaba a la guerrilla tupamara de las otras experiencias, nunca hacía polarización entre acción armada y lucha de masas.”⁷⁵ Para Sendic, la relación entre acciones armadas y demandas populares tenía que ser necesariamente vinculante; aquellas tenían que supeditarse a éstas y contextualizarse en las luchas sociales. Por ejemplo, “la violencia implícita en el secuestro de Pereyra Reverbel (violencia, por otra parte, calculada y contenida, bien alejada del terrorismo indiscriminado e inútil) no hacía sino responder a la violencia represiva del régimen, ésta sí indiscriminada, ciega, visceral.”⁷⁶ Este secuestro del presidente de Usinas y Teléfonos del Estado (UTE) en agosto de 1968 fue una acción en contra de su negativa a negociar con los trabajadores de esa empresa estatal.

El segundo nivel, estratégico-ofensivo, se reflejaba en lo que era el *doble poder* y en la idea de que era necesario agudizar las contradicciones para así desenmascarar el carácter represivo de los de arriba. “La estrategia planteaba *radicalizar las contradicciones* a través de la *acción revolucionaria*, lo que provocaría el desarrollo de la violencia de los de arriba y así, daría justificación a la *violencia de los de abajo*.”⁷⁷ En este plano, la violencia del pueblo se entendía como una respuesta necesaria frente a la violencia de la oligarquía. “En un país que era considerado la “Suiza de América” nosotros queríamos que se cayera la careta.”⁷⁸

A partir de la idea de la propaganda armada como generadora de conciencia, el MLN desarrolló toda una “estrategia simbólica”, concepto desarrollado por Rey Tristán como uno de los ejes articuladores de su libro *A la vuelta de la esquina*.

“Según Panizza, las acciones de los Tupamaros persiguen una doble articulación simbólica para la producción de dos niveles de sentidos diferentes: las denuncias de corrupción que constituyen el significado a nivel superficial o inmediato se transforman en significante de nuevos símbolos en una cadena narrativa cuyo significado es la lucha de los tupamaros contra un régimen político opresivo y un orden social injusto.”⁷⁹

La idea de “estrategia simbólica” de Rey Tristán es interesante en cuanto enfatiza la intencionalidad político-ideológica que buscaba ligar el proyecto revolucionario a la práctica política más cotidiana.

Para el MIR, durante el segundo lustro de los años sesenta y principios de los setenta, la violencia política era un medio secundario, la táctica del grupo revolucionario chileno

⁷⁵ Entrevista a Fernández Huidobro, en Blixen, Ob. Cit., p. 166.

⁷⁶ Nuñez, Carlos, Los Tupamaros. Vanguardia armada en el Uruguay, Ediciones Provincias Unidas, Montevideo, 1969, p. 15. “Frente al ataque violento y desembozado por 6 o 7 grandes banqueros, especuladores, latifundistas y comerciantes erigidos en Ministros y Gobernantes están llevando a cabo contra derechos y libertades fundamentales de nuestro pueblo. Frente al ataque fascista, contra las auténticas organizaciones sindicales, estudiantiles y populares, [...] los apaleos, la militarización y las detenciones registradas. [...] Frente a la comprobación de que esta legalidad es una farsa pisoteada por ellos cada vez que les molesta [...] POR ELLO, y como advertencia de que nada quedará impune y de que la justicia popular sabrá ejercer por lo canales y de la forma que corresponda y convenga, es que hemos detenido al Sr. Pereyra Reverbel, digno representante de este régimen.” MLN-Tupamaros, “Comunicado a la opinión pública” después del secuestro de Pereyra Reverbel, en Mercader, Antonio y Jorge De Vera, Ob. Cit., p. 138-139.

⁷⁷ Rey Tristán, Ob. Cit., p. 153.

⁷⁸ Esteban Pérez, actual Diputado del Departamento de Colonia por el MPP y militante del MLN, entrevista realizada para esta investigación en Montevideo, septiembre-octubre 2008.

⁷⁹ Rey Tristán, Ob. Cit., p. 173-175.

no se fundaba en las acciones de propaganda armada. Al contrario, sus cimientos eran la construcción cotidiana del poder popular a través del fortalecimiento político y social de los diferentes Frentes de Masas. Así, en esta primera etapa del MIR, el aspecto militar de su planteamiento se desarrolló más bien en un nivel discursivo. Así lo demuestra la escueta alusión a la violencia política en su “Declaración de Principios”, más arriba citada: “la destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.”⁸⁰ Por lo mismo, el nivel de desarrollo del grupo revolucionario chileno como guerrilla urbana en estos años fue nulo. Lo que sí desarrolló el MIR fue su estrategia político-social y la profundización teórica de su planteamiento revolucionario, elemento que lo diferencia del MLN, al que, como hemos visto, lo caracterizó su concepción más práctica desde donde consolidó su desarrollo como guerrilla urbana.

Además, las expropiaciones del MIR, que durante los primeros años fueron mínimas, se terminaron con el triunfo de Allende el 4 de septiembre de 1970, hecho que abrió un escenario político en el que una estrategia guerrillera no tenía cabida para la izquierda. Esta coyuntura explicaría, en parte, porque el desarrollo guerrillero propiamente tal del MIR fue mucho menor que el del MLN, y por qué la consolidación de la práctica social fue mucho más profunda para el primero que para el segundo. De hecho, el MIR planteaba la necesidad de consolidar un Ejército Popular porque sabía que la derecha reaccionaría inevitablemente contra el gobierno de la Unidad Popular. A pesar de tener esta lucidez, su poder de fuego fue mínimo, como quedaría demostrado el día del golpe, en que la oposición armada duró menos de veinticuatro horas. El otro aspecto del desarrollo de la violencia política, era la concepción de la autodefensa, la que también desarrolló el MLN, para hacerle frente a las agresiones de las bandas de corte fascista que amparaba la organización de derecha Patria y Libertad. En base a esta importante diferencia en el enfoque y utilización de la violencia política, es importante no homologar lo revolucionario con lo guerrillero, aunque es esos años sí se tendía a ello: la guerrilla es una táctica específica dentro de un planteamiento revolucionario. Así lo demuestra el análisis recién planteado.

Estas importantes diferencias táctico-estratégicas, influenciadas por los contextos opuestos de fines de los sesenta en ambos países, se reflejaban también en el tipo de formación de sus militantes. Por un lado, para el MLN el fogueo se adquiría en la práctica de la propaganda armada, porque era ésta el eje táctico central y la que iba marcando el ritmo de los acontecimientos. De hecho los grupos de pre-militancia se llamaban “Grupos de Acción en Formación”, el mismo nombre muestra la centralidad de las acciones en el planteamiento del MLN. Por otro lado, “a los nuevos militantes se les exigía reserva, cabeza política, e integridad ética, que para nosotros era muy importante, porque nuestro mensaje tenía que ver una ética diferente”⁸¹. En este sentido de lo ético, otro concepto central era el de *proletarización* que refiere básicamente a dos aspectos: el ideológico y el moral. La formación ideológica de la conciencia de clase era necesaria para forjar los cimientos de una nueva moral, propia del “hombre nuevo”. Esta nueva moral, partía por “crear en el militante un sentimiento de dependencia para con el grupo. La conciencia de que no puede bastarse a sí mismo, de que los otros le son imprescindibles.”⁸² Y la solidez ideológica tenía que ver con aprendizajes tanto prácticos como teórico-políticos.

“Se aspira a la proletarización de todos los militantes a través de una alta cuota de trabajo manual, el trabajo ideológico, la prédica y la práctica de la austeridad,

⁸⁰ MIR, “Declaración de principios”, en Naranjo, Ob. Cit., p. 99.

⁸¹ Esteban Pérez.

⁸² MLN, Actas Tupamaras, Ob. Cit., p. 8.

para evitar las deformaciones de la lucha armada urbana, anular los efectos nocivos del individualismo propio de la pequeña burguesía y de la clase media, de donde se reclutan muchos militantes.⁸³

Por proletarización se entendía pues, a partir de una idealización de la clase obrera y de la consiguiente relación mecánica entre ésta y la solidaridad, la puesta en práctica de los supuestos potenciales valores que ella contenía. Desde el presente, podemos ver que esta concepción se funda en una mirada voluntarista sobre la clase obrera, porque el proletariado no es revolucionario *per se*, sólo por ser clase obrera.

Para el MIR en cambio, más que el fogeo en las acciones armadas, lo central era la autoformación política; en términos teóricos a través de las discusiones semanales por grupos en torno a la situación política nacional (SIPONA), a la situación política internacional (SIPOIN) y a diferentes textos teóricos (Lenin, Marx, el Che, etc.). En términos prácticos, la formación se adquiría a través de la participación en los distintos Frentes de Masas. Así, la formación de los militantes de ambas orgánicas refleja también lo diferente que es la relación entre práctica y teoría para cada grupo.

Otro plano en el que se diferenciaron y en estrecha relación con sus respectivos planteamientos estratégicos, fue el de las concepciones orgánicas –que no es lo mismo que las estructuras orgánicas, que hemos visto más arriba-. El MIR definió su organización en base al “centralismo democrático” que, supuestamente, apostaba a que las decisiones que se fraguaban en la Dirección bajaran a través de los mandos medios a las bases, para luego volver a subir. Por lo que han dicho varios/as entrevistados/as, este mecanismo no fue una práctica permanente, al contrario, las decisiones se tomaban arriba y después sólo bajaba la orden de ejecutarlas. Por su parte, y desde esa perspectiva tan diferente que ya hemos analizado, el MLN apelaba a un “centralismo estratégico con autonomía táctica”, así conceptualizado en el Reglamento de junio de 1965. Esta concepción refería a la necesidad de tener una sola estrategia revolucionaria a mediano plazo, pero que para los pasos tácticos las diferentes columnas pudieran tener autonomía en las acciones de propaganda armada. Esta definición orgánica también enfatizaba la centralidad de la acción directa en la concepción revolucionaria tupamara.

Es importante, explicitar que en ninguno de los dos proyectos estaba muy desarrollada la idea de sociedad que se quería construir. El MIR lo plasmó con rasgos muy generales en los dos documentos más arriba citados, la “Declaración de Principios” y los “Principios Programáticos”, y en el MLN, según Clara Aldrighi:

“la sociedad del futuro se concebía como negación de la existente, pero estaban más definidos los aspectos que no se querían reproducir que los propuestos positivamente. [...] Testimonios y documentos hablan de la constitución de un sistema socialista en términos generales, pero que excluyen claramente la posibilidad de implantación de un régimen de tipo soviético.”⁸⁴

Como hemos visto, la diferencia radical de los contextos coyunturales de principios de los setenta influyó profundamente en las diferencias de énfasis y de desarrollos de cada orgánica. Además de esta diferencia de contextos nacionales, existió otra diferenciación central para el surgimiento y consolidación del MLN-T en Uruguay y del MIR en Chile⁸⁵: el primero surgió cuando en ese país no existía una expresión unitaria institucional de la

⁸³ *Ibid.*, p. 45.

⁸⁴ Aldrighi, *Ob. Cit.*, p. 97.

⁸⁵ Una vez más agradezco a Aldo Marchesi por este valioso comentario.

izquierda y el campo electoral estaba monopolizado por los dos partidos tradicionales de derecha (el Blanco y el Colorado). El Frente Amplio⁸⁶ fue fundado en 1971, cuando el MLN ya tenía más de cinco años de existencia. En cambio el MIR surgió en momentos en que la izquierda partidista además de tener una expresión unitaria, tenía reales posibilidades en el campo electoral⁸⁷. En relación a dichas coyunturas, es importante preguntarse por la relación que ambos grupos establecieron con las coaliciones políticas de izquierda en esos años, es decir la relación que tuvieron con la estrategia electoral.

A pesar que ninguno creía que la revolución se construyera a través de la vía electoral, ambos tuvieron gestos políticos de apoyo para con dichas coaliciones. Porque una preocupación central para ambos grupos era justamente el nivel de penetración con las masas y tanto la Unidad Popular como el Frente Amplio eran reflejo en parte de la voluntad popular de izquierda. En septiembre de 1970, después del triunfo de Allende por ejemplo, el MIR hizo una tregua en sus incipientes acciones de propaganda armada –que, como ya hemos visto, fueron mínimas-, y el MLN el año 1971 hizo lo mismo para las elecciones de noviembre, donde el FA participó por primera vez. Pero al perder el FA esas elecciones el MLN retomó su accionar armado y el MIR, al ganar las elecciones Allende, enfatizó el desarrollo político-social de su planteamiento, que es una de las grandes diferencias. Veamos más en detalle estas relaciones.

A través de su Columna política o Columna de Masas -la Columna 70, que luego pasó a llamarse Movimiento de Independientes 26 de Marzo (en adelante MI 26M)- el MLN se insertó en el proceso de fundación del Frente Amplio, que culminó el 5 de febrero de 1971.

“La razón de ser, el por qué y el para qué de nuestro FA, está en realizar una tarea histórica fundamental: cumplir el proceso revolucionario en nuestro país. [...] Y es sí, un verdadero, un auténtico proceso revolucionario, porque el que nuestro Frente se propone es no sólo el cambio profundo de las estructuras, sino la sustitución de las clases en el poder. Desplazar del poder a la oligarquía y llevar al pueblo a gobernar.”⁸⁸

El 23 de diciembre de 1970, el MLN había lanzado su “Declaración de adhesión al FA”, como “apoyo crítico al FA”. El FA “lo habíamos evaluado como importante: mostraba la máxima capacidad de unidad que podía ejercer la izquierda uruguaya, la más importante hasta ese momento.”⁸⁹ El discurso del MLN era que al apoyar críticamente al FA, estaba priorizando la unidad de la izquierda por sobre las diferencias táctico-estratégicas. Según Esteban Pérez, otro aporte del MLN al FA, “fue lo del nacionalismo. Con este imán nacionalista fuimos logrando las condiciones para que cuajara el FA. Nuestro aporte en la acumulación fue en la cabeza de la gente, una cabeza combatiente, que era posible enfrentar el poder, de que

⁸⁶ La composición política básica del Frente Amplio en sus orígenes fue: Partidos Socialista, Comunista, Demócrata Cristiano, independientes de izquierda, disidentes de ambos partidos tradicionales (Blanco y Colorado) y Movimiento de Independientes 26 de Marzo (que era la Columna 70 o Columna política del MLN).

⁸⁷ Para las elecciones presidenciales de 1966, la derecha apoyó al candidato Demócrata Cristiano, Eduardo Frei Montalva por temor a la posibilidad cierta que ganara Salvador Allende.

⁸⁸ ***Líber Seregni (quien fuera líder del FA hasta los primeros años de transición), Fragmento del discurso pronunciado el 18 de diciembre de 1971, en: Garcé, Adolfo, y Jaime Yaffé, Ob. Cit., p. 19.***

⁸⁹ Homero Viera, actual diputado del Departamento de Montevideo por el MPP y militante del MLN, entrevista realizada para esta investigación en Montevideo, septiembre-octubre 2008.

había necesidad de organizarse.”⁹⁰ En este gesto político hay implícita una contradicción, que se asume como estratégica; la de apostar a la vez y de manera dialéctica a la estrategia revolucionaria armada y a la táctica electoralista.⁹¹

El segundo aspecto interesante de resaltar es la continuidad que existe en la política de alianzas del MLN. Ésta siempre fue un aspecto muy importante en sus postulados estratégicos, aunque no el central, como hoy día lo pretenden en función de sus intereses políticos actuales varios militantes tupamaros -aspecto en el que profundizaré en la conclusión de esta tesis. Es más, el apoyo que le dio el MLN al FA estuvo siempre en segundo plano con respecto a la propaganda armada dentro de su estrategia. Por último, es interesante destacar que “la experiencia chilena (de la UP que accedió al gobierno por la vía electoral) fue, en varios sentidos, paradigmática para las fuerzas que convergieron en el FA.”⁹² De hecho para el momento del golpe en Chile, varios/as militantes tupamaros estaban en este país viviendo el proceso de la Unidad Popular, por lo que ambas orgánicas compartieron bastante sus respectivas experiencias.

El MIR por su parte también tuvo una relación compleja con la UP, aunque de otra naturaleza de la que tuvo el MLN con el FA, sobre todo porque en 1970 la UP ganó las elecciones presidenciales y en 1971 el FA las perdió. El MIR nunca participó institucionalmente de esta coalición, pero tampoco se le opuso ni interfirió en sus políticas públicas, aunque, incluso bajo el gobierno de la UP, siguió apostando a la acción directa de sus Frentes de Masas: toma de terrenos campesinos y urbanos, y toma de fábricas principalmente. Es decir tuvo una relación muy crítica, pero sustentada en un diálogo político permanente. De hecho, la primera formación del Grupo de Amigos Personales (GAP) de Allende, su guardia personal, estuvo constituida por militantes del MIR, hecho que develaba la confianza recíproca que existía entre Miguel Enríquez y Allende. Y un hecho no menor en este sentido era que Andrés Pascal Allende, uno de los dirigentes más importantes del MIR, era sobrino de Salvador Allende, lazo familiar que no podemos obviar a la hora de plantear ciertos elementos políticos de la relación del MIR con la UP.

Cuando Allende ganó las elecciones presidenciales, el MIR quedó perplejo. Por un lado lo asaltaron las siguientes preguntas: “¿había fracasado la estrategia de lucha armada en Chile? ¿Se debía desechar la organización político-militar?”⁹³ Por otro lado, planteaba: “el triunfo electoral de la izquierda constituye un inmenso avance en la lucha del pueblo por conquistar el poder y objetivamente favorece el desarrollo de un camino revolucionario en Chile, [...] Es un inmenso avance en la conciencia política de los trabajadores.”⁹⁴ El MIR vivió la paradoja de creer que las elecciones no eran la vía correcta para construir una sociedad socialista, pero al mismo tiempo saber que el pueblo de izquierda se había manifestado a

⁹⁰ Esteban Pérez.

⁹¹ “En tanto que soberano, el pueblo oriental tiene que lograr el gobierno, constituido por la totalidad de los mecanismos político-administrativos del Estado, para conquistar mediata o inmediatamente el poder gracias al absoluto control y dominio de los procesos económicos de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios, mediante la transformación radical de las relaciones sociales lograda por el triunfo de la clase trabajadora y mediante la creación de superestructuras culturales que impulsen revolucionariamente, en constante relación dialéctica, los procedimientos políticos utilizados para lograr la efectiva instauración de la libertad y la justicia populares.” Cuadernos del MI 26 M, n. 1, julio 1971, “Fundamentos Políticos del Movimiento de Independientes 26 de Marzo”, en Rey Tristán, Ob. Cit., p. 341.

⁹² Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé, Ob. Cit., p. 24.

⁹³ Sandoval, Ob. Cit., 2004, p. 63. Capítulo “El MIR y la Unidad Popular”, pp. 62-72.

⁹⁴ MIR, “El MIR y los resultados electorales”, en *ibid.*, p. 69-70.

través de su voto. De todas maneras, el MIR siempre “llamó a no confundirse: una cosa era el consentimiento coyuntural y otra la tolerancia estratégica”⁹⁵ de la oligarquía. Idea en la que Miguel Enríquez siempre insistió frente a Allende.

Por último, quisiera dejar planteada una última reflexión en este capítulo, en torno a la relación entre lucha político-social y estrategia revolucionaria, ya que ambos Movimientos reivindicaban esta relación como un vector de sus acciones, pero con los efectos de la represión ambos fueron alejándose de las reivindicaciones populares. En este sentido, Rey Tristán propone una reflexión interesante sobre la dinámica de los grupos armados en el tiempo, sometidos a contextos agudos de represión. Para el autor, en casi todos los grupos que han practicado la violencia política urbana,

“se observa un paulatino proceso de radicalización en el uso de la violencia: la propaganda armada llega un momento en que pierde su efecto, y deja de provocar las simpatías iniciales en la población. Para dañar de forma efectiva al régimen es preciso un cambio de estrategia que generalmente pasa por nuevas y más radicales formas de violencia, lo que provoca disminución de las simpatías populares. En definitiva, la dinámica de desarrollo de los movimientos de guerrilla urbana, tanto en lo teórico-político como en lo organizativo, planteaba problemas no resueltos que llevaron a casi todos los grupos a errores de estrategia graves y a su derrota cuando la represión pasaba a niveles intensos.”⁹⁶

Así les sucedió al MLN bajo el gobierno de Bordaberry y al MIR después del intento de Neltume en 1982. Veamos este planteamiento con más detalle.

La agudización de las luchas políticas y sociales que se dio en ambas coyunturas de principio de los años setenta, impulsaron en ambos Movimientos un crecimiento vertiginoso durante los años 1970-1971. En el momento de la fundación del MLN, la relación con las luchas cañeras fue fundamental. Después del 22 de diciembre de 1966⁹⁷, cuando la represión cayó con todas sus fuerzas sobre los tupamaros, “por primera, pero no por última vez, una derrota táctica se convirtió en una victoria estratégica, porque a partir de entonces nuestro crecimiento ya no se detuvo.”⁹⁸ Así, desde fines de 1968 y durante 1969 el crecimiento provendría sobre todo del movimiento estudiantil. Pero a partir de 1969 el cerco represivo se fue cerrando sobre ellos y las exigencias de la clandestinidad fueron encerrándolos en su propia supervivencia orgánica, objetivo que dejaba en segundo plano el apoyo a las reivindicaciones gremiales. Según Rey Tristán, desde 1971 los atentados se generalizaron (entre 1971 y 1972 se realizaron casi el 68% de las acciones violentas del periodo), “lo que nos indica un cambio en la actitud del MLN-T respecto a la violencia.” Esta aceleración vertiginosa de la frecuencia de las acciones armadas se daba en proporción inversa al apoyo real del MLN a las luchas sociales.

Además, la conjunción de este crecimiento y la represión que sufría, fue encubando problemas internos en el MLN. Para Mujica los “síntomas de la enfermedad” en 1971 eran la saturación y el “accionismo”; la primera era provocada por la creciente dimensión de la

⁹⁵ Ibid., p. 68.

⁹⁶ Rey Tristán, *Ob. Cit.*, p.62.

⁹⁷ Cuando los tupamaros iban en una camioneta robada, que un amigo del afectado reconoce en la calle y da aviso a la policía. Se da un tiroteo en el que muere Mario Robaina, militante tupamaro y tanto la sociedad como el gobierno y los aparatos represivos del Estado saben por primera vez de la existencia de este grupo armado.

⁹⁸ MLN, *Actas Tupamaras*, *Ob. Cit.*, p. 41.

organización, que era incompatible con la clandestinidad, y que a su vez multiplicaba el ritmo de las acciones. La segunda tenía que ver con esto último.

“El crecimiento alertaba sobre la cuestión del “aparatismo”, el problema mayor que detectó el Bebe. “El Tatú, el Collar, el Hipopótamo, eran planes estratégicos. Pero afuera (de la cárcel) se los toma como tácticos. Ahí aparecen las deformaciones de los que piensan en la respuesta inmediata. Nosotros concluíamos que el accionar estaba agotado, que la guerrilla había dado todo lo que podía dar y que había que pensar en cosas de mayor enjundia.”⁹⁹

Este análisis hecho desde la cárcel, planteaba que afuera la necesidad y urgencia por actuar y defenderse de la represión iba convirtiendo los medios en fines, como demostraciones de poder de fuego sin mayor capacidad real de disputarle el control a las Fuerzas Conjuntas. Desde agosto-septiembre de 1972 el MLN ya estaba reducido como fuerza armada de oposición. En el análisis de estas circunstancias comenzaron a aparecer las primeras disputas internas. La “Carta de los presos”, de fines de junio de 1973, escrita por los “viejos”, quienes estaban en la cárcel, “insinuaba una autocrítica al afirmar que lo ocurrido en 1972 era consecuencia de que ‘nos quedamos sin estrategia’”¹⁰⁰. Esta se oponía a las resoluciones del Simposio de Viña del Mar de febrero de 1973, “donde, a impulso de Lucas Mansilla y quienes integrarían después el grupo de los “renunciantes”, el MLN en el exterior definió como causa de la derrota una desviación ideológica y asumió el marxismo-leninismo como ideología.”¹⁰¹ Al momento del golpe el 27 de junio de 1973, la participación del MLN en la resistencia, de la cual la Huelga General (27 de junio-11 de julio 1973)¹⁰² fue la mayor expresión, fue nula. Y la historia del MLN entre 1973 y 1985, es una historia tejida por torturas, asesinatos, cárceles, cuarteles, exilios, fraccionamientos y disputas de poder internas.¹⁰³

Por su parte el MIR, bajo el gobierno de la Unidad Popular llegó a tener entre cinco mil y diez mil militantes, dependiendo de la fuente. Pero pasó de la construcción del *poder popular* y el momento favorable que se dio para ello bajo ese contexto, a su desarticulación que los aparatos represivos fueron logrando durante los primeros años de la dictadura. En la historia del MIR, el golpe tiene una centralidad mucho mayor que en la del MLN, dadas

⁹⁹ *Entrevista a Fernández Huidobro, en Blixen, Ob Cit., 2000, p. 212.*

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 286.

¹⁰¹ “Las posteriores resoluciones del “Comité Central de Buenos Aires” de 1974, afectaron profundamente la estructura del MLN, precipitaron su división, ayudaron al surgimiento de fracciones y fomentaron un parcial “padrinazgo” cubano.” *Ibid.*, p. 287.

¹⁰² Rico, Álvaro et. al., 15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de Estado y Huelga General (27 de junio -11 de julio 1973), Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2005. Todas las citas de Rico en este trabajo corresponden al libro Como nos domina la clase gobernante, Ob. Cit., su libro 15 días que estremecieron al Uruguay sólo se cita una vez. La huelga general, en la que participaron estudiantes, obreros, pobladores, etc., es una de las grandes diferencias con la reacción del movimiento popular chileno frente al golpe: la resistencia en Chile fue desarticulada el mismo día del golpe, en Uruguay, la resistencia de masas logró articularse y oponerse de manera organizada y potente al golpe, hasta que la huelga fue controlada por la dictadura.

¹⁰³ Quiero explicitar que tanto el proceso del MIR como el del MLN durante las respectivas dictaduras constituyen en sí mismos investigaciones y trabajos aparte. Poco se sabe de esta parte menos deseable y amigable de ambos procesos. La historia del exilio y de las luchas internas que se dieron durante las dictaduras, es la memoria silenciada dentro de la misma “historia oficial” tanto del MIR como del MLN, porque es la historia de los fraccionamientos, pero en la que hay mucho que indagar todavía para comprender la historia de cada uno, sus rumbos o el de sus ex militantes. Además, estos procesos no son lo fundamental de la tesis que busco desarrollar aquí, la que se enfoca en dos periodos muy precisos: 1965-1973 y 2005-2009. Por lo que en el segundo capítulo sólo mencionaré brevemente algunos elementos de análisis que requieren de una profundización mucho mayor.

las radicalmente opuestas circunstancias previas de incubación y desarrollo. La historia del MIR a partir del 11 de septiembre de 1973 también estuvo tejida por esos mecanismos dictatoriales de aniquilamientos individuales y colectivos, que lo llevaron a una continua desarticulación y lo fueron encerrando en su urgente, precaria y agónica supervivencia al interior de Chile. La que a su vez fue derivando en fraccionamientos, luchas de poder internas y un alejamiento sintomático de las luchas sociales y populares durante los años ochenta al interior (después de Neltume, como lo veremos más adelante), al igual que el MLN bajo Bordaberry.

Capítulo II Procesos de transición: cambio de contextos y giros ideológicos

La tarea de reinstitucionalizar políticamente y redemocratizar socialmente las sociedades cono sureñas no ha sido fácil, por el contrario, han sido procesos largos y complicados. Volver a instaurar una democracia, pero sobre todo aprender de nuevo a vivir en ella después de años de dictadura conlleva una complejidad social que abarca lo cultural, lo económico, lo político, los imaginarios, los miedos, las alegrías, los traumas y sobre todo la cotidianidad y la mentalidad de las personas. Pareciera ser que en lugar de volvernos autónomos/as nos hemos vuelto autómatas. La tarea de la reinstitucionalización formal es muy diferente a la real redemocratización social, a pesar que muchas veces el discurso político oficial las homologa pasando por alto la distancia abismal que puede existir entre una y otra.

La relación entre instituciones y sociedad dentro de una democracia puede tener múltiples matices, porque dicha noción es polisémica: puede tener diferentes niveles y tiene distintas definiciones posibles, dependiendo del énfasis que se le quiera dar. No es un concepto que en sí mismo signifique algo único, por el contrario es un término que ha dado lugar a muchos debates y sigue generándolos. En los capítulos II y III de esta tesis no pretendo presentar la discusión que en torno a la idea de democracia se ha dado, sólo utilizaré algunas nociones que nos puedan servir para complementar teóricamente el análisis de las entrevistas.

Por un lado, la redemocratización social es la construcción de una sociedad más justa desde sus mismas bases, es a esta dinámica de abajo hacia arriba a la que hace alusión el adjetivo “social”. Por lo tanto, dentro de la multiplicidad de contenidos posibles para el término, en esta tesis la idea fundamental de construcción político-social –que desarrollaré de manera más detenida en la conclusión- se plantea como la urgente necesidad de participación en las decisiones políticas de las organizaciones sociales, comunitarias, barriales, culturales, etc., idea muy distinta a la de “focalización social” para la “igualdad de oportunidades”. Si en la base sigue existiendo la pobreza y la explotación, y en la cumbre una clase política que detenta un poder autoritario heredado de las dictaduras, no podemos pensar ni remotamente en una sociedad más justa. En términos más concretos, “sea desde la idea de autonomía entendida como la no dependencia, sea desde los ideales sociales, o la concepción de los derechos de bienestar, tenemos pues, aunque sea en esbozo, categorías y criterios que nos permiten justificar derechos sociales y por lo tanto, la transformación legítima de demandas sociales en exigencias políticas.”¹⁰⁴

Por otro lado, lo propuesto por el profesor Carlos Ruiz Schneider en 1993 nos sirve para profundizar en la idea de reinstitucionalización formal. Analizando la crítica de Schumpeter a lo que se denomina “teoría clásica de la democracia”, el autor plantea:

¹⁰⁴ Ruiz Schneider, Carlos, “Derechos, Justicia y Política. Sobre la articulación de la democracia política y la democracia social”, en: Ruiz Schneider, Carlos, Seis ensayos sobre teoría de la democracia, Santiago: Edición Universidad Nacional Andrés Bello, 1993, p. 152.

***“vemos esbozarse así una imagen de la democracia y de la política cuyos elementos centrales son los procedimientos, los métodos de acción y cuyos actores fundamentales, si no únicos, son las élites, los partidos y los líderes. En conjunto, el sistema funciona como un mercado, en el que las élites ocupan el lugar de los empresarios y los electores el de los consumidores.”*¹⁰⁵**

Como vemos en la cita, el acento está puesto por un lado en los procedimientos formales de la democracia y por otro en la responsabilidad absoluta de las élites. Cuando esta teoría elitista de la democracia se inserta en el contexto neoliberal de finales de los ochenta y la década de los noventa, tanto en Chile como en Uruguay, el carácter instrumental de la democracia se sustenta en las formas y no en un trasfondo ético-político que le dé contenido a los procedimientos e instituciones. Así, “lo político es reducido a la esfera del gobierno y a la competencia de las élites por los puestos del aparato gubernamental.”¹⁰⁶

De ahí la diferencia insalvable, pero muchas veces velada, entre reinstitucionalización formal y redemocratización social: la primera es la reestructuración institucional de un régimen político sustentado en el sufragio, esto es un tipo de democracia muy acotado; y la segunda es la construcción de una sociedad fundada en la justicia y la autonomía de las personas y sus organizaciones sociales. Y ésta no puede consolidarse sin juicio ni castigo a los violadores de vidas y libertades, y sin una distribución justa de los ingresos que termine con la desigualdad económico-social. En este sentido, los procesos de transición, tanto en Chile como en Uruguay, no se han traducido en una real redemocratización de nuestras sociedades como sureñas, ni las alianzas progresistas de centro-izquierda en los gobiernos actuales han dado señales claras de una voluntad política para hacerlo. Los tímidos esbozos de una mínima tendencia a focalizar las políticas sociales bajo los gobiernos de Bachelet y de Vásquez, con sus matices –en los que profundizaré más adelante– siguen chocando con las tan manoseadas condiciones estructurales impuestas por el capitalismo neoliberal global.

Sin embargo, y a pesar de ciertas similitudes –que fueron las que estuvieron en el origen de la idea de esta tesis–, las diferencias son grandes entre ambos procesos –rasgos que fueron apareciendo en la medida que avanzaba la investigación–. En este capítulo no pretendo profundizar en las historias monográficas del MLN y del MIR durante los años ochenta y noventa, el esfuerzo tampoco es hacer un análisis de ciencia política de las coaliciones progresistas de ambos países, ni tampoco busco hacer un análisis cuantitativo de los gobiernos de Bachelet y Vásquez. Cada uno de estos temas corresponde a un trabajo de investigación en sí mismo y no son de mi particular interés. En este capítulo, en primer lugar profundizaré en cómo se dieron los procesos de transición en cada país con sus semejanzas y diferencias. En segundo lugar, me detendré en la ideología neoliberal y la lógica del consenso, para analizar sus principales características y la idea de política que la conjunción de ambas promueve. Y luego, en relación a esto, comprenderé cómo se dieron los procesos de renovación y cómo ejercen la política las coaliciones gobernantes, en particular los MLN y los ex MIR-actuales PS.

1. Procesos de transición y renovación política

¹⁰⁵ Ruiz Schneider, Carlos, “Las teorías de la democracia y el concepto de lo político”, *ibid.*, p. 85. Las cursivas son del autor.

¹⁰⁶ *ibid.*, p. 91.

Cuando las dictaduras en Chile y Uruguay se dieron cuenta que estaban perdiendo su poder, presionadas por un lado por las protestas populares, que en ambos países fueron una presión real para ponerle fin a las dictaduras, y por otro por el contexto internacional, comenzaron los procesos de negociación. A principios de los años ochenta, y como una de las consecuencias más profundas de la crisis económica de 1981-1982, ambas sociedades conocieron la resistencia popular a las dictaduras que se expresaba en las calles, constituida principalmente por las organizaciones sociales de base: parroquias barriales, grupos culturales, juntas de vecinos, agrupaciones de familiares de Detenidos/as Desaparecidos/as o Ejecutados/as políticos/as, movimientos estudiantiles, Centrales de trabajadores, etc. Ahora, si bien ambos países conocieron fenómenos similares en este sentido, también tuvieron grandes diferencias en las características de sus procesos.

Una de las grandes diferencias se produjo el año 1980. Ese año en Uruguay la dictadura fue rechazada por plebiscito y esto la obligó a negociar bajo condiciones muy diferentes de las que se dieron en Chile, donde la Constitución dictatorial fue aprobada en 1980, y con menos regalías para los sectores dictatoriales. Paralelo al proceso de negociaciones a nivel institucional, se dio un periodo de importantes movilizaciones populares, sobre todo a partir de 1982, cuando el poderoso Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores (PIT-CNT) tomó el liderazgo de éstas.

“A pesar de su hegemonía, la dictadura uruguaya siempre tuvo una resistencia escondida, es la única dictadura que pierde un plebiscito. Se quiebra del punto de vista institucional y político, y le abre una brecha al movimiento popular. Nunca logró derrotar totalmente ni al movimiento popular, ni al movimiento sindical, tanto así que cuando se sale de la dictadura, hay un movimiento sindical organizado y unido (el PIT-CNT), y el movimiento estudiantil lo mismo (la FESAU).”¹⁰⁷

Las manifestaciones callejeras de repudio a la dictadura, que tomaron mucha fuerza durante el año 1983, fueron protagonizadas por el PIT-CNT y la llamada Intersocial (coordinación que agrupaba a los diferentes movimientos sociales y /o gremiales: el movimiento estudiantil, movimiento cooperativo de viviendas (FUCVAM), el movimiento de Derechos Humanos, etc.). Este movimiento social estaba fuera de las negociaciones tanto por voluntad política de los partidos y la institucionalidad dictatorial, como, y sobre todo, por su propia opción política. Aunque por supuesto existieron diferencias entre las mismas bases sociales, para el PIT-CNT por ejemplo la derrota de la dictadura debía ser una lucha y un mérito popular, y no un retiro avalado por negociaciones. El problema fue que “el planteo movilizador de las organizaciones sociales se (dio) de bruces contra la estrategia

¹⁰⁷ Gonzalo de Toro, Director de Tránsito y Transporte de la Municipalidad de Montevideo, militante del MPP y del MLN. Entrevista realizada en el marco de esta investigación, septiembre-octubre 2008. Sin pretender entrar de lleno en el sindicalismo, por no ser el tema de esta tesis, es importante mencionar que en Uruguay el sector sindical ha tenido, desde las primeras décadas del siglo XX, mucha fuerza política. Uno de los factores que explicaría este fenómeno es que el Estado batllista de principios de siglo –del que ya he hablado brevemente en el capítulo anterior- abrió el espacio político institucional para este sector. Pero otro factor, y quizás más importante, es que los mismos trabajadores han consolidado su propia fuerza político-social y han sabido hacer respetar sus derechos laborales. Esto, dado en parte porque la cultura política uruguaya ha sabido incorporar el sindicalismo como un sector autónomo y un actor válido dentro del escenario político. En Chile, el sindicalismo de principios de siglo, se fue institucionalizando de manera que fue perdiendo su autonomía de clase, hasta que la dictadura lo desarticuló casi por completo.

concertante de la fuerza política”¹⁰⁸, que dentro de la izquierda era el FA, el que participó de las negociaciones con la dictadura uruguaya en el Acuerdo del Club Naval en agosto de 1984 (en el que participaron además el Partido Colorado y la Unión Cívica)¹⁰⁹. Éste fue el paso clave en el proceso de negociación con la dictadura uruguaya.

El año 1980 en Chile marcó los acontecimientos de manera opuesta. Después de varios años de anteproyectos y modificaciones, la Constitución Política -en su versión dictatorial- fue sometida a plebiscito el 11 de septiembre de ese año y ganó con un fraudulento 69% de los votos¹¹⁰. A partir de 1986, bajo la férrea Constitución del '80, los militares y civiles en el poder impusieron tanto sus ritmos y tiempos como sus condiciones, y las negociaciones comenzaron a darse bajo la tutela incuestionable de la dictadura. A pesar que desde el año 1983 las protestas callejeras, protagonizadas por los sectores populares, habían sido un motor central de la lucha antidictatorial, las negociaciones entre los representantes de los partidos políticos y los personeros de la dictadura los excluyeron. Pero también había una postura política de algunas orgánicas de no querer negociar ni transar.

Después del triunfo manipulado del plebiscito del ochenta y la crisis económica de 1982, en Chile los sectores populares en lucha no lograron consolidar una expresión orgánica propia y unitaria, pero eso no impidió que siguieran protestando frontal y radicalmente contra la dictadura en las calles. A pesar de haber sido desarticulados casi por completo durante el segundo lustro de los años setenta y los primeros años de la década del ochenta a manos de la represión dictatorial, y de la transformación en 180 grados del sistema laboral (a la cabeza de la cual estuvo José Piñera desde 1979), los trabajadores también estuvieron presentes en dichas manifestaciones. De hecho, fue la Confederación de Trabajadores del Cobre (CTC) la que llamó a movilizarse contra la dictadura y la escasez económica en la primera Protesta Nacional del 11 de mayo de 1983, iniciando así la serie de “Jornadas de Protesta Nacional” que se llevarían a cabo hasta 1986. A pesar de esto, el sindicalismo no pudo, y no ha podido hasta hoy, rearticularse con fuerza. Y esta es otra de las grandes diferencias entre el proceso chileno y el uruguayo en la lucha antidictatorial.

A partir de 1985-1986, en Chile los sectores populares estuvieron cerca del Movimiento Democrático Popular (en adelante MDP), integrado por el MIR, el Partido Comunista y el Partido Socialista-Almeida. El MDP se jugaba por la caída de Pinochet, y del modelo económico y social que había impuesto la dictadura, por una táctica de lucha popular callejera y por una estrategia de alianzas que no incluyera al centro (Partido Demócrata Cristiano). Además, las movilizaciones callejeras fueron apoyadas por los grupos que seguían apostando a la acción armada y a la insurrección popular: el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR, el aparato armado del PC entre 1983 y 1987, año en que se divide entre el Movimiento Patriótico Manuel Rodríguez y el FPMR-Autónomo), el Movimiento Juvenil-Lautaro y el MIR. Al interior de Chile, durante 1982 y 1986, el MIR seguía apostando a la resistencia popular y a la “lucha ofensiva de las masas”:

“El camino de la guerra popular consiste en la movilización de todos los recursos sociales, políticos, morales y militares de nuestro pueblo para enfrentar ofensiva, directa y violentamente a la dictadura. Para luchar por el derrocamiento de la dictadura y el establecimiento de un gobierno democrático, popular y

¹⁰⁸ Mazzeo, Mario, MPP. Orígenes, ideas y protagonistas, Montevideo: Ediciones Trilce, 2005, p. 15.

¹⁰⁹ Por supuesto que este hecho dio lugar a importantes disputas internas de la izquierda uruguaya en torno a la participación o no en las negociaciones con la dictadura, en las que no profundizaré por no ser un aspecto relevante para el análisis aquí planteado.

¹¹⁰ No todos los registros electorales fueron abiertos, por lo que se habrían producido varias irregularidades en el proceso. La oposición sólo pudo manifestarse en un acto político liderado por [Eduardo Frei Montalva](#) en el [teatro Caupolicán](#).

revolucionario. [...] Ello será posible si somos capaces de desarrollar la actividad de las masas, por el camino de la guerra popular, hacia la desobediencia civil, la insubordinación ciudadana generalizada, la insurgencia y los levantamientos populares, la desestabilización del régimen, es decir si llevamos a las masas al borde de la insurgencia y de la guerra civil. [...] Ello será posible si paralelamente vamos constituyendo un poder militar, una fuerza militar propia del pueblo y de la resistencia, que acompañe y sostenga el ascenso y ofensiva de la lucha de las masas, que desgaste, descomponga, hostigue y golpee las fuerzas represivas y militares del régimen. Tal es la forma que toma la guerra revolucionaria.”¹¹¹

Paralelamente a esta apuesta, la desarticulación del MIR se dio de manera cada vez más vertiginosa desde el fracaso de la Operación Retorno y la Guerrilla de Neltume. Dicha Operación fue planteada en 1978 y contemplaba la formación militar de centenares de militantes en Cuba principalmente (además de otros países del bloque socialista como Libia, Argelia o Vietnam), el regreso clandestino a Chile y la implementación de una guerrilla rural, que se intentó en Neltume, en la zona cordillerana de la región de Los Ríos en Chile en 1982 (zona cordillerana de la ciudad de Valdivia). Intento guerrillero que terminó en un rotundo fracaso: muchos de los/as militantes fueron asesinados/as o encarcelados/as. En el análisis de María Isabel Matamala:

“se da un replanteamiento estratégico, que mira la guerrilla de Neltume sin analizar exactamente la situación y la relación del MIR con la masa, con el pueblo, con la base social, como había sido antaño. Ahí se equivoca el MIR con la lucha armada, y ahí el MIR comienza a dividirse en su dirección: si la gente iba o no a Neltume. Y finalmente ganó seguir adelante con Neltume, y la gente que apoyaba esa opción tenía un voluntarismo muy grande, no miraron la realidad. Ahí nos equivocamos rotundamente.”¹¹²

Efectivamente, el fracaso de Neltume fue el principio del desmembramiento del MIR como orgánica, hasta que se divide definitivamente en diciembre de 1986, en la reunión de la Dirección Interior con la Dirección exterior en Buenos Aires, cuando el grupo político se dividió entre el MIR-militar, liderado por Andrés Pascal, y el MIR-político, liderado por Nelson Gutiérrez¹¹³.

Entre 1986 y 1990, el MIR-militar siguió cercano al FPMR-Autónomo y al Lautaro en su apuesta a la insurrección popular y al apoyo armado de las protestas populares, por supuesto con matices entre cada orgánica¹¹⁴. El MIR-político, según María Isabel Matamala,

¹¹¹ MIR, “En el camino de la guerra popular”, *El Rebelde*, n. 189, junio 1982, p.5. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Revistas.

¹¹² María Isabel Matamala. *Asesora ministerial de género, en el Ministerio de Salud, actual militante del PS. Entrevista realizada en el marco de la investigación para mi tesis de maestría, agosto 2009.*

¹¹³ En esta división, sería interesante analizar la relación entre el MIR-militar y la Dirección Interior por un lado y el MIR-político y la Dirección Exterior (en el exilio) por otro: lo más probable es que las condiciones radicalmente opuestas de existencia de ambas direcciones influenciaran de manera también opuestas sus posturas. Investigación que requiere de un trabajo propio.

¹¹⁴ Después de 1990, una fracción del MIR-militar conformó el MIR-Ejército Guerrillero del Pueblo (MIR-EGP), y junto al FPMR-Autónomo y al Lautaro siguieron funcionando como organizaciones armadas, hasta que en 1994 la Concertación las desarticuló. Bajo el primer gobierno de la Concertación el número de presos políticos fluctuó entre 400 y 500. Cfr. Rosas, Pedro, *Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004*. Santiago: LOM Ediciones, 2004. Del MIR-EGP poco se sabe dadas las condiciones clandestinas en las que siguió existiendo en democracia. Además, otra pequeña fracción del MIR que siguió

se integró al partido PAIS en 1988 para participar en la campaña por el “NO” en el plebiscito de octubre de 1988 y en la campaña presidencial de Patricio Aylwin en 1989. El MIR-político pensaba que la batalla había que darla en las calles pero desde el movimiento social, no desde la lucha armada. Es interesante recalcar que una de las diferencias importantes con el proceso uruguayo es que en Chile, en los años ochenta, la lucha armada siguió estando vigente en un sector de la izquierda como estrategia para derrocar a la dictadura. En Uruguay, esta estrategia perdió toda legitimidad desde que el MLN fue desarticulado desde agosto-septiembre de 1972, antes del golpe de Estado del 27 de junio de 1973.¹¹⁵

Paradójicamente, la gran diferencia entre el MLN y el MIR es que hoy día, como orgánicas con cierta continuidad, uno existe y el otro no. A pesar de las diversas fracciones en que se fragmentó el MLN durante la dictadura uruguaya, a la salida de ésta aquellas lograron rearticularse, y el MLN, como lo veremos más adelante, se insertó en el proceso de transición y re-institucionalización democrática. El MIR en cambio terminó por dividirse irremediablemente y ambas fracciones, el MIR-militar y el MIR-político, terminaron por disolverse el año 1990 y hoy cada ex militante sigue su camino, muchos en la militancia social, otros en la militancia política dentro de la Concertación y varios sin ningún tipo de militancia.

A mediados de los años ochenta, en el otro extremo de la entonces oposición antidictatorial chilena, estaba la Alianza Democrática (en adelante AD)¹¹⁶ liderada por el demócrata cristiano Gabriel Valdés, que apostaba al derrocamiento de la dictadura como régimen antidemocrático, pero no rechazaba tajantemente el modelo económico-social impuesto por la dictadura -sólo oponía una crítica liberal al neoliberalismo, que con el tiempo se esfumó y terminó por aceptarse el neoliberalismo como modelo- y, en oposición al MDP, planteaba la necesidad de negociar con el poder dictatorial. En esta disputa interna de la izquierda, la AD pasó a ser el referente político mayoritario y fue la que participó de las negociaciones¹¹⁷.

Para esta coalición, el tipo de democracia y el proceso de redemocratización se irían viendo y definiendo después, no era el objetivo central durante el segundo lustro de los años

existiendo después de 1990 y que en 1997 decidió dejar la lucha armada, hoy sigue funcionando de manera pública con el nombre de MIR-Juventud Rebelde Miguel Enríquez. Ahora, el hecho que el MIR haya tenido tres generaciones muy distintas complejiza el análisis. “En ese contexto obviamente que había diferencia entre el MIR de los ochenta aquí y el MIR de antes del golpe. En el MIR de Miguel (la primera generación de miristas), la propuesta era construir desde lo social, construir fuerza social, y esa fuerza social ejercía la violencia para conquistar el poder. Pero no sobre la base de una concepción de estructura desligada de la base social, [...] Ese MIR que quería construir esa fuerza social se diferencia del MIR de los ochenta, que era más de aparato, que no tenía la mirada político-estratégica que había habido anteriormente con la idea de la fuerza social.” (María Isabel Matamala). El MIR tiene una primera generación: la de fines de los sesenta y los setenta; una segunda generación: la de los ochenta; y la de los noventa. Y para cada una de éstas generaciones, formadas en diferentes etapas del MIR, la utilización de la lucha armada tiene connotaciones diferentes: **En esta tesis, sólo analizo la primera generación**, por lo que he explicitado en la introducción de este texto.

¹¹⁵ Agradezco a Aldo Marchesi por este valioso comentario. Como lo aclaré más arriba, no profundizaré mayormente en el tema ya que hacerlo significaría alargar mucho la tesis.

¹¹⁶ Partido Demócrata Cristiano, el Partido Socialista, el Partido Radical, el Partido Socialdemócrata y el Partido Republicano -ex miembros del antiguo Partido Liberal, desaparecido en 1965, liderados por Armando Jaramillo Lyon. Los dos últimos hoy ya no existen como orgánicas.

¹¹⁷ De cómo se dieron las negociaciones, en qué condiciones y a qué acuerdos se llegó, sabemos muy poco. Sólo podemos constatar la continuidad explícita (la profundización del modelo neoliberal en el plano económico) e implícita (el autoritarismo en el plano político) que existe entre los gobiernos de la Concertación y la dictadura.

118

ochenta . Lo central era el restablecimiento de la democracia cómo régimen fundado en las elecciones. Para comprender mejor la postura de la AD, nos puede servir lo planteado por el profesor Carlos Ruiz Schneider en 1993:

“Los procesos políticos de las últimas décadas son analizados a partir de categorías extremadamente formales como la de “polarización”, excesos e “ideologización”, etc., sin que se tomen en cuenta los profundos conflictos sociales, de tipo sustantivo, que podrían explicar la racionalidad de esos fenómenos. En la discusión sobre la democracia se privilegia una concepción puramente procesual y formal, junto a la búsqueda de las condiciones de una “democracia estable”, concepto que procede de ciertas tendencias de la ciencia política contemporánea para la cual las presiones desestabilizadoras provienen siempre de los sectores populares.”¹¹⁹

Este énfasis en las formas de la democracia más que en sus contenidos privilegiaba y privilegia la gobernabilidad social y la estabilidad democrática. Esta postura ideológica es congruente con la teoría elitista de la democracia, más arriba expuesta, que se defendió desde la oposición antidictatorial más moderada, y que se practicó y se practica hasta hoy día desde los gobiernos de la Concertación.

En relación a este proceso complejo de renovación, quisiera rescatar dos elementos que a mí parecer resultan centrales para comprender el desarrollo de la centro-izquierda durante el segundo lustro de los años ochenta en Chile: primero, la influencia que generó el giro político del Partido Comunista de la Unión Soviética (en adelante PCUS) a partir de 1985 en toda las izquierdas a nivel mundial, y segundo, la renovación que sufrió el PS español a partir de 1979, que influyó los procesos de moderación de muchos de los PS latinoamericanos, en particular el chileno. El primer aspecto, conocido como la Perestroika, llevó a la autocrítica y posterior caída de los mal llamados “socialismos reales”, y al auge de la socialdemocracia y el eurocomunismo como cara más visible de la izquierda en Europa. “La esencia de la *Perestroika* se encuentra en el hecho de que *une socialismo con*

democracia.”¹²⁰ O dicho en otras palabras:

“Por supuesto, actuar de manera revolucionaria no implica lanzarse de cabeza. Los ataques de caballería no son siempre lo más adecuado. Una revolución es gobernada por las leyes de la política, por el arte de lo posible. No se debe pasar por alto sus etapas y adelantarnos a nosotros mismos. Ahora la tarea principal es crear una base para avanzar hacia fronteras relativamente nuevas. De otro modo se puede crear una confusión y un descrédito para la gran causa.”¹²¹

Hay un cambio de énfasis que se plasma en la reestructuración de los enfoques, los conceptos, las problemáticas, la estrategia, la táctica, los objetivos, el discurso y la ideología. Vemos pues que la centralidad que le da este giro político-ideológico del PCUS a la democracia como régimen -esto es como forma organizativa (noción instrumental) y no necesariamente como proyecto socio-político (noción social)-, también se la da la centro-

¹¹⁸ La discusión sobre la democracia y los procesos de democratización en América Latina es una reflexión propia de los y las intelectuales en esos años. Cfr. Rico, Álvaro, Ob. Cit., 2005, pp.166-169; Ruiz, Ob. Cit.

¹¹⁹ Ruiz, “Tres críticas a la Teoría Elitista de la democracia”, *ibid.*, p. 54.

¹²⁰ Gorbachov, Mijail, Perestroika, Buenos Aires: Emecé Editores, 1987, p. 37. Las cursivas son del autor.

¹²¹ *Ibid.*, p. 57.

izquierda más moderada, como la AD en Chile y el ala más centrista del FA en Uruguay. Esto, como manera de oponerse a las dictaduras como regímenes –y no como modelos económicos, sociales, culturales y políticos- en los álgidos contextos de transición. Dentro de la AD, una de las manifestaciones más evidentes de la renovación del PS chileno¹²² - que es el que nos interesa para esta tesis- es la crítica a varios conceptos históricos del pensamiento socialista más clásico y la consiguiente apuesta por un proceso gradual de democratización integral de la sociedad a través de reformas dentro del sistema capitalista. En otras circunstancias, el FA también se vio influenciado por este cambio de paradigma.

“A partir de 1990, “el discurso revolucionario que prefigura la sociedad del futuro será poco a poco absorbido por los imperativos fácticos inmediatos de la política institucional justificada como “cultura de gobierno” u “oposición constructiva”, alter ego del realismo político en el discurso dominante. A partir de allí, la izquierda institucional se organiza más en clave ciudadana que social, más como partido que como movimiento, haciendo girar su capacidad propositiva en torno a las demandas de la “agenda estatal”, sin capacidad de trascender los sentidos y urgencias del sistema para su reproducción.”¹²³

La segunda fuente de influencia en este proceso del PS chileno es, según Carlos Ruiz, la renovación del PS español¹²⁴, sobre todo a partir de 1979, cuando Felipe González comenzó a consolidar su liderazgo al interior de ese partido. Una de las discusiones en que más se reflejó este giro ideológico fue la que se dio en torno a cómo enfrentar la dictadura franquista, en palabras de García Santesmases: “los socialistas (españoles) eran conscientes de la imposibilidad de lograr la caída de la dictadura, mediante la acción democrática nacional, a la que conducirían las amplias movilizaciones de masas.”¹²⁵ Es decir, el planteamiento estratégico era pragmático: el derrocamiento de la dictadura pasaba por la negociación con la misma. Así, en ese país la renovación también tuvo que ver con una revaloración de la democracia en sí misma como régimen, tendencia que en la práctica

¹²² Para profundizar en este proceso de renovación del PS chileno, cfr. Almeida, Clodomiro et al., Crisis y Renovación, Santiago: Ediciones Medusa S.A., 1990; y Peirano Iglesias, Alondra, “El diablo en el paraíso. La hegemonía política de la ideología neoliberal en Chile.” En: América Latina en el nuevo milenio: procesos, crisis y perspectivas. IX Jornadas de Estudiantes de Postgrado en Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y Educación, Santiago: Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2010 (en prensa), en el que analizo la fundación y consolidación del Partido por la Democracia como la manifestación concreta del proceso de renovación del PS chileno. Es importante recordar que este partido se ha caracterizado desde su nacimiento en 1933 por el aglutinamiento de diversas tendencias en su seno. Por eso se hace difícil hablar de un solo proceso homogéneo. No pretendo profundizar en esto en esta tesis.

¹²³ Rico, Álvaro, *Ob.Cit.*, 2005, p. 20.

¹²⁴ El “Programa de Transición”, documento del XVII Congreso del PSOE, plantea tres etapas: “en la primera hay que realizar un tránsito de la dictadura fascista a un Estado de libertades públicas, a un Estado de democracia formal. En la segunda hay que transitar desde la democracia formal a un Estado en el que la hegemonía corresponda a la clase trabajadora, manteniendo y profundizando las libertades. En la tercera etapa se producirá la transición de un Estado de los trabajadores a una sociedad sin clases. Una sociedad que haya alcanzado el socialismo pleno, en la que la autogestión, a todos los niveles, haya sustituido a la totalidad de los aparatos del poder. [...] El esquema del XVII Congreso (del Partido Socialista español, diciembre del '76) es muy importante. Iremos viendo cómo, en congresos y documentos posteriores, no sólo desaparecen conceptos decisivos (autogestión, control obrero, hegemonía), sino que también es el propio esquema el que desaparece. La tercera etapa se difumina, y la segunda no habla de hegemonía, sino de regeneración; olvida las reformas sociales irreversibles para hablar del funcionamiento más adecuado de la sociedad actualmente existente.”García Santesmases, Antonio, Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual, Barcelona: Editorial Anthropos, 1993, p. 45. En Chile, el PS se quedó solamente en la primera etapa.

¹²⁵ Ibid., p. 31.

significó adoptar posturas poco críticas frente a la inquietud de qué tipo de democracia se buscaba construir. Esa pregunta se respondería al calor del proceso de transición; en la medida que éste fuera avanzando la respuesta a esa pregunta se iría dando en la práctica misma. En ese momento lo importante era sólo recuperar la democracia formal.

En estas circunstancias y muy influenciada por este proceso geopolítico mundial, en febrero de 1988 la AD pasa a llamarse la Concertación de Partidos por el No¹²⁶, y en octubre de ese mismo año, al calor del triunfo del “No”, ésta pasa a llamarse Concertación de Partidos por la Democracia, nombre que hasta hoy día lleva¹²⁷. Eran los mismos 17 partidos¹²⁸ que ahora se comprometían a trabajar en un Programa de Gobierno conjunto, llevar un candidato único a la Presidencia de la República, que resultó ser Patricio Aylwin, y presentar una lista común al Parlamento. En su Programa de 1989, Aylwin planteaba que “una democracia para todos debe estar basada en el crecimiento económico, la justicia social, la participación ciudadana y la autonomía nacional”¹²⁹. Vemos que era una propuesta bastante laxa que, por un lado, buscaba aunar a un amplio sector y, por otro lado, se protegía de la amenaza aún latente de la fuerte presencia militar.

El Frente Amplio por su parte tiene una historia muy distinta. Ya hemos visto que nació en el contexto uruguayo de principios de los años setenta. El FA pretendía ser el espacio para la unidad de la izquierda a principios de los años setenta y buscaba consolidar el proceso revolucionario a través de la lucha política institucional y electoral. Durante la dictadura, sus miembros, al igual que los militantes del MLN, fueron perseguidos, exiliados, encarcelados, torturados y asesinados. Al final de ésta y como hemos dicho más arriba, en agosto 1984 el FA participó del Acuerdo del Club Naval¹³⁰. Así, el 15 de marzo de 1985 se puso fin a la dictadura uruguaya. En ese país el periodo de transición política formal se da entre 1980, después de la derrota de la dictadura por medio del plebiscito realizado ese año, y 1989, cuando se termina una primera etapa de “transición discursiva”. La segunda etapa de “postransición”, se da entre 1989 y marzo 2005 –periodización propuesta por Álvaro Rico.

Por su parte el MLN, en este período de transición, conoció un proceso muy propio de rearticulación, marcado por el encierro en el Penal de Libertad de muchos/as de sus militantes, por la incorporación de los nueve rehenes tupamaros de la dictadura¹³¹ al

¹²⁶ Los 17 partidos que conformaron el primer Consejo de Presidentes de Partidos fueron: Partido Demócrata Cristiano, Partido Socialista Almeida, Partido Socialista Histórico, Partido Socialista Mandujano, Partido Socialista Briones, Unión Socialista Popular, Partido Radical de Chile, Partido Radical Socialdemócrata, Partido Socialdemócrata, Partido Democrático Nacional, Partido MAPU, Partido MAPU-OC, Partido Izquierda Cristiana, Partido Humanista, Partido Republicano, Partido Por la Democracia (PPD), Partido los Verdes.

¹²⁷ Una pregunta muy interesante es cómo influenció el balance que hacía en esos años la Concertación del accionar de la Unidad Popular entre 1970 y 1973, sobre todo con respecto a su relación con la Democracia Cristiana, en su proceso de fundación y conformación. Es un tema que necesita de una investigación aparte, por lo que aquí sólo dejo planteada la inquietud.

¹²⁸ Actualmente la Concertación está compuesta por el Partido Radical Social Demócrata, el Partido Socialista, el Partido por la Democracia y la Democracia Cristiana.

¹²⁹ Aylwin, Patricio, “Programa”, 1989, p. 13. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Chilena.

¹³⁰ No pretendo presentar aquí una monografía del FA, por lo que no profundizaré en su historia particular bajo la dictadura uruguaya.

¹³¹ Los nueve rehenes de la dictadura, quienes eran dirigentes medios y altos del MLN, fueron: Pepe Mujica, Eleuterio Fernández-Huidobro, Raúl Sendic, Jorge Zabalza, Henry Engler, Julio Marenales, Julio Manera, Adolfo Wassen (quien murió de cáncer

mundo carcelario, y por el aislamiento de la realidad social y política, producto del encierro. Condiciones de existencia del MLN que determinarían su desarrollo posterior, sobre todo después de 1985, cuando cae la dictadura y los/as tupamaros salen en libertad.

“La legalidad del MLN fue el punto crucial que enfrentó a los rehenes entre sí, a su regreso al Penal de Libertad, y a éstos con todos los tupamaros prisioneros. [...] La legalidad de los tupamaros estaba impuesta por las circunstancias: no existía estructura clandestina y no parecía haber condiciones para una acción clandestina. El MLN no tenía experiencia de legalidad; en ese sentido los meses siguientes dibujarían un doble desafío: reorganizarse e insertarse. [...] Pero como estaba profundamente dividido, atomizado, disperso, el MLN sólo tenía la posibilidad de insertarse en la legalidad.”¹³²

Al salir del Penal de Libertad, los tupamaros tuvieron que enfrentar una realidad muy distinta a la que habían conocido catorce años antes: Uruguay, al igual que Chile y Argentina, había vivido bajo una dictadura cívico-militar que le había cambiado la fisonomía. Sin que el debate en torno a qué práctica política adoptaría el MLN después de la dictadura fuera sencillo, y lejos de eso, el MLN decidió integrarse a la institucionalidad política y a la unidad estratégica de la izquierda, y por lo tanto pelear “desde adentro”, desde la legalidad. Como dijera el Diputado Juan José Domínguez: “cuando salimos decidimos que íbamos a trabajar en la legalidad vigente, y así nos definimos políticamente.”¹³³ Pero sobre todo, y como lo expresara en 1987, dos años antes de su muerte, Raúl Sendic: “hemos aceptado todas las leyes del juego de la legalidad; las elecciones son una de ellas.”¹³⁴ En las resoluciones de su III Convención, que el MLN da a conocer en diciembre de 1985, la necesidad de la unidad de la izquierda, en relación a su nueva legalidad, queda explicitada. “Allí se reafirma *“el carácter estratégico de la unidad de la izquierda”*, y la valoración del FA como *“la síntesis política posible de las luchas del pueblo uruguayo”* en esta etapa.”¹³⁵

A partir de este importante debate ideológico, estratégico y programático, desde que se rearticuló durante los primeros años de democracia, el MLN tuvo como uno de sus principales objetivos consolidar el “Frente Grande”, impulsado por Raúl Sendic hasta su muerte en 1989. De hecho, el año 1986 había pedido su ingreso al FA, autorización que éste le dio en 1989. Ese mismo año, a raíz de la idea del “Frente Grande” y la necesidad de ampliar el espectro de participación- pero no tan extenso como el FA-, fue fundado el Movimiento de Participación Popular (MPP, cuya lista electoral fue identificada desde ese año con el número 609), encabezado por el abogado laboralista [Helios Sarthou](#) e integrado por independientes, sectores de la izquierda radical, el [Partido por la Victoria del Pueblo](#) (PVP) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). En la concepción

en 1984) y Mauricio Rosencof, quienes fueron sometidos a casi una década de aislamiento y torturas, y, como consecuencia, de desgaste físico y psicológico. La amenaza era que si el MLN realizaba alguna acción contra alguno de los personeros de la dictadura, cualquiera de los nueve perdería la vida. Paradójicamente, en la cárcel existían multiplicidad de grupos al interior del MLN, y “la incapacidad de los presos y los exiliados para recomponer el MLN transformó a los rehenes en la única esperanza de permanencia”, Blixen, Ob. Cit., 2000, p. 310. Estando los últimos meses presos en el Penal de Libertad, los rehenes salieron en libertad el 14 de marzo de 1984, un día antes que cayera la dictadura, fueron los últimos en ser liberados.

¹³² *Ibid.*, p. 311-312.

¹³³ Juan José Domínguez. Actual Diputado del Departamento de Paysandú por el MPP y militante del MLN, entrevista realizada para esta investigación en Montevideo, septiembre-octubre 2008.

¹³⁴ Blixen, Ob. Cit., 2000, p.323.

¹³⁵ Mazzeo, Ob. Cit., p. 19. Las cursivas son del autor.

táctico-estratégica del MLN, el MPP cumplía y cumple la función de su Frente de masas y debía ser “una expresión electoral concreta a la que vamos a apoyar, porque vamos a participar activamente en las elecciones, y que sea revolucionaria, que luche sin ningún lugar a dudas por la liberación nacional y por el socialismo.”¹³⁶ La relación entre el partido de cuadros y el Frente de masas se explica por los roles específicos que cada uno de los polos tiene para con el otro:

“el papel del MLN es fundamentalmente ser una usina ideológica, política y de formación revolucionaria, que trata de desarrollarse y ampliarse a través del MPP. El MLN es una organización de cuadros militantes, y el MPP sería una organización de masas que rodea al MLN, y se introduce de esa forma dentro del FA. La idea es que las ideas revolucionarias vayan desarrollándose en la masa, en el pueblo.”¹³⁷

A partir del momento de la fundación del MPP, otro debate importante fue el que giró en torno a si participar o no en las elecciones como MLN¹³⁸. Al principio, la mayoría de este grupo político se oponía, planteando que sólo debía apoyarse a los candidatos del MPP, sin presentar militantes del MLN. Pero para las elecciones de 1994 y después de un duro debate, esta postura mayoritaria cambió. El MLN presentó a José Mujica como candidato a Diputado por Montevideo, quien salió electo. A raíz de lo cual y después de múltiples discusiones, en 1995 el MLN conoció una escisión por la izquierda, liderada por Jorge Zabalza. Él, junto a otros grupos de la izquierda radical, fundaron ese año la Corriente de Izquierda (CI). A partir de mediados de los años noventa, el MLN presentó cada vez más candidatos para ambas Cámaras y, en la práctica, su planteamiento político se fue estructurando cada vez más en torno a las elecciones y a la necesaria unidad estratégica a través del FA. Es en ese sentido que en 1999 Zabalza hablaba de “un viraje hacia el electoralismo” del MLN, y decía: “[como CI] reivindicamos el papel de confrontación ideológica de la izquierda radical dentro y fuera del FA, y la necesidad de un cambio de estructura en el país, similar al que el MLN siempre propulsó. Hoy el MLN resigna la utopía en aras del pragmatismo de los cuatro platos de comida. Plantear que primero hay que llegar al gobierno para comer, eso sí que es una utopía, porque al llegar al gobierno el capitalismo va a ser el mismo.”¹³⁹

En otro plano, durante los primeros años de los respectivos regímenes democráticos, la movilización y el debate en torno al tema de las violaciones a los derechos humanos impregnaron fuertemente ambas sociedades. En Chile, bajo el gobierno de Patricio Aylwin, en 1991 se formó la Comisión Rettig, la que estuvo a cargo de la elaboración del Informe sobre Detenidos/as Desaparecidos/as y Ejecutados/as Político/as¹⁴⁰. En Uruguay, el 22 de diciembre de 1986 fue aprobada la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado por mayoría parlamentaria¹⁴¹. A partir de entonces, el Frente Amplio¹⁴² se avocó a juntar

¹³⁶ Mazzeo, Ob. Cit., p. 23.

¹³⁷ **Gonzalo de Toro.**

¹³⁸ Sólo presentaré las líneas generales del debate, sin profundizar mayormente en él, ya que la tesis se alargaría demasiado.

¹³⁹ Zabalza, Brecha, 8 de octubre de 1999, en: Mazzeo, Ob. Cit., p. 68.

¹⁴⁰ Comisión Rettig, Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, Tomos I y II, Santiago, 1991. El año 2004, bajo el gobierno de Ricardo Lagos, se formó la Comisión Valech que tuvo a su cargo el Informe contra la tortura y la prisión política, Santiago, 2004.

¹⁴¹ Esta Ley establece la inimputabilidad penal para todos los delitos de violación a los Derechos Humanos bajo la dictadura.

las firmas para poder convocar a un plebiscito para derrocar la Ley de Caducidad o Ley de Impunidad informalmente llamada por sus opositores. Luego de haber reunido el número de firmas necesarias, este plebiscito se llevó a cabo el 16 de abril de 1989, y el voto verde (a favor de derrocar dicha ley) perdió con un 43%, frente al triunfo del voto amarillo, que fue apoyado por un 57%. Ese mismo año, apareció el “Informe Nunca Más” uruguayo sobre las violaciones a los derechos humanos cometidos bajo la dictadura, elaborado por el Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ, una organización social de derechos humanos).¹⁴³

En este ambiente político, la izquierda institucional uruguaya tuvo que luchar por abrirse un espacio no sólo formal, sino también y sobre todo una adhesión ideológica que rompiera en primer lugar con los efectos devastadores de los 12 años de dictadura, y en segundo lugar, que rompiera con el “poder simbólico” –concepto en el que profundizaré más adelante– del Estado uruguayo postdictatorial, gobernado en ese momento y hasta 2005 por los dos partidos de derecha alternativamente (Partido Blanco y Colorado). A pesar del duro golpe que significó para la izquierda la derrota del voto verde, en las elecciones municipales de 1989, el Frente Amplio ganó la Municipalidad de Montevideo, convirtiéndose Tabaré Vázquez en el primer Intendente de izquierda en toda la historia política uruguaya. Esta experiencia enfrentó al FA a la administración de un “mini Estado”, y se convirtió en un precedente para el futuro gobierno.

“La experiencia de gobierno municipal enfrentó a la izquierda, por primera vez, a la necesidad de administrar recursos escasos. Moviéndose en el marco de las numerosas restricciones que acotan el ejercicio del gobierno, el Intendente Vázquez se manejó con pragmatismo. [...] La izquierda, también ella, comenzó a reivindicar la competencia y la eficiencia.”¹⁴⁴

Es en esta experiencia que el FA pone en práctica el proceso de renovación que había estado viviendo.

A pesar de este triunfo electoral y quizá muy gatillado por el mismo, al interior del FA comenzaron a aparecer diferentes posturas, que terminarían con algunas escisiones. Se posicionó un discurso más pragmático, como el de Mujica, quien decía: “le damos enorme pelota a la táctica, que siempre fue una cosa despreciada. Hay que intentar llegar al gobierno y luego pelearlo, y para eso hay que agrandar mucho más que antes la visión del panorama. [...] Hoy la prioridad es que le FA llegue, ganarle a la derecha, hay que tener un poco de paciencia estratégica.”¹⁴⁵ Frente al cual Sarthou (quien renunció al FA en 2008) expresaba que el MPP se había transformado en algo “funcional al cambio del FA (cuando asume Tabaré Vázquez el liderazgo, marcado por un) sesgo electoralista, avance del personalismo, crisis ideológica y de la participación”¹⁴⁶. O, para Zabalza el FA aparecía como “un partido tradicional más, metido hasta los huesos en la contienda

¹⁴² En ese momento la fuerza mayoritaria del Frente era Democracia Avanza (PCU).

¹⁴³ Una de las grandes diferencias entre el Informe chileno de 1991 y el uruguayo de 1989 es que el primero fue elaborado desde el Estado y el segundo desde el movimiento social. Un interesante análisis comparativo de los cuatro informes conocidos genéricamente como “Nunca Más” de Chile (1991), Argentina (1984), Uruguay (1989) y Brasil (1985), centrado en las características de las respectivas comisiones investigadoras, muy distinto es si fueron estatales o sociales, se encuentra en Marchesi, Aldo, “Las lecciones del pasado. Memoria y ciudadanía en los informes ‘Nunca Más’”, 2001, en <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>.

¹⁴⁴ **Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé, Ob. Cit., p. 47-48.**

¹⁴⁵ Mujica, José, entrevista aparecida en Mate Amargo, octubre 1999, *ibid.*, p. 65-67.

¹⁴⁶ Mazzeo, Ob. Cit., p. 68.

electoral, la democracia representativa y el parlamentarismo liso y llano”¹⁴⁷. En palabras de Mario Mazzeo:

“Vásquez apoyó el surgimiento del Encuentro Progresista y de la Nueva Mayoría, para que fuera creciendo su influencia personal. [...]. La idea de progresismo tiende a desplazar totalmente los contenidos revolucionarios. Se busca la liquidación de los elementos de participación, se va perdiendo el registro de los matices ideológicos. Hay un proceso de concentración de poder, hacia el predominio de una sola voz.”¹⁴⁸

Así, otra gran diferencia entre ambas coaliciones es que en la Concertación la renovación estuvo en los cimientos mismos de su fundación, para el FA en cambio, esta renovación se dio de manera más compleja, tensionada por las disputas internas, además de insertarse en una historia más larga y sinuosa que la de la Concertación. Como veremos más adelante, pareciera ser que al interior de la Concertación hubo y hay más acuerdo que al interior del FA.

Otro de los aspectos que más diferencia sus respectivos roles es el hecho que después de la vuelta de las democracias, el FA siguió estando en la oposición durante veinte años y la Concertación pasó a ser el bloque oficialista durante casi veinte años y hasta hoy día. Lo que en la práctica se reflejó en que el FA mantuvo un discurso crítico frente al desarrollo postdictatorial tímida e incipientemente neoliberal del Uruguay y su proceso de renovación se dio fundamentalmente en democracia, a partir de mediados de los noventa, impulsado por su estrategia electoralista -en la que profundizaré en el siguiente apartado de este capítulo. La Concertación desde sus orígenes se fundó sobre una tendencia renovada y, avalada por su reelección para la presidencia durante cuatro períodos, ha ido rechazando su discurso, enquistando su autolegitimación ideológica en el hecho que no es una dictadura y evadiendo así la necesidad de proponer proyectos sociales más profundos. Una vez más, vemos cómo el contexto histórico es uno de los factores fundamentales para comprender cada devenir político. Siguiendo este análisis, otro aspecto interesante en esta comparación es cómo se refleja la consolidación de la hegemonía de la ideología neoliberal en el discurso político de ambas coaliciones desde su rol de gobierno.

2. La ideología neoliberal y el *leit motiv* del consenso

La tendencia hacia la hegemonía ideológica neoliberal desde hace aproximadamente cuatro o cinco décadas es una transformación a nivel mundial y las dictaduras hacen parte de este proceso de mediano plazo. El giro político de la izquierda a nivel mundial del que he hablado más arriba, y del cual la Perestroika es uno de los pilares fundamentales, se inscribe en este proceso más amplio, que tiene que ver con la Guerra Fría y los cambios de paradigmas teóricos de la política, y que tiene por resultado actual la imposición de un paradigma político que en apariencia es único. Es dentro de estas transformaciones sociales y culturales, que las dictaduras en el Cono Sur calaron profundamente nuestras sociedades, aunque con ritmos diferentes y consecuencias particulares.

¹⁴⁷ Ibidem.

¹⁴⁸ Ibid., p. 42.

Entre los aspectos más evidentes de dichos giros político-culturales, la manera de entender y ejercer la política es uno de los rasgos más tristemente palpables. En este sentido, Álvaro Rico trabaja un concepto muy interesante: el de la “violencia simbólica” o la resignificación de las subjetividades políticas.

“El poder político-estatal, militar-policial y burocrático-administrativo concentrado durante los diecisiete años de autoritarismo y dictadura en el país, entre 1968 y 1985, fue acompasado por un poder invisibilizado o violencia simbólica capaz de legitimar discursivamente e imponer los sentidos dominantes acerca de lo que es legal o ilegal, honesto o deshonesto, bien nacido o mal nacido, subversivo o demócrata, racional o demagogo, nacional o extranjero, políticamente correcto o políticamente incorrecto. En la etapa de reinstitucionalización democrática [...] ese poder simbólico del Estado es el que se privilegia para asegurar la cohesión y la obediencia de la sociedad al status quo. En ese sentido, el consenso –y no la ley- es lo que asegura la actual legitimidad del sistema.”¹⁴⁹

En esta cita aparecen los dos pilares fundamentales del ejercicio de la política institucional: la lógica del consenso –en el que profundizaré más adelante- y la legitimación de los sentidos dominantes desde el poder político. Veamos cómo se plasma pues esta hegemonía en el Chile y el Uruguay de las postdictaduras.

En primer lugar, si bien en su pretensión de cientificidad y tecnicismo, la ideología neoliberal se presenta como a-política y a-ideológica, en concordancia con lo planteado por

el sociólogo chileno Tomás Moulian en su libro *Chile Actual*¹⁵⁰, dicha ideología contiene los tres elementos propios de las “ideologías utópicas”: una idea *natural* de lo social; una idea *absoluta* del futuro como reproducción del presente; y la justificación del recurso a la *fuerza* para la defensa de esos ideales sociales. Es una ideología que naturaliza las relaciones de poder y los procesos actuales; éstos se muestran no como una posibilidad entre otras, no como distintas propuestas en conflicto, sino como *lo natural*, como el ejercicio neutro y objetivo de la administración social. Este pragmatismo universaliza las dinámicas sociales y autolegitima las estructuras económicas y políticas que justifican su poder y dominación. Al obviar los procesos históricos más amplios en que las situaciones y circunstancias actuales se construyen, esta ideología sepulta la historicidad de los pueblos; silencia las relaciones de poder, los conflictos de intereses y las correlaciones de fuerza en que la práctica política se inserta; y coarta la posibilidad de pensar y proyectar políticamente la sociedad más allá de lo “real”. “Como lo recuerda Chantal Mouffe [...], sin utopía, sin posibilidad de negar un cierto orden más allá de lo que es posible cuestionarlo en los hechos, no hay posibilidad alguna de constitución de un imaginario radical, democrático o de ningún otro tipo.”¹⁵¹

Además, y dentro de esta misma consolidación histórico-ideológica, la clase política ejerce su profesión como un instrumento técnico para la administración, y no como un conjunto de herramientas y prácticas que nos permiten analizar y transformar la realidad, ni como un espacio conflictivo de discusión y confrontación de proyectos de sociedad. La clase política se tecnocratiza y su ejercicio se acota a “especialistas” y “técnicos”; los políticos profesionales se transforman en profesionales del poder.

¹⁴⁹ Rico, *Ob. Cit.*, p. 12.

¹⁵⁰ Moulian, *Ob. Cit.*

¹⁵¹ Ruiz, “Tres críticas a la Teoría Elitista de la democracia”, *ibid.*, p. 54.

“El reemplazo de la política como confrontación por la política como administración, generará las condiciones de la perfecta gobernabilidad. Sin embargo con este asesinato disfrazado de muerte, es la política misma la que agoniza para ser reemplazada por la decisión tecnocrática, sustentada en una indisputable (aunque no indiscutible) científicidad.”¹⁵²

Esta pretendida científicidad se homologa con la supuesta neutralidad del lenguaje, analogía que refleja la desideologización del lenguaje político y en última instancia de la política institucional.

“A través del léxico único, las palabras políticas iguales en boca de todos los políticos, recuperan la noción de neutralidad perdida en los años sesenta, ya que su generalización desidentifica las referencias ideológicas o la historia de los conceptos y sus portadores. A símil lenguaje, el ascetismo tecnocrático las codifica, las estandariza y desideologiza para que no signifiquen lo que significaron en el pasado reciente ni puedan llegar a significar lo que deben significar en el presente como alternativa a lo real existente. [...] En ese tedio democrático, la monotonía del discurso político profesional, el cliché y el estigma imponen un “concepto ritualizado que se hace inmune a la contradicción” (H. Marcuse)”¹⁵³.

En segundo lugar, esta reducción absoluta del espacio y la praxis política en el contexto neoliberal, se potencia con “la tecnificación de la política [que] es mortífera, [que] es la cancelación de la deliberación sobre finalidades”.¹⁵⁴ Esta ausencia de debate real es propia de la lógica del consenso: la clase política simula la discusión política y genera un aparente “acuerdo” acerca de cuáles son los fines que se buscan, cuando la práctica política es justamente todo lo contrario; es decir el constante cuestionamiento y la discusión permanente de los fines de una sociedad. “La etapa posdictadura [está] asentada en el principio del “consenso”, [que] no se da sólo en el ámbito nacional.”¹⁵⁵ De esta manera, y de la mano con el silenciamiento de la política como un espacio y una práctica conflictivos, la supuesta a-historicidad de la historia es reafirmada por la lógica del consenso. La que, además, puede llevar a la opción política del olvido de las identidades históricas y la anulación de las diferencias ideológicas en favor de la unidad táctica y pragmáticamente necesaria, como en el caso de la Concertación. Esta es una de las manifestaciones más evidente de la “falsa muerte” de la política de la que hablara Tomás Moulian.

Los marcos del consenso delimitan quién participa y quién no, para quién está permitido hacer política y para quién no, anulando en apariencia los conflictos sociales. Según Carlos Ruiz, para Edgardo Boeninger¹⁵⁶ “la idea de los consensos es equivalente a la democracia estable.”¹⁵⁷ Dice Carlos Ruiz que en este contexto neoliberal –más allá que él lo plantee a

¹⁵² Moulian, Ob. Cit., p. 59.

¹⁵³ Rico, Ob. Cit., p. 72.

¹⁵⁴ Moulian, Ob. Cit., p. 59.

¹⁵⁵ Rico, Ob. Cit., p. 16.

¹⁵⁶ Edgardo Boeninger Kausel (1925-2009) fue militante del Partido Demócrata Cristiano de Chile y ejerció los cargos de Rector de la Universidad de Chile, Ministro Secretario General de la Presidencia bajo Aylwin y Senador Designado. Fue uno de los ideólogos más influyentes del proceso de transición en Chile.

¹⁵⁷ Ruiz, “Concepciones de la democracia en la transición chilena”, *ibid.*, p. 172.

principio de los años noventa-, se dio un retorno de las teorías empíricas de la democracia, en particular de la “teoría elitista”.

“Para Peter Bachrach, por ejemplo, estas teorías, a través de su pretendido “realismo” [...] suponen una fuerte valoración del orden establecido, en la medida que los grupos que dirigen de hecho una sociedad se transforman en la clase dirigente deseable según esta teoría, ya que la división entre masa y élite es considerada como ineluctable. [...] La noción de democracia [...] se ha vuelta una teoría de la sospecha referente a los peligros de la participación y un acto de confianza en las élites que fácticamente compiten por el poder.”¹⁵⁸

Es así que las opciones políticas más radicales por ejemplo, que siguieron apostando a un enfrentamiento armado con el Estado bajo la democracia postdictatorial a principios de los años noventa en Chile (el MIR-EGP, el Lautaro y el FPMR-Autónomo), fueron duramente reprimidas por los sectores de la misma izquierda que transaron con la dictadura. Y el movimiento popular fue desmantelado. Se alaba la moderación y debe respetarse el orden público; el *status quo* es lo que sustenta la gobernabilidad “democrática”. Y esto se articula con el proceso de despolitización de la sociedad, los sistemas de decisión y las estructuras institucionales. A principio de los noventa, “Foxley [un influyente político demócrata cristiano chileno] destacaba la importancia de que a partir de los acuerdos entre corrientes políticas, un país podía ‘entrar en una fase de despolitización y desideologización en sus organizaciones de base y asociaciones intermedias (Foxley, 1983, 112).”¹⁵⁹ Despolitización que se complementa con la adopción de una “democracia elitista” y la supuesta neutralidad de los procesos de decisión política.

En Chile, lo que en un principio tenía objetivos tácticos, hoy día se vuelve una opción político-ideológica por un pragmatismo con fines estratégicos. El consenso se extendió más allá del tiempo que se necesitó para reimplantar las instituciones democráticas y se instaló como el *modus operandi* de lo “políticamente correcto”. Además, es particularmente evidente cómo, después de la salida pactada de la dictadura, gran parte del modelo que ésta impuso la Concertación lo petrificó y lo volvió intocable. En este sentido, la gran diferencia con Uruguay es que el esfuerzo por implementar el modelo económico-social e ideológico neoliberal en ese país, se dio en democracia, bajo la tutela de la derecha (Partidos Blanco y Colorado), y el intento más claro en ese sentido fue a comienzos de los noventa bajo el gobierno de Lacalle, cuando se quiso promulgar la Ley de Privatizaciones, la que fue frenada en el plebiscito de empresas públicas. Más aún, la oposición política y social, de la cual hizo parte el FA durante los primeros veinte años de democracia, se expresó a través de varios plebiscitos realizados entre los años noventa y principios de los 2000, siendo una y otra vez derrotados los intentos de la derecha por imponer las políticas neoliberales. Así, hay una diferencia radical entre ambas dictaduras: la chilena tuvo un carácter fundacional con respecto a la construcción del orden neoliberal, no así la uruguaya. Por lo tanto, el punto de partida de ambas democracias fue radicalmente diferente: en Chile ésta comenzaba refundada en el modelo neoliberal, en Uruguay la discusión en torno a ella estaba todavía abierta en 1985, dado que dicho modelo era todavía sólo una idea.¹⁶⁰

¹⁵⁸ Ruiz, “Las teorías de la democracia y el concepto de lo político”, *ibid.*, p. 87-88.

¹⁵⁹ Ruiz, “Concepciones de la democracia en la transición chilena”, *ibid.*, p. 173.

¹⁶⁰ Agradezco una vez más a Aldo Marchesi por este importantísimo comentario.

3. Discurso electoralista y pragmatismo

Después de los procesos de transición y renovación, hoy día el énfasis electoralista actual de ambas coaliciones contribuye bastante a petrificar el “tedio democrático” del que habla Álvaro Rico. La homologación que existe entre acumulación de fuerza socio-política y acumulación de votos es clara. A falta de proyecto social, el medio táctico tomó el lugar del objetivo estratégico.

“Si se toman en cuenta los números, la estrategia de hacer visibles en el juego democrático a los principales referentes de la organización demostró ser la correcta, porque entre 1994 y el día de hoy, el MPP creció vigorosamente, al punto que en 1999 colocó dos senadores –Mujica y el Ñato-. [...] El revisionismo incluyó incorporar la cultura de la gestión, cómo debe hacer alguien que se propone gobernar en un mundo que cambia tan vertiginosamente.”¹⁶¹

A partir de 1989, impulsado por la tenencia de la Intendencia de Montevideo y sustentado en el trabajo social de base, en la fuerza que tenía en ese momento Democracia Avanza (PCU, que en ese momento era la fuerza mayoritaria dentro de la izquierda), y en el exponencial crecimiento del MPP, el FA aumentó elección tras elección sus votos tanto en las parlamentarias (Diputados y Senadores de esta bancada aumentaban para cada elección) como en las presidenciales. Hasta que en las elecciones de octubre de 2004, el FA ganó las elecciones presidenciales y el MPP sacó la primera mayoría relativa (esto es al interior de las votaciones frenteamplistas), conquistó seis bancas en el Senado y veintiún diputados en varios departamentos.¹⁶² “El MPP retomaba un camino de acumulación [...] llegando al fin al triunfo electoral, dónde se verá si ése era el fin o el principio, la táctica o la estrategia.”¹⁶³

Hoy el énfasis estratégico está puesto en el aspecto electoral. “Creemos –dice Juan José Domínguez- que si se utiliza bien la forma de lucha actual, que es el voto, tú puedes lograr avances, en la medida que la correlación de fuerzas no te da para tomar el poder. [...] El voto hoy es la forma principal de lucha.”¹⁶⁴ Lo que a mediados de los noventa –cuando el MLN decidió participar de las elecciones parlamentarias de 1994- se planteó como una necesidad táctica, hoy se transmuta en un objetivo estratégico, transformación que aparece claramente expresada cuando Homero Viera proyecta el análisis en las próximas elecciones presidenciales, a realizarse a fines de año 2009.

“En los últimos años hemos estado discutiendo cómo definimos el objetivo estratégico siguiente, para darle continuidad a lo que hicimos, que por ahora tiene dos aspectos: ganar, y ganar en primer vuelta. [...] Necesitamos la continuidad de este proceso, por eso, como prolongación de aquel objetivo estratégico de ganar el gobierno, ahora nos planteamos mantenerlo con

¹⁶¹ Tagliaferro, Gerardo, Huidobro Fernández. *De las armas a las urnas*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2004, p. 194-195. Para profundizar más este aspecto el documento del MLN “Del MLN al Congreso del MPP” (1999) es clave. A partir del 2000, el MLN es la única organización política al interior del MPP, se habían ido en distintos momentos el PVP y PST.

¹⁶² En las [internas del FA realizadas el 2009](#), el MPP sacó la primera mayoría en todos los departamentos del país.

¹⁶³ Mazzeo, Ob. Cit., p.68.

¹⁶⁴ Ibidem.

un triunfo en primera vuelta para poder profundizar más la transformación progresista que el Uruguay viene haciendo.¹⁶⁵

No me queda clara la relación entre “ganar en primer vuelta” y “profundizar más la transformación progresista”. El plano electoral absorbe gran parte del discurso y del trabajo del MLN dejando en el olvido la contenido social y la praxis de base. “Preparamos una coalición desde el punto de vista electoral, y en el Espacio 609, dentro del que participa el MPP, fuimos la lista electoral más votada a nivel nacional, lo que para nosotros es muy importante.”¹⁶⁶ Así, táctica y estrategia se confunden, movimiento siempre presente cuando el análisis político se simplifica a fuerza de volverse cada vez más pragmático. “La fuerza del sistema democrático burgués desde el punto de vista ideológico es muy importante: hay una fuerte corriente electoralista, más que generar organización de masas, estamos generando cúmulo de votos.”¹⁶⁷ La lucidez de la cita al decir que lo que se está generando es un “cúmulo de votos”, imagen de una práctica electoralista que por sí misma transmite algo vacuo e inerte, contrasta con la lucidez que aparece en la siguiente cita -extraída del documento “El FA y el apoyo crítico” del MLN, de diciembre de 1970- con respecto a la relación entre el objetivo inmediato (podría agregar inmediatista) de las elecciones y la construcción social desde abajo.

“5) Mantenemos nuestras diferencias de métodos con las organizaciones que forman el frente y con la valoración táctica del evidente objetivo inmediato del mismo: las elecciones. [...] Al apoyar al Frente Amplio entonces, lo hacemos en el entendido de que su tarea principal debe ser la movilización de las masas trabajadoras y de que su labor dentro de las mismas no empieza ni termina con las elecciones.¹⁶⁸

Hoy día, el principal énfasis del FA, en particular del MPP y del MLN son las elecciones.

La lógica electoralista, que prioriza la carrera por el poder más que la construcción social, se refleja de manera evidente tanto en la práctica institucional como en el discurso de ambas coaliciones como gobiernos: no tienen ni la capacidad ni, en última instancia, la voluntad política de absorber tanto el trabajo de administración institucional como el trabajo político-social. Como en el caso del PS español, “la militancia político-institucional ha acaparado la atención de la mayor parte de los militantes y cuadros socialistas, relegando a un segundo plano las tareas de organización del partido y la militancia social.”¹⁶⁹ Así mismo lo plantea Gonzalo de Toro para el MLN. “La presión que proviene de la misma situación de ser gobierno, de estar en muchas partes de la administración, dificulta los tiempos de reflexión necesarios para la discusión.”¹⁷⁰ Y sobre todo refleja el cambio de énfasis en el ejercicio de la política, que se hace necesario e insalvable cuando un grupo político o una coalición toman las riendas del Estado. Los cargos gubernamentales y las funciones estatales van absorbiendo casi toda, por no decir toda, la fuerza del grupo político. Así, en el MLN,

¹⁶⁵ *Homero Viera.*

¹⁶⁶ *Ibidem.*

¹⁶⁷ *Esteban Pérez.*

¹⁶⁸ *MLN, “El FA y el apoyo crítico” (1970), en Tagliaferro, Ob. Cit., p. 123.*

¹⁶⁹ *García, Ob. Cit., p. 62.*

¹⁷⁰ *Gonzalo de Toro.*

“los cuadros político que estaban en la estructura política, social y organizativa, pasaron a ocupar la institucionalidad, entonces quedó un agujero de cuadros políticos que permita mantener ese control sobre la parte gubernamental, institucional. Muchos de los cuadros que mantenían las estructuras organizativas del movimiento independiente; los Comités de Base, pasaron a ocupar puestos en el gobierno, y quedó el vacío generacional. Hoy no hay un fortalecimiento de la estructura política del FA, a nivel, por ejemplo, sindical que permita desarrollar una política de trabajo profundo desde un rol diferente: cuestionador, criticador, controlador de lo que es la ejecución del gobierno por parte de la fuerza popular. [...] Y ese es un problema de insuficiencia política.”¹⁷¹

Estas circunstancias que surgen del hecho de institucionalizarse políticamente, es decir, aceptar ciertas reglas del juego político institucional, además y como veremos más adelante, obligan a consolidar tendencias políticas más tecnocráticas y funcionales, y más alejadas de las organizaciones sociales.

Este énfasis en lo institucional y la marginación de la participación social es aún más clara en la práctica de la Concertación: es una opción política, por mucho que en el discurso exista algún grado de autocrítica. Los mismos socialistas chilenos reconocen esa práctica política que tiene mucho de cupular y poco de social. “El PS es una cultura donde todos hablan, donde todos hacen discursos, cada cual hace sus monólogos, una especie de ultra democratismo, del que tú crees que no va a salir nada, y al final sale algo que en alguna parte se decidió.”¹⁷² Según este diagnóstico, efectivamente en el PS las decisiones se toman en la cúpula y después bajan a las bases del Partido, si es que bajan. Y de bajar los lineamientos y propuestas políticas sólo lo hacen tomando a las bases como instrumentos de ratificación y no como un espacio de discusión, menos aún toman en cuenta al movimiento social.

“Con Lagos se sacó un documento sobre la participación ciudadana, pero bien ideal. Pero ahí hay un tema cultural muy fuerte, que es cómo la gente ve la participación ciudadana desde el poder estatal: estar pensando siempre la participación en términos instrumentales: considerar que la población es un instrumento para poder realizar mejor tus políticas, lo que tú decides hacer. En el Ministerio de Salud [...] de lo que estamos preocupados ahora es de impulsar una visión más deliberativa y vinculante de todo el proceso participativo, como en Brasil: donde la gente pueda decidir en instancias locales, regionales y nacionales.”¹⁷³

Hay una manera autoritaria de la Concertación de hacer política: de arriba hacia abajo, cuando la participación es todo lo contrario: de abajo hacia arriba. El mismo PS lo reconoce en un Manifiesto del 2006: “la democracia se consolidó, pero el sistema político no ha profundizado ni ampliado sus bases sociales y su aparato institucional no se ha descentralizado.”¹⁷⁴ De abajo tendrían que venir los debates, las reivindicaciones, las propuestas y planificaciones. Pero la relación con los movimientos sociales es

¹⁷¹ *Ibidem.*

¹⁷² María Isabel Matamala.

¹⁷³ *Ibidem.*

¹⁷⁴ Consejo General Partido Socialista, “Por un Chile para todos”, Santiago: Ediciones Partido Socialista, agosto 2006, p. 17.

“mínima, mínima. Esa es una pega no hecha de la clase política: ser un referente. Y el establishment de la Concertación trabaja en los sectores sociales con operadores políticos, pero no trabaja con la sociedad. [...] El año '90, uno de los grandes errores que hubo en el mundo de la izquierda en general es haber desarticulado el tejido social. Hoy en día los partidos de izquierda, sin contar al PC, son parte del Estado.”¹⁷⁵

Y esta práctica política además de explicarse por esta concepción autoritaria que existe sobre la política, tiene que ver también con el miedo que se le tiene a los movimientos sociales. En palabras de María Isabel Matamala, “aunque no todos tienen la misma visión, hay muchos que le tienen miedo a la participación ciudadana, porque siempre han estado acostumbrados a manejar a la gente, y dicen ‘no vamos a poder mantener el orden’, así por ejemplo los operadores políticos que están en los Ministerios o Municipios en alianza con tal cual Senador o Diputado.”¹⁷⁶ El hecho que María Isabel Matamala y Jorge Ortiz hablen de “operadores políticos” es muy interesante y habla por sí mismo: el PS y la Concertación plantean una relación muy instrumental y poco vinculante entre base social y políticos profesionales. Es más, el PS chileno acepta el *status quo* del orden público autoritario heredado de la dictadura, y prioriza la tranquilidad por sobre la participación social. El orden público y su necesaria gobernabilidad generan un temor inmenso a los conflictos y a los disensos.

“Hoy en día le tenemos miedo a los actores sociales, y al tenerles miedo tendemos a preservar un bien mayor, que es la tranquilidad. Como nos hemos alejado tanto del mundo no sabemos que está sucediendo en el movimiento social y actuamos reactivamente, no sabemos responder a los brotes de descontento. [...] Llevamos años con los guanacos¹⁷⁷ en la plaza de la Constitución, y eso tiene que ver con los miedos que se tiene.”¹⁷⁸

Y así lo ven también los tupamaros: “la Concertación, se dio por arriba, no con la participación del movimiento popular. Acá hay movimiento popular, no es en forma importante, pero existe el movimiento popular en el FA.”¹⁷⁹ Desde su punto de vista, el FA toma más en cuenta sus bases, y, más aún, la Concertación ni las tiene, en concordancia con su origen: acuerdos por arriba, incluso con la plana dictatorial, y en contra de las movilizaciones populares. “La opinión de los Comité de Base tiene un peso muy fuerte en el FA, y me da la impresión que en la Concertación no pasa eso, que es más cúpula. Acá la cúpula tiene mucho en cuenta los Comités de Base.”¹⁸⁰

Así, para la reconstrucción de la democracia en Chile durante estos últimos veinte años, el modelo consociativo o concertacional (dentro de la teorías elitistas de la democracia) propuesto por Carlos Ruiz Schneider para el proceso chileno, es bastante asertivo.

¹⁷⁵ Jorge Ortiz. Director Nacional de Contabilidad y Finanzas, Ministerio de Obras Públicas. Entrevista realizada en el marco de la investigación de mi tesis de maestría, agosto 2009.

¹⁷⁶ María Isabel Matamala.

¹⁷⁷ Carro lanza-agua de las Fuerzas Especiales de la policía chilena.

¹⁷⁸ Jorge Ortiz.

¹⁷⁹ Gonzalo de Toro.

¹⁸⁰ Julio Batistoni. Director General de Planificación de la Municipalidad de Montevideo, militante del MLN y del MPP, entrevista realizada para esta investigación en Montevideo, septiembre-octubre 2008.

“Mientras, por una parte, tienden a marginalizar el rol de las enormes desigualdades sociales en la gestación de los conflictos, sobre enfatizan por otra parte los efectos de la polarización “política” e ideológica, y del régimen institucional en el fin de la democracia en Chile. [...] En el fondo, el consociativismo implica la idea de una tregua más o menos permanente entre bloques políticos rigurosamente distintos que, si bien se oponen los unos a los otros, se ven obligados a tolerarse y aceptarse mutuamente como realidades básicas que no pueden ni deben cambiarse (Van Klaveren, 1983, 19). [...] La democracia se transforma en el control del pueblo por minorías dirigentes, en las que se deposita toda la confianza, contra la participación social, a la que se ve como amenaza desestabilizadora.”¹⁸¹

En concordancia con lo expuesto más arriba, plantea que la Concertación ha forjado una práctica política que remite a la clase política en sí y para sí, en acuerdo con la derecha y marginando los conflictos y la participación social.

Y este énfasis institucional más que social, también se manifiesta de manera evidente en el tipo de partido que hoy día se expande como vehículo y espacio del ejercicio de la política institucional; partidos instrumentales que en primer lugar se fundan en la necesidad de ser más competitivos electoralmente. Son “el tipo de partido que se ha ido institucionalizando para competir con éxito en los procesos electorales. Ese modelo de partido atrae votos de distintos sectores sociales e ideológicos.”¹⁸². Como veremos más adelante, se prioriza la amplitud del discurso por sobre la solidez del proyecto político-social. En este sentido, a través de la moderación los partidos buscan cooptar el sentido común y buscan responder a las inquietudes ahí instaladas. Según Álvaro Rico, “el poder de los gobernantes descansó, fundamentalmente, en la capacidad de significación de supalabra política para reapropiarse y monopolizar el “buen” sentido democrático y en la capacidad de subjetivación del discurso estatal para la construcción de una realidad social “única”. ”¹⁸³

La relación de apadrinamiento que existió del PS para con el PPD en los orígenes de éste último y la que tiene el MLN para con el MPP son esclarecedoras -aunque cada una de estas orgánicas (el PPD y el MPP) tiene sus características propias y son espacios muy diferentes-. El PPD nació en diciembre de 1987 por iniciativa del PS, como un partido instrumental para aunar votos por la democracia para el plebiscito del 5 de octubre del '88¹⁸⁴.

“El camino para ganar la democracia es claro: inscribirnos en los Registros Electorales y organizarnos a través del PPD para impedir el fraude, para actuar en nombre de Chile y defender nuestro voto. [...] Estamos aquí, hombres de la derecha, del centro y de la izquierda de Chile, como ciudadanos cuyo único propósito es ganar la democracia. [...] En esta tarea llamamos a todos los chilenos y chilenas, sin exclusión de ninguna especie, y por ello te invitamos hoy a ti a formar parte de esta gran falange que va a ser capaz de derrotar a Augusto Pinochet. [...] Entonces el Partido Por la Democracia habrá cumplido su meta, la

¹⁸¹ Ruiz, “Concepciones de la democracia en la transición chilena”, *ibid.*, p. 168-170.

¹⁸² García, Ob. Cit., p. 17-18.

¹⁸³ Rico, Ob. Cit., p. 15.

¹⁸⁴ Peirano, Alondra, “El diablo en el paraíso. La hegemonía de la ideología neoliberal en Chile”, Ob. Cit.

democracia estará restaurada en Chile y será el momento en que la diversidad de la realidad de Chile se expresará libremente”.¹⁸⁵

Y hasta hoy día sus *leit motiv* son la “reconciliación nacional” y la democracia como fin y valor en sí mismo. El medio se transmutó en fin último y en justificación ideológica absoluta, lo que es coherente si pensamos que “en Chile, la reconquista de la democracia política y del Estado de derecho ha llegado a ser uno de los objetivos centrales, y no puramente tácticos.”¹⁸⁶ En cambio, el MPP nació como Frente de Masas, más que como orgánica funcional a las elecciones, aunque hoy día resulte muy funcional a ese objetivo. Como el MLN se autodefine como partido revolucionario de cuadros necesita un espacio más abierto e incluyente para el trabajo social.

Para lograr el fin de acumular votos y llegar al gobierno, el discurso electoralista va necesariamente de la mano con un discurso pragmático, el que también refuerza la ideología neoliberal. Pragmatismo entendido como “realismo político”: como la renuncia a los discursos y proyectos más críticos, en las lúcidas palabras de Chantal Mouffe: “el pragmatismo positivista de los reformistas sin proyecto”¹⁸⁷. Veamos cómo se explicita en la política de alianzas de las coaliciones progresistas este pragmatismo, sobre todo en su rol de bloques oficialistas.

Hoy día la idea de que este modelo económico neoliberal “es lo que hay”, es un *slogan* casi absoluto en el sentido común y en la institucionalidad política. Así, no existen políticas gubernamentales claras por transformarlo de parte de los bloques oficialistas como sureños, por mucho que en el discurso de ciertos sectores exista una tímida crítica. Y este desfase entre las políticas gubernamentales de las alianzas progresistas y el discurso de los sectores emplazados a la izquierda al interior de estos bloques (“izquierda” en el caso chileno) es lo que abre una fisura dentro de la coherencia político-ideológica que permite criticar la incongruencia entre discurso y práctica.

A la hora de priorizar la unidad y negociar al interior de una coalición, el pragmatismo y la moderación, impulsados por la actitud “realista”, la intención electoralista y la pretensión de llegar al gobierno, se vuelven actitudes políticas necesarias.

“La transición ideológica (del FA) se expresa fundamentalmente en la política de alianzas que, a su vez, fue el camino que permitió la moderación de la plataforma electoral de la izquierda. Por eso mismo, hemos insistido en explicar que el momento clave del viraje ideológico, estratégico y programático es la creación del Encuentro Progresista (cuando en julio de 1994 el FA aceptó la creación del EP) [...] y luego en la Nueva Mayoría, círculos concéntricos que permitieron aumentar el alcance electoral del FA conquistando progresivamente el espacio político y electoral.”¹⁸⁸

A la incorporación de los sectores más moderados de centro al FA, para comprender su proceso de moderación habría que agregar también la misma renovación de los viejos componentes de la coalición, entre los que el MLN es el que estamos tratando de analizar

¹⁸⁵ Lagos, Ricardo, “Discurso de fundación del PPD”, *Ceremonia de Constitución del PPD en el Círculo Español*, 15 de Diciembre 1987. En línea: URL www.ppd.cl.

¹⁸⁶ Ruiz, “Tres críticas a la Teoría Elitista de la democracia”, *ibid.*, p. 55.

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. 54.

¹⁸⁸ Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé, *Ob. Cit.*, p. 118.

aquí. El progresismo ideológico y la moderación conducen a prácticas políticas regidas por lo que es “efectivamente posible”. En este sentido, Garcé y Yaffé postulan que:

“Del calificativo hospitalario que refería a la amplitud, la mayoría de la izquierda abrazó uno más explícitamente programático, el “progresismo”. [...] La historia de tres décadas que va del FA al EP evidencia una moderación política inevitable y definitivamente habilitante para el ejercicio pleno del gobierno; según esa historia y de acuerdo a un conjunto no menos evidente de restricciones, no todo es posible, pero algunas cosas son efectivamente posibles.”¹⁸⁹

El FA ya era una alianza amplia, al crearse el EP, esta amplitud se extiende aún más y los parámetros ideológicos, estratégicos y programáticos se vuelven aún más laxos. Al ampliarse dicha plataforma, la moderación se acentúa cada vez más. Ésta última y la lógica del consenso van siendo las custodias de dicha unidad y la cautela su mejor consejera para aumentar los votos de apoyo y llegar así al gobierno.

“Para que sus propuestas resultaran persuasivas y competitivas frente a las de sus adversarios, la izquierda debía adaptar sus ideas y sus programas [...]. Por otra parte, la distribución ideológica del electorado mostraba una importante concentración en el centro. [...] Desde la segunda mitad de los años noventa el FA formuló e implementó una estrategia adecuada desde el punto de vista de la maximización electoral, que buscaba superar los primeros para poder aprovechar esa oportunidad, creciendo hasta alcanzar el gobierno nacional. Esa estrategia tuvo tres componentes básicos: el ejercicio contundente de la oposición, para captar el creciente descontento ciudadano hacia los gobiernos de los partidos tradicionales; la moderación ideológica y programática, para lograr la captación del electorado ubicado en el centro del espectro político; y la ampliación de las alianzas.”¹⁹⁰

Así, desde 1999 el principal lineamiento ideológico del FA-EP es: “la construcción de una sociedad democrática, progresista y solidaria, que impulse un desarrollo socialmente justo y económicamente autosostenido, en el marco del sistema democrático y representativo y con amplia participación de la ciudadanía.”¹⁹¹ La amplitud del discurso es clara. Esta moderación también caracteriza a la Concertación que, a diferencia del FA, desde sus orígenes se ha fundado en ella.

La Concertación también es una alianza pluralista; va desde la Democracia Cristiana (centro) hasta el Partido Socialista (centro-izquierda, al interior de la Concertación) y sus discursos también se caracterizan por priorizar la amplitud. Así el “crecimiento con equidad”, se entiende muy vagamente como la “construcción de país, que integre a todos sus ciudadanos, es una obra constante, gradual y persistente.”¹⁹² Una definición que no dice mucho, una moderación extrema en pos de la unidad. “El reencuentro del país con su historia que han representado estos gobiernos de la Concertación, es el resultado de una

¹⁸⁹ *Ibid*, p. 8.

¹⁹⁰ Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé, *Al Centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*, Montevideo: Instituto de Ciencia Política-Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de la República, 2005, p. 186. Todas las demás citas de los autores son del libro ya citado *La Era Progresista*.

¹⁹¹ EP-FA, “Lineamientos ideológicos” (1999), Garcé, Adolfo y Jaime Yaffé, Ob. Cit., 2004, p. 86.

¹⁹² Concertación de Partidos Por la Democracia, “Manifiesto Político Programático”, Ediciones Concertación, 2005, p. 12.

convergencia de fuerzas públicas diversas, con raíces históricas diferentes y una constante capacidad de superar constructivamente sus diferencias. La Concertación ha sido capaz de construir unidad a partir de la diversidad.”¹⁹³ Una unidad que en su proceso de renovación borró importantes diferencias ideológicas.

De todas maneras, hay una gran diferencia entre la unidad del FA y el de la Concertación. Y es que en el primero, la coalición deja mayor espacio a las identidades particulares de los grupos adherentes, la unidad no implica la renuncia a las historias particulares.

“A nivel de América Latina es una fuerza muy particular; por su pluralidad, y por ser un Frente con características de coalición y movimiento. Hay que entender eso para poder entender este trabajo desde la institucionalidad. [...] Pero hay una diversidad muy grande de los comportamientos de los distintos grupos del FA, según cómo se conciba el trabajo y la práctica política.”¹⁹⁴

En la Concertación en cambio, la pérdida de la identidad política es una de las consecuencias de la aplicación a ultranza de la lógica del consenso. Más allá de estos matices, es evidente cómo la política de alianzas pone cotos muy claros a las intenciones particulares de los grupos que las componen. Y este aspecto complejiza el análisis, porque estamos intentando comprender el comportamiento político del MLN o de algunos ex-MIR-actuales PS, *dentro* y *desde* una coalición. En la relación entre coalición y partidos constitutivos de ella, aquella se vuelve más utilitaria que ideológica (esto sería en función de un proyecto y de un programa íntegro de sociedad).

Así, dentro del FA existe una mayor continuidad de identidad del MLN, que de los ex-MIR-actuales PS, y del PS dentro de la Concertación. Según Jorge Ortiz, los tupamaros han sabido resguardar más su identidad política, ideológica e histórica que los ex-MIR-actuales PS.

“Yo creo que el FA es como una Concertación pero más rica en contenido, porque hay identidades ahí que no se han fusionado. Los que éramos del MIR y participamos de la Concertación nos fusionamos al establishment de la Concertación. Dentro del PS no hay nada articulado como miristas, si hubo un grupo que lo pretendió, el PS los absorbió. En cambio, los tupas en el FA mantienen su identidad.”¹⁹⁵

Así, dentro del PS, si alguna vez hubo una “intención mirista” de ex militantes revolucionarios que quisieron influir el PS hacia la izquierda, hoy día ésta ya no existe, los ex-MIR-actuales PS hoy día no tienen ninguna particularidad dentro del PS como grupo articulado.

En términos más amplios, el PS justifica su actitud política moderada apelando a la necesaria unidad táctico-estratégica o electoralista-instrumental. “Necesitamos que la Concertación no se confunda y mantenga su unidad y la claridad respecto del sentido nacional de la tarea que se lleva a cabo desde su gobierno. [...] Un nuevo modelo social, nuevas ideas, nuevos instrumentos, pero los mismos valores de siempre.”¹⁹⁶ Como vemos,

¹⁹³ Ibidem, p. 11-12

¹⁹⁴ **Nora Castro, Diputada por Montevideo, Uruguay. Entrevista realizada en el marco de la investigación para mi tesis de maestría, septiembre-octubre 2008.**

¹⁹⁵ **Jorge Ortiz.**

¹⁹⁶ Consejo General Partido Socialista, Ob. Cit., p. 16

declaraciones vagas que van quedando como ideas dichas al aire sin apuntar a ningún proyecto social definido. A los socialistas chilenos los absorbió el *establishment* impuesto por las negociaciones con la dictadura y este giro político es aún más explícito que en el caso de los tupamaros: tiene que ver tanto con una opción política interna como con una adaptación externa, definida por concepciones tácticas. Es importante aclarar que desde sus orígenes en 1933, el PS se ha caracterizado por tener al interior una diversidad de tendencias. Y esta particularidad sigue existiendo hoy. Como dice Jorge Ortiz: “el PS tiene una complejidad estructural y antropológica muy diversa, el PS no es un cuerpo unificado y único, tiene distintas sensibilidades y expresiones adentro”¹⁹⁷. Su historia posterior al plebiscito y a su reunificación en diciembre de 1989, se tiñe de un elemento central en su devenir: el PS fue absorbido por el *status quo* y asumió desde fines de los años ochenta la opción político-ideológica de la Concertación, en concordancia con su proceso de renovación.

“Yo no sé si el PS tiene una claridad estratégica definida. En el PS hay distintas maneras de entender los escenarios, pero el PS a mi juicio dejó de ser el PS hace mucho rato, los socialistas hoy día son administradores de cuotas de poder, no es un articulador de la base social. [...] El establishment del PS está fusionado con el Estado. Porque después del plebiscito se hizo la peor negociación que se podría haber hecho: el poder político para la Concertación y el poder económico para la derecha. Y en ese equilibrio hemos administrado este país durante 20 años.”¹⁹⁸

Por su parte, “el MLN hace parte de una alianza policlasista, con diferentes intereses y diferentes intenciones. El programa no es el del MLN.”¹⁹⁹ Al no ser *su* programa, el MLN tiene que negociar y matizar su autodeclarada intención revolucionaria. Y esta moderación del discurso y de la práctica, se rige tanto por la necesidad táctica de priorizar la unidad y respetar el consenso, como por la domesticación y el amansamiento propios del hecho de institucionalizarse políticamente.

Este discurso, cada vez más amplio y menos combativo, es el que defiende el MLN, más allá de las contradicciones internas del FA. Y lo defienden porque necesitan la plataforma electoral del FA. ¿Cómo resuelve este “polo revolucionario” esta contradicción, esa paciente “espera” tácticamente necesaria? “Los históricos del MLN empiezan a masticar el freno de la domesticación política, por la proximidad de llegar al gobierno, y ven que hay cosas que no se pueden hacer, o al menos decir.”²⁰⁰ El gobierno entonces ¿sería el objetivo último de la concatenación institucional-electoralista de intenciones políticas de las coaliciones progresistas?

“Yo milité toda mi vida por razones políticas, y razones políticas son razones de gobierno, es luchar para aplicar un programa. [...] Gobernar es una palabra que viene de la navegación, de la época de los barcos a vela. Y a esos barcos no se los manda, se los conduce por donde los vientos permiten ir. Y contra el

¹⁹⁷ Jorge Ortiz.

¹⁹⁸ *Ibidem*.

¹⁹⁹ Gonzalo de Toro. “Hoy día lo que hay que ver es una serie de círculos concéntricos: el MLN, más afuera el MPP, el sector de masas entre comillas de este polo revolucionario, más afuera el FA, como un nivel mayor policlasista de alianzas, y más afuera estaría el Encuentro Progresista, que tiene sus connotaciones de clase, no es sólo un nombrecito. Y no es sólo el FA el que está en el gobierno. Y son alianzas que responden política, ideológica y socialmente.” *Ibidem*.

²⁰⁰ Tagliaferro, Ob. Cit., p. 204.

viento se avanza zigzagueando, manteniendo el rumbo. Gobernar es eso. Es una resultante, saber que se pueden hacer ciertas cosas de acuerdo a una cantidad de circunstancias. La fuerza política puede mandar, pero después quienes están en el gobierno tienen que gobernar, que es otra cosa.²⁰¹

¿Qué es gobernar entonces? ¿Dejarse llevar por “los vientos”? Domesticar el discurso y amansar tanto la práctica política como las expectativas para fundirse con el sentido común y éste transformarlo en apoyo electoral. Dentro de esta lógica, entonces es congruente que las expectativas a la hora de asumir el gobierno sean mínimas. “Teníamos esperanzas muy moderadas y limitadas. [...] Nunca habíamos sido administradores del Estado y hemos sido serios y efectivos. Nos tocó bailar con la más fea, y hay un resultado mucho más satisfactorio del que esperábamos.”²⁰² Así, frente a la adversidad estructural, no hay que esperar mucho de este gobierno progresista, sobre todo porque este primer periodo del FA se asume como un gobierno de transición.

“La desestructuración de los condicionamientos anteriores, forma parte de la transición, y, de alguna manera, limita el alcance de la modificación que se intenta producir.[...] Los voceros del MPP han hecho énfasis en que no hay que esperar grandes cosas de este lustro progresista: “estos cinco años van a dar a lo sumo para construir el diseño de políticas de largo aliento.”²⁰³

Y cuando las expectativas son mínimas, cualquier avance es grande.

La inmediatez del análisis y la necesidad de ver resultados, lleva tanto a los socialistas como a los tupamaros a evaluar positivamente sus gobiernos. Y en ese sentido evalúa el periodo de manera positiva.

“El FA ha ido sorteando la prueba con éxito, si entendemos lo que es esta etapa. Si alguien pensó que ganar las elecciones con el FA era instalar el socialismo en el Uruguay, y las próximas elecciones estábamos en la sociedad comunista...aquí esto no es así. [...] Es una etapa de acumulación distinta a la que teníamos antes del gobierno.”²⁰⁴

La autocomplacencia desde/para con esta nueva práctica política es, por un lado, una manera de sobrellevar la frustración de la derrota del proyecto revolucionario, como en el caso del MLN y de los ex MIR-actuales PS²⁰⁵. Por otro lado, es una actitud política cuando las expectativas son mínimas, porque a lo que se aspira es a llegar al gobierno, y dentro de esos límites, se van logrando ciertas cosas dentro del sistema capitalista. El “exitismo” del discurso es otro elemento más del pragmatismo. Lo mismo pasa con los ex-MIR-actual PS.

“Yo creo –dice Jorge Ortiz- que han sido importantes veinte años: hemos acotado brechas sociales importantes, Chile ha avanzado significativamente en términos estructurales, somos un país integrado a la comunidad mundial. Antes del '73 éramos un país autártico, y la dictadura abre el país al mundo. [...] Que

²⁰¹ *Ibid.*, p. 227.

²⁰² Homero Viera.

²⁰³ *Mazzeo, Ob. Cit.*, p. 88-89.

²⁰⁴ *Nora Castro.*

²⁰⁵ La reflexión en torno a cómo influyó el hecho de asumir la derrota de los proyectos revolucionarios en los procesos de moderación política es muy interesante y requiere de un análisis por sí mismo, aquí sólo lo dejo planteado. Agradezco una vez más a Aldo Marchesi por esta acotación.

hemos avanzado de lo que nos dejó la dictadura, mil, pero de lo que tenemos que avanzar ese es otro cuento. Eso sí se ha avanzado en salud, educación, no todo lo que queremos, pero se ha avanzado.²⁰⁶

Hay un énfasis en el método (el poder institucional) y no en el contenido político-ideológico (el proyecto), los medios pasaron a ocupar el lugar de los fines, la estrategia está fundamentada en el camino de ascensión política al gobierno y ya no se critica el capitalismo como sistema. El mismo énfasis encontramos en el discurso tupamaro. “Este gobierno avanzó bastante, dentro de lo que se puede avanzar en un sistema capitalista, cambiar las estructuras es muy difícil. [...] A nuestro juicio, la vía revolucionaria en este momento está pasando por acá.”²⁰⁷ La autocomplacencia implícita en la afirmación que “la vía revolucionaria en este momento está pasando por acá” (es decir por las vías institucionales), los pone en el lugar del reformismo y los lleva pues a decir que fueron derrotados militarmente, pero no políticamente:

“Yo llevo dos períodos como Diputado, primero por Montevideo y ahora por mi Departamento (Paysandú), con lo cual todo lo que nos habíamos planteado venía tomando efecto. El MLN hoy tiene todos los Ministros que tiene el MPP. El MLN tiene muy claro cuál es la etapa que estamos viviendo. El FA siempre fue policlasista, nunca tuvo como objetivo el socialismo, aunque es antiimperialista y anticapitalista. Pero hoy el MPP es la fuerza más grande dentro del FA, nosotros como MLN no fuimos derrotados políticamente, fuimos derrotados militarmente. Todos nuestros planteos estratégicos se van cumpliendo, y le ponemos freno a muchas cosas que dentro de la supervivencia del capitalismo es duro.”²⁰⁸

En esta cita, vemos claramente que el acento está puesto en cuántos escaños y votos se han logrado, ese es el triunfo político y, en esos términos, los objetivos del MLN, a través del MPP se han ido cumpliendo.

En estos discursos, el tema del poder está estrechamente ligado a los puestos institucionales y escaños parlamentarios que se obtienen. El poder se va asimilando a su forma institucional más que su contenido de proyecto de sociedad. Y esas son las reglas del juego cuando se asume pelear “desde adentro”: el Estado y la política centrada en él tienen sus dinámicas propias. “Las soluciones son siempre dos: o peleas desde adentro, o peleas desde afuera. Dadas las características de este país, nosotros entendimos que no existían las condiciones para seguir planteando una lucha abierta y frontal contra la estructura capitalista. [...] Y esa situación genera contradicciones permanentes.”²⁰⁹ Tanto es así que hoy, desde este punto de vista, se da una situación muy interesante en esta coyuntura de elecciones presidenciales 2009 en ambos países.

En el caso de Chile, Marco Enríquez-Ominami, como uno de los presidenciables, es uno de los personajes que más ha llamado la atención de los medios: es hijo biológico de Miguel Enríquez, el dirigente más importante del MIR (muerto en combate el 5 de octubre de 1974 en una casa de la Calle Santa Fe, Comuna de San Miguel, Santiago), e hijo de crianza de Carlos Ominami, uno de los referentes del PS chileno, quien fuera un

²⁰⁶ Jorge Ortiz.

²⁰⁷ Juan José Domínguez.

²⁰⁸ *Ibidem.*

²⁰⁹ Gonzalo de Toro.

importante dirigente mirista hasta fines de los años setenta²¹⁰. No me interesa hacer aquí proyecciones político-institucionales (esas dejémoselas a la ciencia política), sólo quisiera rescatar algunos elementos que aparecieron en las entrevistas. “No sabemos lo que va a pasar, en la candidatura de Marco Enríquez-Ominami, pero plantea una esperanza y ahí están llegando los miristas, se están juntando en torno a su campaña, yo por ejemplo ya me metí. La cultura mirista va con una.”²¹¹ El joven candidato presidencial ha invitado a los/as ex miristas a participar de su campaña y varios están trabajando activamente en ella, se ha abierto un espacio importante para varios/as ex miristas, quienes por un lado sienten un lazo afectivo para con él y, por otro, los unen afinidades políticas.

Así mismo, hoy en Uruguay el candidato del FA para las elecciones presidenciales es José Mujica, quien es uno de los dirigentes históricos más importantes del MLN, independientemente que haya renunciado “simbólicamente” al MLN para así ser el candidato de todo el FA. En palabras de Gonzalo de Toro, su programa político “apunta al desarrollo productivo, a la distribución de la riqueza, a que al capital se le impongan mayores cargas impositivas, y no al trabajo”²¹², con el fin de ir consolidando cada vez más la lucha contra la desigualdad. O en palabras del Diputado Esteban Pérez,

“Nuestro proyecto habla de una etapa de liberación nacional previa a una etapa del socialismo. Seguimos siendo consecuentes en ese sentido, estamos pensando por ejemplo en una limitación en la tenencia de la tierra. Estamos pensando en una contención en cuanto a la propiedad de la tierra en la frontera. Estamos pensando en un desarrollo de país productivo no en función pura y exclusivamente de capitales que vienen de afuera, sino utilizando el ahorro nacional, generando un respaldo y un apoyo a nuestra burguesía nacional que es débil, en el emprendimiento industrial, agroindustrial fundamentalmente. Impulsamos la injerencia sobre los medios de producción por parte del gobierno.”²¹³

Pero el problema de terminar con la desigualdad no pasa por quiénes sean los próximos presidentes (sobre todo en Chile, donde la Concertación ya lleva cuatro periodos de gobierno consecutivos y aquí estamos): el Estado es y seguirá siendo un aparato de la clase dominante, no es un ente ideológico neutro.

Históricamente, el Estado ha jugado el rol de defensor de los intereses de la clase dominante (entendida como una clase mundial). En este sentido y desde las perspectivas marxista y anarquista, más allá de sus inmensas diferencias, dentro de la lucha de clases el Estado es un aparato ideológico de la clase dominante. “Según Marx, el estado es un órgano de dominación de clase, un órgano de opresión de una clase por otra, es la creación del “orden” que legaliza y afianza esta opresión, amortiguando los choques entre las clases.”²¹⁴ La opresión sustenta la dominación, a su vez necesaria para garantizar el orden que resguarda la organización económico-social que se funda en la propiedad privada. Y este poder político dentro del desarrollo del sistema económico capitalista se

²¹⁰ Marcos Enríquez-Ominami, que se autodefine independiente de la Concertación, es una figura muy interesante políticamente, pero, a mí parecer, muy poco esperanzadora.

²¹¹ María Isabel Matamala.

²¹² Gonzalo de Toro.

²¹³ **Esteban Pérez.**

²¹⁴ Lenin, Vladimir Ilich, El Estado y la Revolución, Moscú: Editorial Progreso, 1966, p.7.

ejerce en función de los intereses económico-sociales propios de la clase capitalista: la acumulación sin fin de capital o “el afán absoluto de enriquecimiento”²¹⁵. Hoy día, esto sigue siendo cierto al margen de qué coalición tenga el gobierno, aunque en el discurso hayan matices hacia la crítica (siempre sutil) o el alabo del modelo. Por mucho que gobiernen tendencias progresistas, los intereses económicos que guían las decisiones políticas siguen estando en manos de los grandes grupos económicos mundiales.

Teniendo en cuenta este análisis, no es de extrañarnos que al asumir las reglas estatales de competencia política, el pragmatismo, el “realismo político” y la moderación se vuelvan los pilares sobre los que se construye la práctica y el discurso institucional. No sólo hay que acaparar la mayor cantidad posible de electores, sino que hay que complacer a la clase dominante. Actitud que en Chile ha sido clara durante toda la transición, en Uruguay ésta se matiza un poco más. A partir del análisis planteado en este segundo capítulo, en el tercer apartado analizaré qué elementos de la socialdemocracia europea han adquirido el FA y la Concertación en estos procesos de renovación.

²¹⁵ “El contenido objetivo de este proceso de circulación –la valorización del valor- es un fin subjetivo, y sólo actúa como capitalista, como capital personificado, dotado de conciencia y de voluntad, en la medida en que sus operaciones no tienen más motivo propulsor que la apropiación progresiva de la riqueza abstracta. El valor de uso no puede nunca considerarse como fin directo del capitalista, su fin es el dinero.” Marx, Carlos, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, v. 1, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1946, p. 109; Salazar, Gabriel, *Historia de la acumulación capitalista en Chile*, Santiago:LOM ediciones, 2003.

Capítulo III Influencia de la socialdemocracia

Tanto el FA como la Concertación son coaliciones progresistas, pluralistas en sus composiciones políticas, amplias en sus postulados ideológicos y moderadas en sus discursos. Si bien podemos identificar estos rasgos comunes, se vuelve difícil encasillarlas como tendencias y programas políticos. No “cabén” en ninguno de los moldes que históricamente conocemos hasta ahora. Los mismos conceptos de derecha y de izquierda, fundados en la historia política como sureña del siglo XX -donde ser de izquierda a grandes rasgos significa(ba) estar cerca de los/as obreros/as, los/as campesinos/as, los/as asalariados/as, las clases medias y los oprimidos en general, y ser de derecha era estar cerca de la oligarquía terrateniente y política, y de la burguesía industrial y comercial- hoy ya no nos sirven como categorías incuestionables para clasificar estas coaliciones. Ambas tienen fuertes componentes de centro (la DC en el caso de la Concertación, y el Encuentro Progresista en su alianza con el FA), pero el discurso y la práctica de la Concertación tienden a la derecha (políticas económicas acérrimamente neoliberales y prácticas de control y disciplinamiento social autoritarias), en cambio el discurso y la práctica del FA tienden hacia la izquierda, aunque moderadamente. A pesar de esta diferencia, ¿cómo podría caracterizar actualmente ambas coaliciones? ¿Qué elementos podemos identificar de las socialdemocracias europeas en ellas?

1. Breve historia de la socialdemocracia de Europa occidental

Como plantean Alain Bergounioux y Bernard Manin²¹⁶, “la socialdemocracia es un enigma”, y podría agregar que es un término polisémico, que para Europa se identifica con cierta historia y circunstancias políticas, para EEUU se identifica con otras, y para América Latina con otras. Por lo tanto, se vuelve imprescindible historizarla y contextualizarla. Y para el caso del Cono Sur, que es la región de interés para esta tesis, es necesario además caracterizar los elementos que han sido apropiados de las socialdemocracias europeas para comprender las originalidades regionales. Partamos pues por una breve historización de las socialdemocracias europeas occidentales. En sus orígenes, la socialdemocracia resultó ser una corriente muy novedosa y atractiva para ciertos sectores, porque “supo fundarse en la división más gruesa de la sociedad moderna, separando los propietarios de los medios de producción y los asalariados: [...] (y luego), los partidos obreros se transformaron en los partidos de los asalariados, conservando la lógica presente en sus orígenes, la articulación directa entre lo social y lo político.”²¹⁷ La originalidad de la

²¹⁶ Bergounioux, Alain y Bernard Manin, *Le régime social-démocrate*, Paris : Presses Universitaires de France, 1989. La traducción de las citas son mías.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 21.

socialdemocracia con respecto al socialismo marxista (que más tarde se transformaría en el comunismo), fue que, a principios de siglo XX, se planteó como un régimen específico de democracia que buscaba ligar lo político y lo social, cuando en las sociedades de Europa occidental las consecuencias del desarrollo industrial ya se manifestaban con fuerza hacia casi medio siglo. Primero quiso ser el vehículo de expresión de los intereses obreros, y luego el de los intereses de los/as asalariados/as, como categoría más amplia, cuando, después de la primera guerra mundial, el modo de producción se complejizó y se diversificó la mano de obra asalariada. Los partidos socialdemócratas lucharon por la expansión de los derechos políticos del proletariado y por la instalación de una legislación social. “La propuesta propia de la socialdemocracia era sustituir la apropiación colectiva de los medios de producción (postulado propio del socialismo marxista) por el keynesianismo, el desarrollo del Estado Providencia y la redistribución de los ingresos.”²¹⁸ Así, esta tendencia en el juego institucional representaba la intención de integrar a los procesos de decisión política y al progreso económico a las clases medias y pobres.

Otro elemento central para comprender el desarrollo histórico de la socialdemocracia europea es la Revolución rusa de 1917, cuando “los socialdemócratas se definieron a partir del rechazo de la revolución rusa y del sistema de gobierno en el cual desembocó. Pero el rechazo del leninismo y la dictadura significaba esencialmente, en la cultura socialdemócrata, el rechazo de la violencia. [...] El poder sólo podía y debía ser alcanzado pacíficamente, a través de las urnas.”²¹⁹ Durante los años veinte, este aspecto del discurso socialdemócrata influyó profundamente el giro que fue alejando a la socialdemocracia del socialismo marxista-leninista, y es cuando se reafirman sus rasgos particulares. En primer lugar su gradualismo, que postula como necesarias las etapas de construcción de una sociedad sin clases, en oposición al asalto violento del poder:

“Una creencia de origen marxista contribuyó mucho a la formación de lo que se conoció como el “*attentisme révolutionnaire*” de la socialdemocracia: se pensaba que el movimiento mismo de la economía daría un día la mayoría al proletariado. El socialismo era pues inevitable, se podía esperar con confianza su llegada. [...] Durante los años veinte, en el seno de los partidos socialdemócratas, se expande la idea que aunque se alcanzara la mayoría, no sería posible transformar fundamentalmente el orden socio-económico de un solo golpe, habría que proceder por etapas.”²²⁰

En segundo lugar, la necesidad de la coalición y, como consecuencia de ésta, la moderación en los postulados y reivindicaciones. Como régimen de la mayoría, la democracia, y por ende el partido dominante, tendría que integrar al adversario en el seno de su estrategia y programa políticos.

“Los socialdemócratas cesan de identificar la democracia con el simple reino de la mayoría. Admiten que el partido electoralmente más poderoso debe incorporar una voluntad otra que no es la suya. Es por esto que la socialdemocracia confiere un rol simbólico tan importante a la elección de la coalición. [...] Pero,

²¹⁸ Ibid., p. 183.

²¹⁹ Ibid., p. 33.

²²⁰ Ibid., p. 35.

eligiendo el principio de coalición, adoptan otra modalidad de limitación del poder: el equilibrio de las fuerzas y de los intereses.²²¹

Una fuerza política electoralmente dominante -por el sufragio universal- debía buscar un compromiso con sus adversarios, y esta visión de las relaciones con el adversario dominó y domina toda la política socialdemócrata²²². La amplitud de los intereses tiene por resultado la moderación, el acuerdo sólo puede fundarse en cláusulas muy incluyentes y los postulados políticos pierden pues profundidad ideológica. Se prioriza una unidad táctico-electoral como una necesidad estratégica, por sobre la consolidación de un proyecto político-social propio, novedoso y contundente. Así lo hemos visto tanto para la Concertación como para el FA, aunque con matices importantes entre ellos.

En términos económicos, el rasgo más característico de la socialdemocracia europea es que ella plantea la necesaria injerencia del Estado en el modelo económico. La intervención del Estado es necesaria en cuanto es el ente que protege los bienes sociales básicos: educación, vivienda, salud, y en cuanto árbitro entre trabajadores y empresarios. En este sentido, históricamente aunque con matices dependiendo de los países y las épocas, la socialdemocracia ha tendido a una organización corporativista de las relaciones económico-sociales de los distintos actores. Pero para esta tesis, el aspecto de la socialdemocracia que más interesa analizar son sus postulados socio-políticos, que ya hemos visto más arriba.

Ahora, una diferenciación importante -pero que sólo nombraré sin desarrollarla por no ser el tema central de esta tesis- es la que existe entre la socialdemocracia de Europa occidental y la de EEUU. Una de las grandes diferencias entre ambas es el carácter de los respectivos liberalismos: como fundamento del orden político, social y económico, la primera pone el acento en la relación entre los grupos de interés, la segunda enfatiza y resguarda la libertad del individuo. Según Manin,

“la socialdemocracia [europea] acepta entonces los principios fundadores del liberalismo: el bien común substancial no pudiendo ser conocido de antemano, ni ser el objeto de un acuerdo universal, [...] no podría ser impuesto por la autoridad política: los agentes sociales deben pues, dentro de lo posible, ser dejados libres de perseguir los fines concretos que se fijan ellos mismos. El bien común emerge como un producto de la interacción entre los agentes, quienes a su vez persiguen sus propios objetivos. En este sentido, la socialdemocracia participa del liberalismo moderno, constituyendo una versión particular: extiende a las asociaciones y a los grupos una libertad que el liberalismo original reservaba para los individuos. Ciertamente, la socialdemocracia conoció un proceso de americanización. Pero al mismo tiempo inventó una forma completamente diferente de democracia pluralista y liberal: el compromiso frontal entre voluntades e intereses colectivos claramente opuestos. Su evolución desde la segunda guerra mundial sólo puede ser comprendida como una conjunción de estos dos fenómenos.²²³

²²¹ *Ibid.*, p. 44-45.

²²² El tema de las alianzas no es una práctica particular de la socialdemocracia, así lo demuestra por ejemplo la política de los Frentes Populares por parte de los Partidos Comunistas, pero son coaliciones con otras características y tendencias, que no estudiaré aquí.

²²³ *Bergounioux, Alain y Bernard Manin, Ob. Cit.*, p. 55.

Esta diferenciación necesaria sólo reafirma la idea de que la socialdemocracia es una categoría compleja, que está permanentemente en tensión con la historia misma. Y que a la hora de utilizarla es imprescindible historizarla y contextualizarla. La Guerra Fría refuerza la idea de la democracia liberal, como bandera de lucha del bloque capitalista, liderado por EEUU. Así mismo, los años cincuenta y sesenta fueron el apogeo del doble compromiso que la socialdemocracia europea había realizado, “por una parte entre Estado y Mercado, y por otra entre Capital y Trabajo”²²⁴. Es esta socialdemocracia la que tuvo una fuerte influencia en amplios sectores de las tendencias progresistas latinoamericanas, principalmente desde los años ochenta.

2. Influencia de la socialdemocracia en el Frente Amplio y la Concertación

Después de plantear esta breve historización de la socialdemocracia europea, me parece que la manera más adecuada de plantear el análisis para Chile y Uruguay es diciendo que lo que podemos reconocer en las respectivas coaliciones gobernantes son ciertos elementos socialdemócratas, más que categorizarlas como socialdemocracias propiamente tal. No puede aplicarse la caracterización de la socialdemocracia europea de manera mecánica para los casos como sureños, dadas las diferencias esenciales que existen entre los procesos, los contextos y las tendencias políticas. Veamos en detalle estos matices, pero sobre todo las diferencias entre el FA y la Concertación.

La adopción de ciertos elementos socialdemócratas de parte de las coaliciones progresistas en Chile y Uruguay, se da fundamentalmente a través de los exilios impuestos por las dictaduras. Los procesos de renovación -de los que ya hemos hablado en el segundo capítulo- que este fenómeno impulsó, junto con las críticas hechas a las historias nacionales anteriores a los golpes militares, influenciaron fuertemente las tendencias progresistas. El exilio permitió el acercamiento con las corrientes socialdemócratas europeas, aunque no sólo con ellas, pero son dichas tendencias las que más influenciaron el progresismo regional, principalmente el eurocomunismo. Y estos acercamientos marcaron la historia de las centro-izquierdas en las respectivas transiciones. Sobre todo en el plano político-partidista: coaliciones abiertas con discursos muy amplios²²⁵.

Así, y como hemos visto en el segundo capítulo, uno de los referentes políticos más importantes del PS chileno durante los últimos años ochenta fue el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Cuando en 1979 Felipe González asumió el liderazgo de dicho partido, en palabras de García Santesmases, la corriente liderada por aquel dentro del PSOE, a partir de ese momento se caracterizó por

“una valoración triunfal de la transición política española; una crítica despiadada de todo marxismo; una reivindicación del socialismo democrático, entendiendo por tal concepto una forma de socialdemocracia liberal; [...] un apoyo inquebrantable a la Administración norteamericana; y un elogio a la capacidad

²²⁴ Ibid., p. 69.

²²⁵ En el plano económico el análisis es diferente, pero aquí enfatizaré el plano político-social.

de modernización, actualización y desideologización de los dirigentes socialistas españoles.²²⁶

Para el análisis aquí planteado retomaré tres de estas ideas: la crítica al marxismo, la reivindicación del socialismo democrático como una forma de socialdemocracia liberal y la desideologización que, como veremos, hacen parte de un mismo giro ideológico. Me parece que en ese proceso está el elemento central para comprender los aspectos socialdemócratas en el plano político-partidista adquiridos en esta región. Este giro ideológico a nivel mundial no puede entenderse sin tomar en cuenta los grandes ejes de la Perestroika, fundamentalmente la renuncia a la corriente más radical del marxismo y la consiguiente revalorización de la democracia como régimen, entendida en términos liberales. Así, la desideologización tiene que ver con la extensión de la ideología neoliberal por un lado, la que ya hemos analizado en el segundo capítulo, y como una de sus consecuencias, con la extensión de la “desmarxización” de la izquierda a nivel mundial después de 1989, por el otro. Con respecto al primer elemento, “avanzada la década de los noventa, [...] los discursos políticos sustituirán a las ideologías como rasgo del Uruguay pospolítico, y en todo el mundo occidental.”²²⁷ Y esta extensión de una política tecnocrático y electoralista es válida para todo el espectro político partidista, ya sean oficialistas o de oposición, ya sean tendencias de derecha o de izquierda. Esta sustitución del contenido por la forma (la tecnocratización de la política institucional), va acompañada de la instalación de una aparente imposibilidad de transformar la realidad, y de la consolidación de un discurso apoyado en un manoseado “realismo político” y en un extendido pragmatismo. “En ese pasaje que va desde las ideologías al discurso político y de éste al sentido común, nada parece existir fuera del sistema dominante, tampoco grandes deseos de cambiarlo.”²²⁸

El segundo elemento de esta desideologización es el abandono del marxismo por parte de los que fueron marxistas en los sesenta. Dice García Santesmases para el caso del PSOE:

“abandonar el marxismo era un modo discreto de comenzar a tirar por la borda el socialismo. Renunciar a las señas de identidad ideológica era una manera sutil de renunciar también a transformar la sociedad en profundidad. [...] Conforme va avanzando la polémica, el marxismo va siendo reducido, por F. González, a mera religión, a exégesis de textos sagrados, a verdad revelada. Refleja el marxismo una falta de frescura intelectual, de creatividad e imaginación. El marxismo [...] aleja de la realidad política concreta, de la necesidad de tomar decisiones. ‘La concreción política siempre supone una disminución de los planteamientos’.²²⁹

Criticando esta tendencia al interior del PSOE, dice el mismo autor: “con esta devaluación de la propia tradición se deja todo el campo libre para que otros abonen la tesis de que la única elección posible es entre marxismo-leninismo y democracia liberal.”²³⁰ El marxismo quedaba reducido al campo de las ideologías autoritarias, opuestas a la democracia, entendida en términos liberales y amplios, concepto defendido por el bloque capitalista durante la

²²⁶ García, Ob. Cit., p. 15.

²²⁷ Rico, Ob. Cit., p. 78.

²²⁸ Ibid., p.107.

²²⁹ Pedro Altares, “Entrevista a Felipe González”, Diario 16 (16 de agosto de 1979), en: García, Ob. Cit., p. 73.

²³⁰ Ibid., p. 16.

Guerra Fría en un contexto político marcado por el fin de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS) y el giro político del PCUS.

En concordancia con este proceso, otro de los aspectos socialdemócratas del progresismo en el Cono Sur es justamente la aceptación del sistema capitalista como el sistema posible, que es el aspecto fundamental de la renuncia al marxismo. Y en este contexto actual, donde la idea de un sistema único es hegemónica, pareciera ser, sólo aparentemente, que a estos gobiernos no les queda otra alternativa que ser administradores de “algo ajeno”. Y así también lo plantean los tupamaros.

“El Ñato (Fernández-Huidobro) estima que Uruguay tiene que ofrecer a los inversores, para atraerlos, ‘seriedad en el gobierno, reglas de juego claras, y las riquezas que tiene como país. [...] Acá puede ser tentador invertir en puertos, en el agro, en lechería, en engorde de ganado, en forestación. Pero que vengan a eso, y con contrapartida: que digan cuántas fuentes de trabajo van a generar, qué capitales van a radicar’.”²³¹

Esto es humanizar el capitalismo, lo que es una paradoja en sí mismo porque la explotación del ser humano por el ser humano no es humanizable. Este esfuerzo se funda en una aceptación de las reglas del juego económico del sistema capitalista. Ahora, la gran diferencia entre Chile y Uruguay es que en el primero ningún bien social es completamente estatal, y si lo es, es de la peor calidad (educación, viviendas, salud). En Uruguay en cambio, el Estado sigue teniendo un rol central, ya que ni la dictadura ni los gobiernos posteriores lograron implementar el modelo económico neoliberal de la manera que lo hicieron la dictadura y la Concertación en Chile. Por lo que podría aventurarme a decir que en ese país, dado que el Estado tiene una injerencia mucho mayor que en Chile, en términos económicos su administración actual en base a un Estado fuerte se asemeja más al modelo mixto de la socialdemocracia europea. En Chile, en concordancia con lo arraigado que está el modelo económico neoliberal en el de Estados Unidos, el rol del Estado es mínimo y juega un papel subsidiario: interviene ahí donde los privados no quieren invertir por no ser negocios rentables. En Chile,

“a nivel de la política económica (fijación de salarios, precios, etc.) las prácticas socialdemócratas de concertación social no han sido aplicadas en el caso de Chile. Lo que predomina en este campo, es una aceptación creciente del modelo de economía de mercado sobre los modelos de concertación socioeconómica. La opción por la economía de mercado se transforma así en una especie de principio metapolítico, que pone los límites externos a un ejercicio consociativo o concertado de las políticas sectoriales.”²³²

Hecha esta importante salvedad y siguiendo con la reflexión más arriba planteada, al aceptarse el capitalismo en su etapa neoliberal como sistema económico, automáticamente se renuncia al socialismo, porque el objetivo de éste último es que no exista más injusticia, ni más explotación, ni más opresión. Capitalismo y socialismo son incompatibles. Dentro de la concepción renovada, el socialismo queda en el plano de las ideas como una utopía y no como un proyecto político posible y realizable día a día.

“El socialismo es la utopía, sigue siéndolo, pero el día de mañana impone otros desafíos en el mundo real, no en el de los sueños. “Yo me planteo ganar las

²³¹ Entrevista a Fernández-Huidobro, Tagliaferro, Ob. Cit., p. 202.

²³² Ruiz, “Concepciones de la democracia en la transición chilena”, Ob. Cit., p. 176.

elecciones para llevar adelante un programa que lo aprobó la gente. Yo soy socialista, mi organización también lo es. Pero plantearse el socialismo hoy es como si durante una huelga en una fábrica por un diez por ciento de aumento, alguien propusiera reivindicar que la fábrica pasara a manos de los obreros. Vos le tenés que decir: “estás loco”. Hay que analizar la historia, el momento en que vivimos, el momento que vive el mundo, el continente, la región, y decir: “hay una posibilidad de ganar un gobierno con esta fuerza que se llama Frente Amplio- Encuentro Progresista- Nueva Mayoría, donde habemos socialistas y otra gente que no lo es. ¿Para hacer qué? Para hacer este programa, ni más ni menos, en cinco años. Creo que está bien, porque hoy por hoy es lo que se puede y se debe hacer.”²³³

Entonces, ¿el socialismo está condenado a ser cosa de “locos” o a ser una mera declaración de principios? Quizás sí cuando se plantea que “hay una frase formidable: ‘el marxismo-leninismo es el camino más largo al capitalismo’. Y la historia le dio la razón. Los que antes eran burócratas del PCUS, hoy son gerentes de las fábricas multinacionales –Volkswagen, Mercedes Benz–, no tienen ningún trauma.”²³⁴ Pero homologar socialismo con el régimen soviético estalinista es simplificar el problema del socialismo y desecharlo de plano. Este progresismo pues no busca transformar la sociedad, sino que acepta ciertos elementos estructurales que asumen como condicionantes insuperables. Para los ex miristas-actuales socialistas el socialismo también dejó de ser un horizonte utópico de transformación social para convertirse en algo más pragmático, algo más parecido a un modelo socialdemócrata. En palabras de Jorge Ortiz. “Si a mí me preguntan por el socialismo a esta altura de la vida, yo estaría pensando en un modelo más socialdemócrata, como el sueco por ejemplo. [...] Yo creo que un país de mayor justicia social es una tarea pendiente. Yo creo que el socialismo es mayor justicia social.”²³⁵ Pero esta declaración de “justicia social” queda en un plano discursivo, ni siquiera existe la voluntad política de integrar los movimientos sociales a los procesos de decisión política.

En este giro político –del cual ya hemos analizado su manifestación práctica en el segundo capítulo–, la utilización y resignificación del lenguaje es el eje central en la construcción de cierta coherencia ideológica actual en las trayectorias políticas. Es uno de los terrenos donde se manifiestan de manera más clara “las luchas por las memorias”²³⁶. Es en este sentido que, para Álvaro Rico, la reapropiación de ciertos conceptos y la neutralización de otros es fundamental en la estrategia política por relegitimar la práctica política institucional, y particularmente gubernamental. Y así como el concepto de “socialismo” va quedando en el plano discursivo, también

“Los conceptos “imperialismo” y “oligarquía”, que la izquierda ha tratado de desterrar de su lenguaje como parte de la “prehistoria”, siguen siendo manejados por el MLN, aunque con otra dimensión. “Los contenidos cambian porque cambian las figuras. [...] Obviamente que cambia, cambia el concepto pueblo, el concepto liberación nacional. [...] En la década del sesenta significaba la ruptura total y, de ser posible, violenta, con los lazos de la dependencia y

²³³ Entrevista a Fernández-Huidobro, Tagliaferro, Ob. Cit., p. 230.

²³⁴ Ibid., p. 228-230.

²³⁵ Jorge Ortiz.

²³⁶ Jelin, Elizabeth, Ob. Cit. 2002.

el “sometimiento” al imperialismo. Era la nacionalización de la banca, y de las grandes compañías en manos de capitales extranjeros. En los ochenta era el no pago de la deuda externa. Para el Ñato, “liberación nacional” significa hoy ‘muchísimas cosas que están en el programa del FA, yo no creo que signifique otra cosa. Que nadie se haga la película, no significa otra cosa. Significa la inserción internacional correcta, por lo tanto la integración con los pueblos hermanos, en contra de la integración que propone Jorge Batlle con los EEUU a través del ALCA. [...] Implica avanzar decididamente como está avanzando Kirschner y como está avanzando Lula. Es bien concreto. Eso hay que hacérselo comprender a la gente, ahí tenemos una alternativa de liberación, de poder ser un espacio con personalidad propia en el mundo. Si no lo hacemos –cosa que puede suceder- seguiremos siendo una triste y paupérrima colonia de cualquiera.’²³⁷

Es decir, la bandera de lucha del MLN, que sigue siendo la “liberación nacional y socialismo”, se transmutan en ideas pragmáticas que reflejan la eficiencia y eficacia para avanzar a través de reformas, pero siempre dentro del capitalismo. Ya no tienen que ver con un desarrollo nacional soberano fundado en un sistema socialista de redistribución de la riqueza. Las palabras son las mismas, pero los contenidos son radicalmente diferentes.

Otro aspecto que podemos rescatar de la socialdemocracia europea son algunas de sus características en tanto “forma de gobierno”, más que como modelo político, social y económico. En palabras de Bergounioux y Manin:

“La socialdemocracia tiene una forma original de la democracia pluralista y liberal: el frente a frente de fuerzas profundamente unificadas cada una de su lado, pero aceptando la voluntad y los intereses del adversario. La socialdemocracia [de Europa occidental] combina, según una modalidad particular, democracia, pluralismo y liberalismo. [...] La socialdemocracia aparece entonces no como una política, sino como una forma de gobierno.”²³⁸

Y este énfasis en la forma de gobierno, que combina la defensa ideológica de la democracia como régimen, un acento político en el pluralismo y una construcción liberal del orden económico, es claro en nuestra región. La socialdemocracia se constituye intrínsecamente por ese pragmatismo estratégico, que las lleva al gobierno y luego, una vez en el gobierno, permite, dadas su moderación política y amplitud ideológica, justificar tipos de gobiernos reformistas que no pretenden generar transformaciones radicales.

Dentro de esta lógica de la resignificación del lenguaje, la caracterización de la democracia y los aspectos que de ella se enfatizan, también han ido cambiando. Dice Carlos Ruiz analizando el caso chileno:

“al estudiar las concepciones de la democracia predominantes en el período de transición, no se puede dejar de subrayar el sentido y la medida en que la lucha política es también un conflicto, que se desarrolla en torno al significado de ciertas palabras y a la capacidad de producir consenso sobre la interpretación de estas palabras. Es claro que la palabra y el concepto de “democracia” son objeto de este tipo de procesos. Esto se hace evidente, por ejemplo, en los adjetivos que se proponen para calificarla, como si se intentara fijar así un

²³⁷ Tagliaferro, Ob. Cit., p. 199.

²³⁸ Bergounioux, Alain y Bernard Manin, Ob. Cit., p. 185. Las cursivas son de los autores.

contenido que tiene un claro poder normativo, pero que evoca también una cierta incertidumbre.²³⁹

Así, “las batallas de las memorias” también son luchas ideológicas que se manifiestan en el uso del lenguaje, en particular en los contenidos o adjetivos con que se califica el concepto de democracia. Así y como hemos visto en el capítulo anterior, el mismo autor plantea para el caso de Chile que la democracia postdictatorial adquirió un carácter consociativo o concertacional fundado en las teorías elitistas de la democracia. En el caso de los/as tupamaros/as, la democracia se entiende como un paso necesario para el socialismo –el que ellos/as defienden actualmente–, y más aún como parte esencial de éste.

“Para nosotros la democracia es una cuestión estratégica, entendiendo por democracia la participación real de la gente en la toma de decisiones sobre su propio destino, [...] no se puede ir al socialismo si no se hace eso. [...] La Constitución consagra derechos a los ciudadanos, pero en la práctica las instituciones protegen a algunos y otros quedan a la intemperie. [...] Ahí sí que se derrumban las instituciones, es todo una farsa. Entonces vamos a tener que dar una batalla para que la democracia se rehaga. [...] No concibo el socialismo como sociedad futura sin democracia.”²⁴⁰

Pero como no ha habido transformaciones estructurales, las instituciones siguen siendo una farsa, y como esta concepción de democracia sacrifica una estrategia más radical contra la injusticia, el régimen formal pasa a tomar un lugar central entre los objetivos, el medio se transmuta en fin y la participación social queda relegada a un segundo plano con respecto a la lucha política institucional. En Chile, y como hemos visto en el caso particular del PS, es aún más evidente la marginación de los movimientos y organizaciones sociales de los procesos de decisión política. Así, la democracia que se defiende permanece en un nivel institucional.

En los años sesenta, “esa democracia formal, ideológicamente, se denostaba por encubridora de la injusticia social y la dominación de clase.”²⁴¹ Tanto el MIR como el MLN, en concordancia con el rechazo que tenían por la vía electoral, criticaban fuertemente la “democracia burguesa”. Hoy, a pesar que la coyuntura política es otra, las condiciones estructurales no han cambiado en lo sustancial, pero la democracia liberal y marcadamente institucional es defendida como un régimen “bueno” en sí mismo, aunque las condiciones de vida del pueblo dirigidas por las políticas económicas y sociales neoliberales, han empeorado. ¿Cómo se explica ese giro ideológico? “La experiencia autoritaria vivida entre 1973 y 1984 condujo a la revalorización de la “democracia formal” antes tan denostada por “burguesa” [...]. En 1984, puede decirse que la preocupación democrática comienza a trastocar uno de los componentes de la ideología política de la izquierda,”²⁴² sobre todo después de la Perestroika y el fin de la URSS. Es más, los mismos documentos del FA hablan de una necesaria “flexibilidad táctica”²⁴³ para construir un tejido social que

²³⁹ Ruiz, “Concepciones de la democracia en la transición chilena”, *Ob. Cit.*, p. 161.

²⁴⁰ Entrevista a Fernández-Huidobro, en Tagliaferro, *Ob. Cit.*, p. 228-230.

²⁴¹ Garcé, Adolfo y Mario Yaffé, *Ob. Cit.*, p. 26.

²⁴² *Ibid.*, p. 32.

²⁴³ “Se dijo en el 2001 y se reafirmó en el 2004, que para cambiar “la correlación de fuerzas entre la oligarquía y el pueblo” había que desarrollar “un tejido social que presione a lo institucional y que actúe con independencia, que desarrolle embriones de poder popular. Los elementos a desarrollar y que son componentes esenciales de la estrategia son cuatro: “la construcción de

presione con fuerza y autonomía a lo institucional, y que sea capaz de revertir la correlación de fuerzas entre el pueblo y la oligarquía, objetivo que ha ido quedando en el olvido gubernamental, porque se ha priorizado la gestión de las instituciones, desatendiendo la construcción social de esta corriente popular que presione desde abajo.

Es importante decir aquí que dentro de los gobiernos de la Concertación, el de Michelle Bachelet (PS) es más progresista que los anteriores, en términos de la mayor focalización social que ha implementado. Pero no es un gobierno socialista, al contrario no deja de asimilar socialismo con socialdemocracia. “El gobierno de la Michelle le dio un acento al tema de la Red de Protección Social, y eso es súper importante. Pero para mí lo más importante es que llegó una mujer al gobierno”²⁴⁴, éstos aspectos serían los sellos propios del gobierno actual dentro del proceso de transición en Chile, en el que efectivamente ha habido una preocupación mayor por ciertas políticas sociales y por el tema de género. Otra de las particularidades del gobierno de Bachelet con respecto a los otros gobiernos de la Concertación es su mayor cercanía con la ciudadanía. “Ella no es la candidata del *establishment* del PS, pero sí se impone por lo que sucedió entre ella y la ciudadanía. Y esa señal nosotros nos supimos leerla adecuadamente, porque nosotros vivimos muy alejados del mundo social.”²⁴⁵ Aunque no por ello es un gobierno que incluya la participación social, lejos de eso. Y es que hay un *modus operandi* que no depende de la voluntad o buenas intenciones de una persona: es un sistema político que se pactó desde arriba y que se ejerce desde las cúpulas.

De todas maneras, de los gobiernos de la Concertación es el que está más cerca del gobierno frente amplista actual. A pesar de lo cual, los tupamaros reivindican su historia para desmarcarse de la tendencia hacia la derecha que tiene la Concertación.

“Tengo la impresión que el socialismo de Bachelet no es el mismo que el nuestro, tiene el mismo nombre pero no es el mismo, que la puntería estratégica es distinta. Creo que es un buen administrador del sistema, no que vaya a quebrar el sistema. [...] Los bastiones revolucionarios que puedan haber dentro son mucho más débiles que en el FA. El FA tiene más chance de pegar un salto a la izquierda que la Concertación.”²⁴⁶

En palabras del diputado Juan José Domínguez, pero que es lo que expresaron varios, “yo creo que es el FA es mucho más a la izquierda, totalmente.” Efectivamente, el FA está más a la izquierda que la Concertación, dentro de la tendencia progresista actual en América Latina.

La gran contradicción político-ideológica del gobierno de Bachelet es que efectivamente ha tendido a un gasto social focalizado más grande que los gobiernos anteriores de la Concertación, pero ha sido uno de los gobiernos donde la represión al pueblo-nación mapuche, en alianza con las transnacionales dueñas de las forestales instaladas en el Sur de Chile, ha sido de las más duras, a pesar que el Manifiesto político

la organización política de masas”, “la construcción de los organismos del poder popular”, “el fortalecimiento del FA como alianza antioligárquica y antiimperialista”, y la “toma de posiciones en el plano institucional, generando mecanismos que controlen y minen el gran capital, generando espacios de poder. [...] La articulación de todos estos factores se tiene que realizar con una gran flexibilidad táctica.” Mazzeo, Ob. Cit., p.77.

²⁴⁴ Ibid.

²⁴⁵ Jorge Ortiz.

²⁴⁶ **Esteban Pérez.**

del PS del año 2006 diga que “en Chile no hay persecución política.”²⁴⁷ En los últimos años el Estado chileno ha ido militarizando cada vez más (puntos fijos de control en los caminos, violentos allanamientos permanentes, presos políticos mapuches procesados con la Ley Antiterrorista impuesta en dictadura, etc.) las comunas más conflictivas de la novena Región de la Araucanía en el Sur de Chile, zona donde se concentra el llamado “Conflicto Mapuche”, y donde ciertos grupos y comunidades han radicalizado su acción para recuperar sus territorios, ser reconocidos como Nación y por su derecho a la autodeterminación (siendo el referente de éstos la Coordinadora Arauco-Malleco, y durante los últimos meses la nueva Alianza Territorial Mapuche que acaba de fundarse en el mes de agosto de este año). Esta militarización en los últimos años ha cobrado tres muertos mapuches en democracia, de los cuales dos fueron asesinados entre el 2008 y el 2009 (el estudiante de agronomía Matías Catrileo en enero del 2008 y el comunero Jaime Mendoza Collío en agosto del 2009, además de Alex Lemun en noviembre del 2002).

En el otro extremo de este autoritarismo al interior de Chile, una de las grandes preocupaciones de los gobiernos de la Concertación ha sido posicionar a Chile a nivel internacional y regional, imagen exterior en la que mucho ha invertido. “En el concierto internacional, como todos están metidos en el neoliberalismo, Chile representa un gobierno mesurado, democrático y más abierto que los otros, tiene un nivel de liderazgo y un reconocimiento, aunque eso no signifique necesariamente que es un gobierno que está cambiando las estructuras ni nada.”²⁴⁸ Por lo mismo, apesar de la crítica, por ser más pragmática y menos social que el FA, la Concertación no deja de ser un referente para ese bloque político: rescatan algunas cosas, otras las critican. “Me da la impresión que Chile ha encontrado una salida pragmática, una salida que como corriente socialista dominante en la alianza, no es totalmente genuina. Pero logra orientar una alianza a largo plazo con las políticas del capital, y con inteligencia, porque el Estado puede manejar el sentido y el fin de la inversión.”²⁴⁹ Algunos ejes estratégicos de la Concertación, el FA los trata de llevar a la práctica en su país.

En este sentido, una última comparación interesante es que los militantes del MLN siguen teniendo un discurso más radical que los ex miristas-actuales PS dentro de sus respectivas coaliciones, y esto está directamente relacionado con lo que veíamos en el segundo capítulo con respecto al hecho que el MLN había mantenido su identidad más marcada dentro del FA que los ex MIR-actuales PS dentro del PS, quienes se habían fusionado con el *modus operandi* de la Concertación. Aunque el FA también está administrando el sistema que hay y para los MLN esto genera una contradicción: ellos siguen autodefiniéndose como revolucionarios, por lo que la gestión estatal conlleva contradicciones, que se asumen como tácticamente necesarias. Pero para los ex MIR-actuales PS, la contradicción ya no existe, porque ya no se definen como revolucionarios. La adopción de la ideología neoliberal por parte del PS desde fines de los años ochenta, va acompañada de una resignación y una desideologización que tiñen su discurso renovado. Aunque hoy el PS declare que “la lucha contra la desigualdad ha sido el norte de las políticas sociales de la Concertación. [...] Lucha que no es fácil, que avanza, pero también retrocede, debido al carácter concentrador de la economía, que en su dinámica propia, produce y

²⁴⁷ Consejo General Partido Socialista, Ob. Cit., p. 16. El análisis del llamado Conflicto Mapuche requiere de un trabajo mucho más profundo que se aleja del tema de esta tesis, aquí sólo lo menciono.

²⁴⁸ María Isabel Matamala.

²⁴⁹ Homero Viera.

reproduce desigualdades,²⁵⁰ la derrota de la propuesta revolucionaria por parte de los ex MIR-actuales PS fue asumida hace años.

En el caso de los tupamaros esto sigue siendo conflictivo, sobre todo porque se definen revolucionarios, pero saben que las condiciones al interior del Frente Amplio y desde el Estado son complejas para esa práctica.

“Como MLN no le tenemos demasiado miedo a lo que pueden ser las contradicciones, en las contradicciones está la riqueza. Sin duda manejar esto, y saber el corsé en el que nos movemos hace que tengamos que negociar con grandes capitalistas. [...] Todo esto hace que no intentemos aspirar a las grandes cosas y que tengamos que sumergirnos en esta gestión. [...] Los compañeros del FA se metieron en una máquina que habían manejado los partidos tradicionales durante décadas, y costó muchísimo, y sigue costando.”²⁵¹

Se prioriza la gestión de la máquina estatal por sobre su transformación, por mucho que ésta aparezca en el discurso como un objetivo. Los tupamaros tienen bien claro que “para dominar el aparato del Estado, en el que la izquierda es visitante, hay que conocerlo.”²⁵² Se asume que “conocer el Estado” lleva tiempo y tiene su propio ritmo, y esto se justifica oponiendo la situación actual del FA a los gobiernos de derecha, que en Uruguay gobernaron por aproximadamente 170 años, lo que no es un dato menor, pero tampoco una justificación suficiente a la gestión que ha tenido el FA. “La derecha tiene mucha más experiencia que nosotros en lo que es la estructura del poder, la izquierda está recién aprendiendo lo que es el poder. Creíamos que el poder era algo fácil de acceder, y es mucho más complejo que sacar un decreto que diga “tomo el poder”.²⁵³ Más aún,

“muchos de los que estamos en el gobierno tenemos una filosofía socialista y estamos tratando de administrar una sociedad capitalista. Y Chile nos da la solución de una alianza estratégica entre el gobierno y el capital. Hay una contradicción: tengo que administrar esto desde el gobierno por la responsabilidad que tengo, pero yo no quiero esto.”²⁵⁴

Pero, como hemos visto más arriba, el socialismo se ha quedado en el discurso nostálgico y el capitalismo como el modelo que hay. Las contradicciones tienen que ver con lo perverso que son las reglas del juego institucional. Así, lo reconoce Gonzalo de Toro: “ese juego de la correlación de fuerzas y las alianzas es muy perverso, del punto de vista político, revolucionario y capitalista.”²⁵⁵ Y sobre todo,

“más allá de que hemos tocado muchas cosas, estamos muy lejos de tocar el sistema. [...] Al asumir el gobierno, la izquierda no cambia el sistema por otro, lo que hace es administrar el Estado y el poder del capital. Y va avanzando en la

²⁵⁰ Consejo General Partido Socialista, Ob. Cit., p. 6.

²⁵¹ **Julio Batistoni.**

²⁵² Tagliaferro, Ob. Cit., p. 226.

²⁵³ Gonzalo de Toro.

²⁵⁴ **Esteban Pérez.**

²⁵⁵ Gonzalo de Toro.

medida que tiene la capacidad de ir desplazando de estas funciones el dominio burgués.²⁵⁶

Lo que hasta ahora no se ha hecho. Esta lucidez política es explicitada por la minoría dentro del MLN. Asumir el gobierno como objetivo principal, conlleva necesariamente a estrategias perversas. En este sentido, los tupamaros entienden este período como uno más y la estructura institucional-estatal como un frente más dentro del proceso de acumulación de fuerzas, el paso táctico entonces va tomando un cariz estratégico. Y es a través de este planteamiento estratégico que se busca superar la contradicción antes mencionada. Efectivamente, no se puede pretender cambiar el funcionamiento del Estado de una día para el otro, pero el Estado es lo que ha sido durante siglos y lo seguirá siendo, el aparato de la clase dominante (aunque por supuesto no es lo mismo una dictadura que un gobierno como el de la UP), y eso, históricamente, ha cambiado pocas veces y si ha cambiado ha sido por algunas décadas solamente (como por ejemplo bajo el periodo del Estado de Bienestar en Chile).

La fuerza y veracidad histórica de esta idea, se manifiesta de forma patente en la actitud que adoptan la mayoría de los partidos y las coaliciones una vez en el gobierno: las pretensiones de transformación social se matizan inevitablemente o desaparecen frente a lo imperioso que resulta administrar el Estado y los intereses que están detrás, y así se asume. Incluso hay que sacrificar los ideales y lo que se anhela por la gestión gubernamental. Pero esto, como veremos más adelante, se contradice con lo que los mismos tupamaros plantean: esto lo administran bloques progresistas hasta cuando la clase dominante quiera. En el documento “Del MLN al Congreso del MPP”, el reformismo es descrito *grosso modo* como “esa corriente de pensamiento que, cuestionando el sistema capitalista propone como camino para llegar al socialismo (o [...] a una sociedad diferente) por la vía de sucesivas reformas y la acumulación de cambios parciales.”²⁵⁷ Lo que antes criticaban ahora justifica su estrategia política. Tanto el reformismo como el progresismo aquí citados, se caracterizan por una aceptación del capitalismo. En palabras de Gonzalo de Toro, quien tiene un discurso bastante crítico dentro del MLN,

“forma parte de la estrategia acceder al gobierno para conocerlo por dentro, y estamos sometidos a todos los problemas que significa gobernar. Pero también estamos de acuerdo en que esto nos posibilita ver algunas cuestiones fundamentales, que desde el gobierno se les puede dar otra visión: como un entorno capitalista, o un entorno progresista dentro de lo que podría ser un modelo de socialdemocracia.²⁵⁸

Hay que aspirar a objetivos “más realistas” y concretos, “nuestro objetivo estratégico hace diez o quince años fue lograr el gobierno nacional, quisimos ponernos un objetivo estratégico que no tomara dos siglos lograrlo.”²⁵⁹ Hay que pensar en lo inmediato, en el corto plazo, en lo posible.

Para finalizar, hemos visto cómo algunos elementos de la socialdemocracia europea han sido reapropiados por las coaliciones chilena y uruguaya, en particular el proceso de desideologización, de “desmarxización” de los grupos que fueron más radicales, y cómo un antiguo socialismo-marxista ha sido reemplazado por una moderada tendencia

²⁵⁶ *Ibidem.*

²⁵⁷ MLN, “Del MLN al Congreso del MPP”, en Tagliaferro, Ob. Cit., p. 194-195.

²⁵⁸ *Julio Batistoni.*

²⁵⁹ Homero Viera.

socialdemócrata en el plano político-institucional, con los matices respectivos entre una y otra. Así, podríamos decir que el modelo chileno se acerca más al modelo liberal de EEUU, con un Estado reducido al mínimo, y el modelo uruguayo podría tener más similitudes con los modelos europeos mixtos de socialdemocracia, con sus Estados fuertes, en tanto intervienen más en las políticas sociales. Así se va dibujando para nuestra región un concepto de socialdemocracia amplio y heterogéneo, con características políticas, ideológicas e históricas particulares.

Reflexiones finales. Reinvenciones del fuego

Resignificar la lucha revolucionaria desde los intereses políticos actuales

Desde el presente y buscando mostrar cierta coherencia en el relato de su historia política, las personas entrevistadas reinventan sus propios hitos y leyendas. Se cambia el énfasis y se acomoda la historia para que la práctica actual calce como un elemento consecuente dentro de la continuidad de esa trayectoria reinventada: esa historia se reinterpreta en base a ciertos matices. Así, la construcción narrativa del relato busca moldear un sujeto -colectivo o no- unificado en el tiempo. La búsqueda por darle un sentido a las experiencias pasadas en función del presente se vuelve central para comprender esos relatos: cómo los intereses políticos y los cargos gubernamentales actuales influyen las interpretaciones sobre la lucha revolucionaria pasada. En otras palabras, cómo el proceso de “desmarxización” y de desideologización recién analizado, y la consiguiente moderación del discurso político en base al giro hacia la socialdemocracia y en pos de la intención electoralista actual, lleva a suavizar la historia revolucionaria. Para esto, en los tres capítulos de la tesis, he realizado un doble ejercicio de contextualización: el contexto individual de re-significación (como identidad), y el contexto social de significación de esas memorias (como escucha), indisociables entre sí. La reconstrucción que es la memoria -ese proceso ondulante, conflictivo, lleno de sinuosidades y meandros- paradójicamente (o podría decir dialécticamente) constituye e interroga *la* identidad, la tensiona. La búsqueda de este sentido o, más precisamente, la unidad experiencial y temporal que permite construir la narración, se proyecta en la “ilusión de un sujeto unificado en el tiempo”²⁶⁰. Veamos pues cómo esta ilusión se construye particularmente en función de la experiencia revolucionaria pasada.

Una primera reinvención es la reinterpretación de la relación MLN-FA y MIR-UP de principios de los años setenta. Los tupamaros tienen una preocupación especial por reconstruir esa historia con otros énfasis, porque tanto el MLN como el FA siguen coexistiendo, aunque en base a otros intereses políticos. “El arma en el Uruguay-nos dice Homero Viera- hay que usarla de guantes blancos. Cuando apareció el FA nosotros hicimos una tregua y dijimos; ‘nuestras armas van estar custodiando que haya paz en las urnas’.”²⁶¹ En ese momento y como hemos analizado en el primer capítulo, a pesar que el MLN sí planteó una tregua para las elecciones de 1971, no fue esa la función principal que se le dio al uso de las armas: éstas eran utilizadas en la propaganda armada, la que a su vez era el núcleo de la acción guerrillera de los tupamaros. Las armas no eran las custodias de las elecciones, los fusiles no entraban por las urnas. Así, en ese contexto, el trabajo del MLN al interior del FA, a través del MI 26 M, quedó relegado a un segundo plano, sobre todo después de la derrota de esta coalición en las elecciones. La historia del MLN, y en

²⁶⁰ Sarlo, Beatriz, Ob. Cit., p. 55.

²⁶¹ Homero Viera.

particular la relación MLN-FA, se reconstruye desde el presente a través de un relato que quiere imaginar una otra relación, coherente con su actual moderación. En esos años, dicha relación era la de una orgánica revolucionaria con un discurso profundamente crítico frente a las estrategias reformistas.

La relación del MIR con la UP, es un tema menos presente en el discurso mirista renovado, porque la UP ya no existe como coalición, y los ex MIR-actuales PS ya no se consideran revolucionarios. De todas formas, cuando aparece el tema en las entrevistas también hay un giro, un cambio de énfasis. “En el MIR –cuenta Jorge Ortiz- se decía que desde el minuto que el polo revolucionario existiese, el MIR perdería su razón de ser, somos parte de ese polo revolucionario. Dentro de la UP había muchas miradas, lo que hace el MIR es decir que podemos avanzar más rápido, que podemos aplicar políticas más rupturistas.”²⁶² En esta cita no queda claro si desde el hoy el polo revolucionario se identifica con la UP, equívoco con el que permite jugar el cruce de temporalidades que se da inevitablemente en la historia oral, y de la que hablé en la introducción de esta tesis. De todas maneras, acelerar el proceso fue efectivamente la intención del MIR plasmada en su práctica político-social durante los primeros años setenta, pero el MIR no desapareció bajo la UP, porque en ese momento ésta no era “ese polo revolucionario”. En ese momento éste se pensaba como la unidad de los pobres del campo y la ciudad. El interés por cambiar el acento de la relación no es tan evidente como en el discurso de los tupamaros, pero sí se juega con ciertas ambigüedades.

En otro plano, María Isabel Matamala plantea que “nunca quedó absolutamente claro” cómo se integraba en la estrategia revolucionaria la lucha armada, “se instalaba de una forma más teórica, pero no fuimos capaces de verdad de ver cómo hacíamos realidad esto que era el pueblo, porque hablábamos del pueblo armado. La estrategia se iba dando a nivel de las luchas de los distintos Frentes y Movimientos; la idea era que ellos fueran ejerciendo poder armado.”²⁶³ Aquí la ambigüedad se plantea en la afirmación “nunca quedó absolutamente claro”. No porque el planteamiento guerrillero quedase en un plano más discursivo no tenía claridad. Al contrario, en términos teóricos estaba muy claro el rol de la violencia política revolucionaria, sobre todo porque el MIR se definía marxista-leninista y, en concordancia con ello, apostaba por la insurrección en el campo y la ciudad. Otra cosa es que en la práctica este planteamiento teórico no se concretizase, sobre todo porque el gobierno de la UP fue un contexto propicio para el desarrollo del aspecto social de la naciente estrategia mirista y frente a la dictadura el MIR tuvo un poder de fuego ínfimo.

Una segunda reinención es la que dice relación con la resignificación de la violencia política revolucionaria de antaño. Hoy los MLN transmutan la intención guerrillera de esos años. “En realidad –dice Esteban Pérez- el MLN no fue un movimiento guerrillero, nosotros hacíamos política armas. [...] Lo que nosotros hicimos fue acumular fuerzas, no para una guerra de guerrillas, sino para hacer política con armas.”²⁶⁴ La estrategia del MLN en los años sesenta, como hemos visto en el primer capítulo, era claramente guerrillera, no pretendía en absoluto hacer “política con armas”. Pero la reinterpretación tiene que ver con un cambio de matices y los consiguientes ajustes funcionales a los intereses políticos actuales, se juega con ciertas ambigüedades. La intención de la tesis ha sido comprender por qué estos cambios de acento desde una perspectiva crítica. Lo mismo el relato de los ex MIR-actual PS: “para el MIR, la lucha armada no era un fin en sí mismo, era un mero

²⁶² Jorge Ortiz.

²⁶³ María Isabel Matamala.

²⁶⁴ Esteban Pérez.

instrumento. En el contexto latinoamericano de los '60, la tesis no era de lucha armada, sino que todas las formas de lucha son válidas, dependiendo del contexto y de cómo se va desarrollando el conflicto social.”²⁶⁵ Este discurso también existía en los años sesenta, pero no era el énfasis del planteamiento estratégico del MIR: la preocupación era cómo generar y consolidar un movimiento popular revolucionario a través del poder popular y los Frentes de Masas, liderado por la vanguardia armada. “Pero la insurrección popular – analiza Jorge Ortiz- no es sinónimo de violencia militar. Una de las formas de la insurrección popular puede ser la violencia militar, pero no es su característica central. De hecho las primeras acciones del MIR son de propaganda, más que acciones militar: asaltar un banco, una recuperación de armas.”²⁶⁶ Esto último es así, efectivamente el MIR nunca llegó a consolidar una lucha armada de corte militar, y sus primeras y casi únicas acciones (a excepción de Neltume a principio de los ochenta) fueron de propaganda armada más que de guerrilla urbana. Pero en la Declaración de Principios de agosto de 1965, la insurrección popular se plantea como la etapa última de la construcción revolucionaria para tomar el poder, fenómeno que en el análisis del MIR sí pasaba por un enfrentamiento violento entre las clases. Aunque la insurrección popular fue una idea que efectivamente integraba varias formas de lucha, en el plano teórico del proyecto del MIR la intencionalidad política que se le daba era de corte militar. Como hemos visto en el primer capítulo, dicha Declaración rescata “el principio marxista-leninista de que el único camino para derrocar el régimen capitalista es la insurrección popular armada. [...] La destrucción del capitalismo implica un enfrentamiento revolucionario de las clases antagónicas.”²⁶⁷ Vemos pues cómo aparecen las arenas movedizas donde se mueven las reinterpretaciones.

De una manera más evidente aún, hay sectores que reniegan de esa experiencia descalificándola/descalificándose. Juan Saavedra por ejemplo -quien fue mirista durante los años sesenta y hasta mediados de los setenta, a fines de los años ochenta, durante el proceso del Plebiscito, se integró al PPD, y fue Alcalde de Pedro Aguirre Cerda (una Comuna de Santiago) hasta las últimas elecciones municipales de octubre de 2008- tiene una visión de la violencia revolucionaria bastante drástica: “en 1979 yo piso el palito de nuevo. En Nicaragua, me doy cuenta que estábamos un poquito locos, que estábamos un poquito zafados. [...] Después de Neltume, cuando esto ya no es más viable, nuestros aparatos empiezan a desviarse a la delincuencia pura: el secuestro del colombiano en Panamá, y el secuestro de Brasil.”²⁶⁸ Ese análisis de la práctica revolucionaria, lo hace desde su militancia en el PPD y su rol de Alcalde. Es interesante, cómo en estas circunstancias, su interpretación del proceso de los años sesenta y setenta en el MIR, explica la lucha armada como “una locura”, que se desvirtúa pasando a ser “delincuencia pura”. Es un ejercicio evidente de descrédito de quienes practicaron la lucha revolucionaria, a través de la invalidación por irracionalidad y/o delincuencia. Se reniega de una historia política y se invisibiliza el contexto en el que se dio.

En estrecha relación con el aspecto recién analizado, una tercera reinvención es la de los referentes históricos de los grupos revolucionarios, en particular por parte del MLN: la revolución rusa de octubre de 1917 y la revolución cubana. Por ejemplo, Nora Castro plantea que en los años sesenta

²⁶⁵ Jorge Ortiz.

²⁶⁶ Ibidem.

²⁶⁷ MIR, “Declaración de principios”, Ob. Cit., p. 99. Las cursivas son del documento.

²⁶⁸ Juan Saavedra.

“el MLN se planteaba en definitiva los mismos objetivos que hoy a largo plazo; de trabajar hacia una integración latinoamericana, por la liberación nacional y el socialismo. En esos años una de las temáticas en discusión, era la vía de acceso al poder, que era acompañada de una concepción del poder muy distinta de la que hoy podemos tener, se entendía que llegar al gobierno era llegar al poder, y que eso se parecía mucho a la toma del Palacio de Invierno.”²⁶⁹

En esta cita, hay dos elementos centrales para nuestro análisis, por un lado se afirma que el MLN ha tenido siempre “los mismos objetivos”, la “integración latinoamericana por la liberación nacional y el socialismo”, sin contextualizar los significados que esta declaración de principios tuvo hace más de cuarenta años y tiene hoy, que son diferentes. Como hemos visto en los capítulos anteriores, el contenido de ambos conceptos fue cambiando en relación a las transformaciones histórico-sociales y a los intereses políticos, que también mutaron. Así, se enfatiza la forma por sobre el proyecto, y es en base a la primera que se reconstruye la historia, y sobre todo sobre la que se cimenta, en la narración, la coherencia de la misma. Por otro lado, la cita retoma la imagen fundamental de la toma del Palacio de Invierno, la que en los años sesenta era efectivamente un referente histórico obligado. Más aún, Rodney Arismendi (Secretario General del PCU entre 1955-1987) planteó: “la socialdemocracia es la renuncia al socialismo, como lo ha probado toda la experiencia europea desde la época en que la socialdemocracia se pronunció contra las revoluciones del 17 y posteriores hasta el 22, y porque la socialdemocracia ha tomado decenas de veces el poder [...] y el capitalismo ha seguido tan campante.”²⁷⁰ Esta valoración de la revolución rusa de febrero de 1917 por sobre la de octubre por parte de la socialdemocracia desde sus primeras décadas, tiene que ver con el rechazo de la violencia defendida y aplicada por el marxismo-leninismo-trotskyista durante la revolución de octubre y los años posteriores. En términos más amplios, podría aventurarme a decir que uno de los elementos socialdemócratas que hoy encontramos en las coaliciones progresistas es justamente su rechazo *a priori* de la violencia político-social y, en estrecha relación con esto, la resignificación que hacen de sus propias experiencias revolucionarias los/as que militaron en la izquierda radical sesentista. Se llega incluso a reinventar el valor de la Revolución Cubana. “El impacto que tiene acá [en Uruguay] el triunfo de la revolución cubana es más bien romántico, y para mí era simplemente el triunfo de la democracia contra la dictadura. Nada más. NO tenía ninguna otra connotación, eso lo va a ir adquiriendo después, en un proceso lento.”²⁷¹ En ese momento la Revolución Cubana fue el ejemplo de que la revolución a partir de un foco guerrillero era posible, no fue “el triunfo de la democracia contra la dictadura”. Y esta reinención de su relación con la democracia aparece reiteradamente en las entrevistas. Ellos/as plantean que defendían la democracia, pero en esos años ese no era el énfasis. Es más, se resignifica toda una historia, desde sus orígenes.

“No había un grito de lucha armada; había una desobediencia simbólica, un hurto de mierda que se arreglaba capaz que sin prisión”. Pero precisamente, el Tiro Suizo va a quedar como un símbolo y como una advertencia: miren que estamos dispuestos a enfrentarlos en todos los terrenos. “Si la operación hubiera salido bien, y hubiéramos descubierto que robamos unos fusiles que no servían para

²⁶⁹ Nora Castro.

²⁷⁰ Rodney Arismendi, “Informe al activo de cuadros de Montevideo”, 28 de marzo de 1985, en Garcé, Adolfo y Mario Yaffé, Ob. Cit., p. 54.

²⁷¹ Entrevista a Fernández-Huidobro, en Tagliaferro, Ob. Cit., p. 40.

nada, sería como para no mencionársela a nadie porque te daría vergüenza, y Raúl seguiría siendo dirigente sindical. Al salir mal se transforma en un hecho político, que incide sobre una parte de la izquierda, que aunque pequeña empieza a ser considerada de otra manera.²⁷²

Reinventar hasta los orígenes diciendo que la primera acción significativa y que hace visible al Coordinador en realidad fue “un hurto de mierda”, es invalidar su propia acción y deslegitimar su historia. Es mostrarse a ellos mismos como ingenuos y simplones. Porque la acción del Tiro Suizo, al ser la primera acción de expropiación, fue el inicio de la puesta en práctica de todo el planteamiento con intención revolucionaria que tenía el Coordinador y con intención guerrillera que tuvo el MLN después. Como vemos, las reinvenciones del MLN y la de los ex MIR son de diversa naturaleza, dadas las diferencias de los proyectos en los años sesenta y las respectivas historias, que fueron tomando rumbos muy distintos. Pero los relatos sí se caracterizan por moverse en los espacios ambiguos de las reconstrucciones subjetivas.

Por último, los tupamaros afirman: “nosotros no excluimos ninguna forma de lucha. No andamos diciendo a los gritos que si hay que tomar los “fierros” los vamos a agarrar de nuevo, no lo decimos públicamente, pero lo tenemos en nuestros documentos.”²⁷³ Y aquí aparece otra contradicción: suavizar la experiencia guerrillera pasada desde el presente, pero reivindicarla como una posibilidad en el futuro. En alguna parte, sigue existiendo la conciencia de que la correlación de fuerzas actual entre los gobiernos progresistas de América Latina y el imperialismo de EEUU se mantiene así porque este progresismo aún no incomoda lo suficiente.

“Hoy, desde el gobierno existen las condiciones para ir desarrollando ideológicamente las condiciones para un entrelazamiento más profundo. Esto puede sostenerse en el tiempo hasta que empecemos a rozar intereses más profundos. [...] El sistema capitalista tiene una cara y una careta: nos está mostrando la cara linda, nos está tolerando, hasta que llegue el momento en que empecemos a incomodarle de verdad. Tenemos que aprovechar el momento en que está la cara linda, sin olvidarnos que va a aparecer la cara fea. Y hay que acumular fuerzas para cuando llegue ese momento. [...] Pienso que podemos acumular fuerzas para llegar al socialismo, pero no existe en la historia de la humanidad que la burguesía se haya convencido ideológicamente y haya puesto los bienes a disposición.”²⁷⁴

Y pensando estratégicamente en ese “enojo” inevitable, e históricamente demostrado, de la clase dominante es que la integración latinoamericana se hace necesaria. “Y que va a haber enfrentamiento y polarización, porque la derecha no se va a quedar quieta. El movimiento que se está conformando en América Latina lleva a pensar que va a haber enfrentamiento.”²⁷⁵ Lo interesante aquí es rescatar que el MLN sigue teniendo un planteamiento político estratégico que, por lo menos en el discurso, no excluye lo militar *a priori*. Y esta relación entre lo militar y lo político, es un tema profundamente interesante, que quizás se podría plantear como una apertura posible de la investigación. En esa relación

²⁷² Entrevista a Fernández-Huidobro, *ibid.*, p. 63.

²⁷³ Juan José Domínguez.

²⁷⁴ Esteban Pérez.

²⁷⁵ Gonzalo de Toro.

aparecen inquietudes en torno a la legitimidad-ilegitimidad de la violencia política, la relación entre poder y fuerza, la relación entre violencia político-estatal y violencia político-social, etc. En este trabajo, hemos visto algunos de estos aspectos en relación a diferentes contextos y circunstancias históricas, enfatizando la utilización de la historia oral, y la comparación de ésta con los documentos de las orgánicas estudiadas. Pero una profundización teórica de esas dinámicas podría enriquecer enormemente este análisis, que en esta tesis sólo ha pretendido analizar la resignificación de la experiencia revolucionaria pasada en relación a los procesos de renovación. Reconstrucciones narrativas de la historia hechas en base a eufemismos, matices, cambios de énfasis, olvidos y silencios propios de la subjetividad. Reinenciones del fuego que van configurando el mapa de “las memorias contra las memorias”.

A modo de epílogo

“Sobre todo, sean siempre capaces de sentir en lo más hondo cualquier injusticia cometida contra cualquiera en cualquier parte del mundo. Esa es la cualidad más linda de un revolucionario.” (Ernesto “Che” Guevara, Carta a sus hijos, Hospital de Valle Grande, Santa Cruz, Bolivia)

Por último, en base a lo planteado a través del desarrollo de la tesis y a modo de apertura de la investigación realizada, quisiera dejar planteada la siguiente inquietud: ¿Qué podría significar ser revolucionario/a hoy?

Hemos visto que aceptar las reglas del juego político partidista-institucional, inserto en este contexto de hegemonía de la ideología neoliberal, llevó al MLN y a los/as ex MIR-actuales PS a priorizar la moderación y el consenso, silenciando y evitando los disensos e incluso criminalizando los conflictos sociales. Así, se busca resguardar el orden público y asegurar la gobernabilidad democrática desde el poder y el control de la clase política. Dentro de estas dinámicas estructurales siempre hay espacios para los matices que nacen de las voluntades políticas, así el FA tiene un énfasis más socialdemócrata y la Concertación uno más neoliberal, siendo ambas coaliciones progresistas. Pero dentro de ese espacio institucional no entran las intenciones revolucionarias.

La construcción de estructuras sociales más justas pasa necesariamente por la real participación, es decir por la discusión permanente y la práctica política activa de las distintas organizaciones sociales, pasa por la construcción desde abajo, desde y para los/as oprimidos/as, excluidos/as y marginados/as por el capitalismo, desde y para los/as condenados/as de la tierra. El pueblo descontento (que no es todo el pueblo) sigue siendo un actor clave para el cuestionamiento de las prácticas gubernamentales, pero no logra plasmar su rabia en proyectos claros, a pesar de las múltiples construcciones parciales que existen.

Así, quisiera plantear algunas ideas sobre qué podría significar ser revolucionario/a hoy, sin por supuesto pretender dar ninguna respuesta tajante. Esta es una profunda discusión siempre abierta, pero sobre todo es el reflejo de un espacio social y político conflictivo.

La categoría revolucionario/a en los años sesenta y setenta remitía a una práctica política muy clara: *grosso modo*, se estaba con los/as pobres y las clases medias para transformar radicalmente las relaciones de poder y las estructuras sociales, políticas y económicas. Se apostaba por la toma del poder por parte y para las clases oprimidas. Además existían ejemplos históricos claros, entre los que el triunfo cubano de enero de 1959 se erigió como referente mundial. Hoy día, esa definición y autodefinición se complejiza. Primero, las estructuras binarias a nivel mundial, tanto en el plano del pensamiento como en el de la práctica, son cada vez menos satisfactorias como modelos de análisis de la realidad. Hoy, en este presente marcado por el debate (post)moderno, las acciones sociales y políticas desde abajo se manifiestan de manera muy fragmentada, y los movimientos sociales están muy dispersos. Aquellas maquetas fundadas en opuestos irreconciliables, sin negarlas tampoco en su contexto ni rechazarlas *a priori*, necesitan urgentemente ser revisadas y replanteadas.

Como veíamos en el capítulo tercero, la relación entre lenguaje y contexto es indisociable: el significado de los conceptos depende de cómo se signifiquen en cierto momento histórico dado y desde qué intencionalidad política. Por lo tanto, la reapropiación de las palabras tiene que ser necesariamente permanente en relación a los intereses e intenciones políticas, a las transformaciones históricas y a las nuevas dinámicas sociales. Así, el concepto de revolución no significa lo mismo que hace cuarenta o cincuenta años. Aunque la idea de una transformación radical persiste como fundamento básico del concepto, los caminos para construir dicho cambio son mucho más difusos.

La intención revolucionaria hoy tiene un significado más amplio que el término sesentista de base marxista-leninista, está adquiriendo un significado mucho más abarcador que la lucha armada como un fenómeno específico. Se plantea como un espacio conflictivo de búsquedas de nuevas alternativas y maneras de hacer política fundadas en el objetivo de construir lazos y relaciones más justas y horizontales, y menos verticales y autoritarias, que permitan que los sujetos organizados colectivamente se desarrollen de manera autónoma. Así, es más fácil y sincero plantearse preguntas más que respuestas, estas se van dibujando en la acción y la articulación del movimiento social. ¿En este contexto actual de globalización neoliberal y de sociedades como sureñas postdictatoriales gobernadas por coaliciones progresistas, qué significa ser revolucionaria/o? ¿Es posible serlo? ¿Cómo podría apostarse a una transformación radical?

Cuando las condiciones históricas han sufrido cambios tremendamente profundos como los que impusieron la correlación de fuerzas propia de la Guerra Fría y en particular bajo las dictaduras del Cono Sur, la práctica política actual no puede seguir comprendiéndose bajo los parámetros y paradigmas predictoriales. A mí parecer, podemos dilucidar tres características comunes a nuestras culturas políticas como sureñas postdictatoriales, con evidentes matices locales. Primero, el nivel de despolitización que se evidencia en una baja participación política –esto tiene que ver con el interés, el debate y el compromiso políticos y no con cuántas personas votan- y en un extendido descontento que encuentra pocos canales de expresión y aún menos espacios de construcciones político-sociales transformadoras. Segundo, prácticas políticas fragmentadas que se fundan en análisis parciales, dispersos y coyunturales, que se expresan en reivindicaciones locales, gremiales y particulares: movimientos indígenas, de mujeres, estudiantiles, de derechos humanos, ambientalistas, colectivos de memorias, de jóvenes, culturales, etc. Tercero, y en relación a la segunda característica, proyectos políticos que pocas veces o muy tímidamente se integran en análisis más estructurales de transformación social.

A pesar de estos elementos, hoy día entre las grietas de esta apatía están emergiendo intentos por construir nuevas articulaciones políticas y sociales dentro y desde los movimientos sociales, aunque estas corrientes son aún silenciosas y subterráneas. Me parece que algunas de las nuevas propuestas políticas que de allí emanan tienen que ver con la necesidad urgente de repolitizar nuestras culturas. Y aquí sólo me atrevo a enumerar algunos conceptos que a mí parecer resultan fundamentales: organización, solidaridad, autoformación colectiva, discusión crítica, educación horizontal, articulación social y autonomía de la acción transformadora, que se van construyendo en un lento, profundo y comprometido trabajo de hormiga. Construcciones de espacios para prácticas políticas transformadoras con real injerencia que necesitan inventar nuevas ideas e imaginar nuevos caminos de autogestión colectiva. Necesitamos tejer nuevas relaciones sociales fundadas en valores de reciprocidad y solidaridad. Se hace urgente soñar los mundos que queremos y construirlos día a día.

Bibliografía

- Aldrichi, Clara, *La izquierda armada*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2001.
- Almeida, Clodomiro *et al.*, *Crisis y Renovación*, Santiago: Ediciones Medusa S.A., 1990.
- Bergounioux, Alain y Bernard Manin, *Le régime social-démocrate*, Paris: Presses Universitaires de France, 1989.
- Blixen, Samuel, *Fugas*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2004.
- Blixen, Samuel, *Sendic*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2000.
- Cofré Schmeisser, Boris, *Campamento nueva La Habana: el MIR y el movimiento de pobladores 1970-1973*, Concepción, Chile: Escaparate, 2007.
- Comisión Rettig, *Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación*, Tomos I y II, Santiago, 1991.
- Comisión Valech, *Informe contra la tortura y la prisión política*, Santiago, 2004.
- Enríquez Miguel, *Con vista a la esperanza*, Concepción: Escaparate ediciones, 1999.
- Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los Tupamaros*, Montevideo: Tomos I, II y III, Ediciones de la Banda Oriental, s/f.
- Fernández Huidobro, Eleuterio, *Historia de los Tupamaros. En la Nuca (Acerca de las autocríticas)*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001.
- Fernández Huidobro, Eleuterio, *La Fuga de Punta Carretas*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2001.
- Garcé, Adolfo, *Donde hubo fuego. El proceso de adaptación del MLN Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2006.
- Garcé, Adolfo, y Jaime Yaffé, *La Era Progresista*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2004.
- Garcé, Adolfo, *Al Centro y Adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio*. Montevideo: Universidad de la República, 2005.
- García Santesmases, Antonio, *Repensar la izquierda. Evolución ideológica del socialismo en la España actual*, Barcelona: Editorial Anthropos, 1993.
- Gatto, Herbert, *El Cielo por asalto*, Montevideo: Ediciones Santillana, 2004.
- Gorbachov, Mijail, *Perestroika*, Buenos Aires: Emecé Editores, 1987.
- Guevara, Ernesto, *Guerra de guerrillas*, Montevideo: Ediciones Provincias Unidas, 1968.
- Guevara, Ernesto, *Mi primer gran viaje. De la Argentina a Venezuela en motocicleta*, Buenos Aires: Seix Barral, 1994 (primera edición 1950).
- Harari, José, *Contribución a la historia del MLN (Tupamaros)*, Montevideo: Editorial Plural, 1987.

-
- Lenin, Vladimir Ilich, *El Estado y la Revolución*, Moscú: Editorial Progreso, 1966.
- Marx, Carlos, *El Capital. Crítica de la Economía Política*, v. 1, México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1946
- Mazzeo, Mario, *MPP. Orígenes, ideas y protagonistas*, Montevideo: Ediciones Trilce, 2005.
- Mercader, Antonio y De Vera, Jorge, *Los Tupamaros. Estrategia y acción*, Barcelona: Editorial Anagrama, 1970.
- Moulian, Tomás, *Chile Actual: anatomía de un mito*, Santiago: LOM ediciones, 1997.
- Moulian, Tomás, *La Forja de Ilusiones: el sistema de partidos 1932-1973*, Santiago: Universidad Arcis/ FLACSO, 1993.
- Moulian, Tomás y Manuel Antonio Garretón, *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile*. Santiago,:Ediciones Chile-América, CESOC, 1993.
- Naranjo, Pedro et al. (ed.), Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile. Santiago: LOM Ediciones-CEME, 2004.
- Núñez, Carlos, *Los Tupamaros. Vanguardia armada en el Uruguay*. Montevideo: Ediciones Provincias Unidas, 1969.
- Rey Tristán, Eduardo, A la vuelta de la esquina. La izquierda revolucionaria uruguaya, 1955-1973. Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2005.
- Rico, Álvaro, Como nos domina la clase gobernante. Orden Público y obediencia social en la democracia posdictadura, Uruguay 1985-2005. Montevideo: Ediciones Trilce, 2005.
- Rico, Álvaro, et. al., 15 días que estremecieron al Uruguay. Golpe de Estado y Huelga General (27 de junio -11 de julio 1973), Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2005.
- Rosas, Pedro, Rebeldía, subversión y prisión política. Crimen y castigo en la transición chilena 1990-2004. Santiago: LOM Ediciones, 2004.
- Ruiz Schneider, Carlos, *Seis ensayos sobre teoría de la democracia*, Santiago: Edición Universidad Nacional Andrés Bello, 1993.
- Salazar, Gabriel, *Historia de la acumulación capitalista en Chile*, Santiago: LOM Ediciones, 2003.
- Sandoval, Carlos, *MIR (Una historia)*, Santiago: Sociedad Editorial Trabajadores, 1990.
- Sandoval, Carlos, *Movimiento de Izquierda Revolucionaria, 1970-1973: coyunturas, documentos y vivencias*, Concepción, Chile: Escaparate, 2004.
- Tagliaferro, Gerardo, *Huidobro Fernández. De las armas a las urnas*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2004.
- Tagliaferro, Gerardo, *Adiós Robin Hood. 7 Tupamaros, 40 años después*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2008.
- Torres, Jorge, *La Derrota en la mira*, Montevideo: Editorial Fin de Siglo, 2002.
- Torres, Miguel (seudónimo), *Tupamaros. ¿Violencia o justicia? Una nueva estrategia guerrillera en América Latina.*, México D.F.: B. Costa-Amic Editor, 1970.
- Vitale, Luis, *Contribución a la historia del MIR (1965-1970)*, Santiago:Ediciones del Instituto de Investigación de Movimientos Sociales Pedro Vuskovic, 1999.

Artículos y tesis

- Débray, Régis, “Revolución en la revolución”, 1967, en www.elhistoriador.com.ar.
- Goicovic, Igor, “El internacionalismo proletario en el Cono Sur. La Junta Coordinadora Revolucionaria, un proyecto inconcluso”, 2005, en www.cedema.org/uploads.
- Marchesi, Aldo “Geografías de la protesta armada, guerra fría, nueva izquierda y activismo transnacional en el Cono Sur, el ejemplo de la Junta de Coordinación Revolucionaria (1972-1977)”, 2008 mimeo.
- Marchesi, Aldo, “Las lecciones del pasado. Memoria y ciudadanía en los informes ‘Nunca Más’ ”, 2001, en <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>.
- Peirano Iglesias, Alondra, “El diablo en el paraíso. La hegemonía política de la ideología neoliberal en Chile.” En: América Latina en el nuevo milenio: procesos, crisis y perspectivas. IX Jornadas de Estudiantes de Postgrado en Humanidades, Artes, Ciencias Sociales y Educación, Santiago: Centro de Estudios Culturales Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile (en prensa).
- Peirano Iglesias, Alondra, “De la militancia revolucionaria a la militancia social. Los ex miristas en el Chile neoliberal” (2006), tesina para optar al grado de licenciatura en historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile. Profesora guía: Azun Candina Polomer.
- Pérez Cristian, “Historia del MIR”, *Revista de Estudios Públicos*, N. 91, 2003, pp. 5-44.

Fuentes

- Aylwin, Patricio, “Convocados a votar “No” ”, 1988, *El Mercurio*, 6 de Octubre, p. 3.
- Aylwin, Patricio, “Programa”, 1989. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Chilena.
- Concertación de Partidos Por la Democracia, “Manifiesto Político Programático”, Ediciones Concertación, 2005. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Chilena.
- Consejo General Partido Socialista, “Por un Chile para todos”, Santiago: Ediciones Partido Socialista, agosto 2006. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Chilena.
- Lagos, Ricardo, “Discurso de fundación del PPD”, Ceremonia de Constitución del PPD en el Círculo Español, 15 de Diciembre 1987. URL: www.ppd.cl.
- Lagos, Ricardo, “Discurso presidencial del 21 de Mayo” (2001), URL: www.minsepres.gob.cl/portal/documentos/gobierno_marcha/mensajes_presidenciales .
- Lagos, Ricardo, “Discurso presidencial del 21 de Mayo” (2005), URL: www.minsepres.gob.cl/portal/documentos/gobierno_marcha/mensajes_presidenciales.

- MIR, “Declaración de Principios” (1965), en Naranjo, Pedro *et al.* (ed.), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*. Santiago: LOM Ediciones-CEME, 2004.
- MIR, “Principios programáticos” (1965), en Naranjo, Pedro *et al.* (ed.), *Miguel Enríquez y el proyecto revolucionario en Chile*. Santiago: LOM Ediciones-CEME, 2004.
- MIR, “La plata es para la revolución”, entrevista a Miguel Enríquez y Rafael Ruiz, *Revista Punto Final*, n. 87, septiembre 1969. URL: www.scribd.com/doc.
- MIR, *El Rebelde. Órgano del MIR*, n. 189, junio 1982. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Revistas.
- MIR, *El Rebelde. Órgano del MIR*, n. 199, agosto 1983. Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile, Sección Revistas.
- MLN-T, *Actas Tupamaras, una experiencia de guerrilla urbana*. Editorial Cucaña, 2003 (Primera edición 1970).
- MLN-T, “Documento 1” (1965), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Reglamento” (1965), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Documento 2” (1966), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Documento 3” (1967), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Documento 4” (1968), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Proyecto de Documento 5” (1969), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Comunicado a la opinión pública” (1968), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “Carta a la policía” (1968), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- MLN-T, “30 preguntas a un tupamaro” (1969), en Archivo David Cámpora, Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos, Universidad de la República Oriental del Uruguay.
- PPD, “Ideas Progresistas”, (2004), URL:www.ppd.cl.

Entrevistas (realizadas para esta investigación, 2008-2009)

MLN

Batistoni, Julio. Actual Director General de Planificación de la Municipalidad de Montevideo / Militante del MLN y del MPP.

Castro, Nora. Actual Diputada del Departamento de Montevideo/ Militante del MLN y del MPP.

De Toro, Gonzalo. Actual Director de Tránsito y Transporte de la Municipalidad de Montevideo/ Militante del MLN y del MPP.

Domínguez, Juan José. Actual Diputado del Departamento de Paysandú/ Militante del MLN y del MPP.

Pérez, Esteban. Actual Diputado del Departamento de Colonia/ Militante del MLN y del MPP.

Viera, Homero. Actual Diputado del Departamento de Montevideo/ Militante del MLN y del MPP.

MIR

Matamala, María Isabel. Actual asesora ministerial de género, en el Ministerio de Salud/ Militante del PS, antigua militante del MIR.

Ortiz, Jorge. Actual Director Nacional de Contabilidad y Finanzas, Ministerio de Obras Públicas/ Militante del PS, antiguo militante del MIR.

Saavedra, Juan. En el momento de la entrevista (2005) era Alcalde de la Comuna de Pedro Aguirre Cerda, Santiago/ Militante del Partido Por la Democracia, antiguo militante del MIR (entrevista realizada en el marco de la investigación para mi seminario de grado para optar a la licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, 2006).